

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Encargados de la dirección:

ALFREDO MARTINEZ

AUGUSTO ARIAS

ANTONIO MONTALVO



VOLUMEN VIII

AÑO VIII



AMÉRICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA


SUMARIO:

NICOLAS JIMENEZ: Juan Locke y Benito Spinoza.
— AUGUSTO ARIAS: Egloga en voz reciente. — S.
JOSE M. LEORO: Afinidades entre Don Pedro Mon-
cayo y Don Juan Montalvo. — ANTONIO MONTAL-
VO: Poemas. — ALFONSO REYES: América, utopía. —
— MANUEL MORENO MORA: Elegía. — JORGE CA-
RRERA ANDRADE: Castelar y los peces. — ARCE-
SIO GUEVARA: Oración de los caminos. — WAL-
TER FABST: El camino del poeta Jaime Torres
Bodet. — PUBLIO A. FALCONI: Elogio del mon-
tuvia. — JOSE RUMAZO GONZALEZ: Ojos de uva. —
ANTONIO LLANOS: La emoción cósmica de Gilber-
to Garrido. — R. BLANCO FOMBONA: La sombra. —
OSCAR EFREN REYES: Una exégesis de la so-
ledad. — GONZALO ESCUDERO: Elegía de mi muer-
te. — ALBERTO MASFERRER: El poder vitalizador.
— HUGO MONCAYO: Páginas olvidadas sobre la ciu-
dad de San Francisco de Quito. — ANTONIO MON-
TALVO: Mirador bibliográfico. — Libros uruguayes.

Vol. VIII

Año VIII

Núm. 51



Imprenta Nacional. Quito

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Encargados de la Dirección:

Alfredo Martínez

Augusto Arias

Antonio Montalvo

Suscripción, en América y Extranjero,
entrega de seis números:
Un dólar

Dirección postal:

GRUPO AMERICA,

Casilla 75. Quito, Ecuador. S. A.

A los escritores de lengua española

El GRUPO AMERICA se verá muy honrado y satisfecho si sus amigos y compañeros le envían sus publicaciones para dedicarlas a la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos, que tiene en formación. El Grupo, en cambio, enviará su revista y las obras que publique, con el propósito de contribuir a la realización de los ideales de confraternidad entre los pueblos del mundo hispánico.

GRUPO AMERICA

SOCIOS:

Arias Augusto
Arroyo César E. (En Lima)
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Hipatia Cárdenas de
Bustamante Guillermo
Barrera Isaac J.
Bossano Luis
Carrión Benjamín
Escudero Gonzalo (En París)
Jaramillo Alvarado Pío
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Velasco Ibarra J. M.
Zaldumbide Gonzalo (En Washington)

SOCIAS COLABORADORAS:

Adelaida Velasco Galdós, en Guayaquil
María de la Torre id.

SOCIOS REPRESENTANTES:

Víctor Hugo Escala, en Venezuela
Hernán Pallares Z., en Inglaterra
Jorge Carrera Andrade, en España
Luis F. Torres, en Suiza

SUR

Revista trimestral

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

Suscripción: Países del convenio
postal hispanoamericano. \$ 8,50

Rufino de Elizalde 2847.
Buenos Aires, Argentina.

LA ANTORCHA

Director:
José Vasconcelos

Gerente:
Carlos Deaembrosis Martins

Suscripción:
Un año, 3 dólares 60 ctvs.

Dirección postal:
19, rue La Condamine, Paris

ELITE

Revista semanal ilustrada

Director-editor:
Juan de Guruceaga

Redactor literario:
Carlos Eduardo Frías

Suscripción anual:
60 bolívares
Caracas, Venezuela

NERVIO

Revista mensual de Crítica,
Artes y Letras

Administrador:
S. Kaplan

SUSCRIPCIÓN ANUAL, 1 dólar

Red. y Adm., Vera 572

Buenos Aires, Argentina

PORTUCALE

Revista ilustrada de cultura
literaria, científica, e artistica

Directores:

Augusto Martins
Claudio Basto
Pedro Vitorino

R. dos Mártires da Liberdade, 178.
Porto, Portugal.

MONDE

Directeur:
Henri Barbusse

Redacteur en Chef:
León Werth

Comité directeur: **Albert Einstein,**
P. Fireman, M. Gorki, M. Karolyi,
M. Morhardt, Upton Sinclair, Ma-
nuel Ugarte, Miguel de Unamuno.

50, rue Etienne-Marcel, (Paris (2e.))

AMERICA

AÑO VIII—NUMERO 51

NOVIEMBRE, y DICIEMBRE DE 1932

QUITO — ECUADOR

JUAN LOCKE Y
BENITO SPINOSA

NICOLAS JIMENEZ

En su centenario

En el presente año se conmemora el tercer centenario del nacimiento de dos grandes filósofos: de Locke, que vio la luz el 29 de Agosto de 1632 en los alrededores de Bristol, y de Spinoza, que vino al mundo en Amsterdam el 24 de Noviembre de ese mismo año.

En la historia de la filosofía, tanto Locke como Spinoza merecen el nombre de "precursores"; porque, de tal manera redujeron a riguroso sistema ciertas doctrinas y con tal originalidad desarrollaron algunos principios, que cuantos otros vinieron después de ellos, no hicieron más que aprovecharse de sus ideas, repensarlas, ampliar las bases que ellos sentaron y acaso ahondar con mayor potencialidad intelectual en los vastos dominios del entendimiento.

Locke ha merecido el calificativo de "primer filósofo crítico" porque prestó atención preferente y amplia al problema del conocimiento, investigando su origen y límites con la detención y minucioso análisis con que, antes de él, ningún otro filósofo lo había hecho. En verdad que, en los siglos del mayor florecimiento de la filosofía griega, ya hubo quienes se ocuparon del valor de las facultades cognoscitivas, dudando de todo con desconsolador escepticismo; también es cierto que Descartes se adelantó, gracias a su método de la duda trascendental, a indagar con cuidado el origen de ciertas nociones e ideas, sentando el principio de que algunas de estas son innatas, pero Locke fue el primero que erigió el conocimiento en objeto y tema especiales de detenido estudio, abriendo el camino a Hume y preparando la gran revolución filosófica llevada a cabo por Kant.

Spinoza, a su vez, es considerado como el sistematizador metafísico del panteísmo, viejo error que ya tuvo adeptos en la antigua Grecia, convertido por él "more geométrico" en riguroso cuerpo de doctrina, con aparato de deducciones lógicas y conclusiones dialécticas. Después de él y gracias a la sistematización que dió a sus postulados sobre la sustancia única, surgieron más tarde las teorías metafísicas y panteístas de Fichte, Schelling y Hegel.

Vale la pena detenerse un poco y dirigir ciertas consideraciones sobre las doctrinas de Locke y Spinoza con motivo de su centenario.

* * *

De todas las definiciones de la filosofía, desde la antigüedad hasta nuestros días, pueden deducirse dos notas características suyas: la de que consiste en un conocimiento racional, y la de que abarca la totalidad de los seres y de los objetos. Cabe, pues, decirse que la filosofía es el conocimiento de las esencias de las cosas, por medio de nociones universales y abstractas.

La filosofía occidental empezó con la escuela Jónica y, durante ese período, ya encontramos las dos notas constitutivas de toda filosofía que dejamos señaladas. Los primeros pensadores o sabios quisieron penetrar en los elementos constitutivos del cosmos, quisieron conocer y saber cómo estaba constituido el universo. Después esa misma investigación se dirigió al hombre y los filósofos a partir de Sócrates, se esforzaron en conocer lo que era el compuesto humano. La doble tendencia, con relación al objeto de la filosofía, se descubre en los siglos posteriores y en todas las escuelas. El conocimiento ha sido, por consiguiente, el proceso filosófico por excelencia, el instrumento racional que han manejado todos los filósofos.

Al observar la obra de Locke y retroceder con el pensamiento a las más antiguas escuelas filosóficas, ciertamente llama la atención el hecho de que los pensadores no se hayan detenido en observar y apreciar el valor del instrumento que manejaban. Todos ellos aceptaban como exacto el proceso cognoscitivo y como dignas de crédito las facultades que contribuían al conocimiento, salvo algunos que en todos los tiempos, dirigieron miradas investigadoras, pero breves, a la naturaleza de aquel procedimiento y de aquellas facultades y resultados.

Si el objeto de la filosofía era el de conocer todos los seres y las cosas del universo, llegando hasta sus últimas causas y ele-

mentos constitutivos, parecía que lo primero y principal hubiera sido el examinar analíticamente y valorar el conocimiento mismo, distinguiendo el número, apreciando la calidad y pesando el grado de capacidad cognoscitiva de las potencias internas y de los sentidos externos del hombre que entraban en ese juego complicado del conocimiento. Si no se empezaba por esas primeras bases, se corría el riesgo de edificar castillos en el aire, sin cimientos, deleznales y falsos.

Después de los escépticos y de Descartes que tocaron ese problema, fue Locke el que lo convirtió en objeto exclusivo de sus estudios y de sus teorías. Llevado de ese espíritu esencialmente práctico, empírico, utilitario y experimental, que ya despuntó maravillosamente en Bacon, como uno de los rasgos de la raza sajona, Locke, antes que acumular nuevos conocimientos sobre seres y cosas, quiso cerciorarse del grado de verdad y de certeza que puede adquirirse con el conocimiento humano, mediante el ejercicio normal de los sentidos externos y de las facultades internas que concurren al acto de saber y conocer. A tan laudable fin está enteramente consagrado su libro "Ensayo sobre el entendimiento humano".

Allí se inició o se sistematizó la reflexión subjetiva, en virtud de la cual, el entendimiento, además de la observación propia para conocerse y darse cuenta de las facultades internas que posee el hombre y que entran en juego en el acto de conocer, dirige sobre sí mismo la facultad crítica para avalorar la potencia cognoscitiva de sus propias facultades, con una acción recíproca que pudiera llamarse de autocrítica. Locke comparó la labor del entendimiento, anterior a él, con el ojo que, aunque sirve para verlo todo, es incapaz de verse a sí mismo. Quiso que, en adelante, el entendimiento no solo se viera a sí propio y conociera el mecanismo de sus actos, sino que se juzgara y apreciara o valorara a sí mismo, con el rigor crítico con que examina y califica la valía de lo que le es ajeno.

Los filósofos, especialmente los ingleses, posteriores a Locke, consideraron justo y acertado ese punto de vista en que él se colocó y continuaron por el mismo camino y con igual orientación sus investigaciones sobre el problema del conocimiento, contrariando a veces a su precursor, completando en ocasiones su obra y formando una rama frondosa y especial de la filosofía que se llamó el criticismo o la crítica. Kant aparece al último de este ciclo evolutivo, como padre de la filosofía crítica, con sus obras sobre la razón pura y la razón práctica. Desde entonces, el saber contemporáneo, con tendencias erróneas por lo general, apa-

rece impregnado de ese espíritu criticista que quiere someterlo todo a examen, que duda de todo, que niega gratuitamente lo que no puede ser observado por los sentidos o sometido a experimentaciones y que erige el examen analítico en condición esencial para todo conocimiento.

Locke es considerado también como precursor de los estudios de economía política y de pedagogía. Al comparar al alma del niño —por consiguiente, de todo hombre— con una hoja de papel en blanco, que va llenándose con los signos que le suministra la experiencia propia y la experiencia de los demás por medio de la enseñanza, comunicó especial dignidad a la pedagogía y sentó las bases de la atención que se está consagrando a la educación del hombre desde la niñez.

* * *

Spinoza, con respecto al panteísmo, es lo que Locke con respecto al problema del conocimiento: un precursor que desarrolló y redujo a sistema y cuerpo de doctrina las ideas que antes de él ya fueron expuestas y defendidas, pero no de modo preferente, ni con el tesón de prosélitos.

La filosofía de la India tiene rasgos innegablemente panteístas, aún cuando, más que filosofía, o sea un conjunto lógico de principios doctrinarios y metafísicos, sea una especie de magna poesía mística, un vasto poema épico religioso. Sin embargo, contenía ya, desde una edad anterior a la era cristiana, gérmenes panteístas.

En la filosofía griega, Xenófanes es considerado como el primero de los panteístas, al que siguió inmediatamente Parménides.

Sin embargo, el panteísmo, error sobradamente craso como es, no había tenido hasta el tiempo de Spinoza una apariencia de organización y demostración dialécticas. El filósofo holandés fue el que le dió un fundamento metafísico, que ha llamado desde entonces la atención de todo filósofo, ya se adhiriera a ese sistema como secuaz, ya lo combata y refute como adversario.

También, en este punto, encontramos a Descartes como predecesor de Spinoza, así como ya lo advertimos en igual posición con respecto a Locke en las determinaciones del problema crítico del conocimiento.

Descartes había señalado como uno de los distintivos esenciales del concepto de "sustancia" el de que esta debía ser única, sin dependencia de ninguna otra, sin subordinación, ni siquiera re-

lación de igualdad constitutiva. Spinoza se apropia de esa concepción cartesiana de la sustancia y, deteniéndose en descubrir sus cualidades características, sienta como principio dogmático que no puede existir sino una sola y única sustancia, porque, si hubiera dos entidades metafísicas a las que, con igual propiedad se pudiera denominar sustancias, ninguna de ellas lo sería en rigor de verdad, ya que el hecho esencial, la nota característica, la propiedad constitutiva de sustancia es el ser única en su género, no tener otra similar que pudiera absorberla o a la que pudiera absorber, o con la que estuviera necesariamente unida, aún cuando no fuese más que con la relación lógica de completa semejanza.

El talento de Spinoza, universalmente reconocido y admirado, se distinguía por una rigurosa propensión a la regularidad constructiva y simétrica de la geometría. Dada una proposición, tendía siempre a deducir de ella todas las conclusiones imaginables, a fin de construir así un cuerpo completo de doctrina. La primera obra que publicó se titulaba "Partes 1ª y 2ª de los principios filosóficos de Descartes **more geométrico** demostrados"; y la principal de sus obras la "Ética", lleva este aditamento "**ordine geométrico** demonstrata".

Con referencia a Locke, en cuanto pensador, se halla Spinoza en el extremo opuesto; pues, si el filósofo inglés es esencialmente observador y práctico, parte de la experiencia y se basa siempre en la observación, el holandés es el más dogmático de los filósofos: cerniéndose como el águila en los aires, en la región de las ideas puras y de la más alta metafísica, construye todo su sistema panteísta solo en fuerza de deducciones, sin más fundamento de realidad, ni garantía de veracidad, que hipótesis y enlaces lógicos, a veces forzados y aventurados.

Sienta el principio dogmático, para él inconcuso y que, en su concepto, no necesita de demostración ni de análisis minuciosos, ni de distinciones cuidadosas y precisas, de que no puede haber sino una sola y única sustancia. De allí deduce que, cuanto existe, en el orden real de los hechos o en la esfera racional de los conocimientos, no es más que emanación de esa sustancia única llamada Dios. El mundo es, pues, Dios, según él; y las criaturas e ideas son emanaciones de la divinidad, que participan de su naturaleza divina en mayor o menor grado, según el puesto que ocupan en la escala cósmica.

Con la doctrina expuesta por Spinoza, el panteísmo fue tratado por primera vez de una manera filosófica, dejando de ser la concepción mística del universo como en la filosofía india o las

adivinaciones poderosas de la genial mentalidad griega, y aspirando a una demostración geométrica de conceptos, a la manera que lo habían sido los principios que hasta entonces formaron lo que se llama escuelas filosóficas.

La tendencia a la unificación de todo, en cierta especie de refundición general en una sustancia sola, fue predominando, poco a poco, con tendencias a servir de clave para la explicación del universo y de su contenido, de la diferencia de seres y de la diversidad de ideas, usos, costumbres e instituciones. Spinoza mismo ya pretendió dar una solución a todos los problemas, formando una ética individual y una doctrina del Estado; y, después de él, los grandes sistemas de los filósofos alemanes de fines del siglo XVIII y principios del XIX, con el carácter común del panteísmo, tuvieron igual pretensión de abarcar explicaciones y teorías de todas las ciencias sociales y conocimientos particulares, y aún el arte se impregnó de ese espíritu monista en los grandes poemas de Goethe.

* * *

La vida de los filósofos, cuyo centenario se conmemora en este año, fue sumamente diferente. Locke vivió largo —84 años— viajó mucho, disfrutó de honores y comodidades, intervino en negocios de Estado y, aún en vida mismo, tuvo la satisfacción de ver divulgadas sus obras y aceptadas muchas de sus doctrinas.

Spinoza, en cambio, llevó una vida dura y combatida. Vivió apenas 45 años, fue perseguido, despojado de sus bienes por sus parientes y reducido al trabajo manual de fabricar lentes para subsistir. Su fama es póstuma. A su muerte era un desconocido. Sus costumbres fueron severas e intachables y su vida pura. En 1880 se inauguró su estatua en La Haya. Se ha convertido en axioma la perspectiva con que miraba desde lo alto de su filosofía, con imperturbable serenidad, las cosas y los sucesos de este mundo: "sub specie aeternitatis".

Quito. 1932.

EGLOGA EN VOZ RECIENTE

AUGUSTO ARIAS

Nueva de tus milagros, la resolana tácita
en la boscosa hacienda nos dio calor de amigo.
La hiedra vegetal, copiando tu fragancia
y dúctil, como tú, se enredaba conmigo
en un avance hojoso; tu verde de esperanza
y el tallo de ascensión del empeño vibrante.
Las abejas tejían la ronda milenaria,
como entonces, ha siglos, fueron griegas y acaso
las celdillas de cera, con ática paciencia
dieron mieles iguales para Ovidio y Catulo.
Ayer, sin olvidarse de sus ancestros luengos
sobre nuestro recuerdo volaban pariadoras
y su agujijón traían desde los eucaliptos
con filo de aires altos y pectorales vientos
para enseñarnos ciencia de epigrama y bucólica
y de Geórgica siempre . . . Moscardón soñoliento,
verde de los pinares, verde de los helechos,
rosa de las silvestres florecillas, bruñidas
sus alas de cristal por aristadas brisas,
moscardón langoroso nuestra pereza enreda,
con su vuelo cansado, jardinero indolente.
Y las abejas vuelan y filtran todo el campo
en la celdilla mínima, hexágono perfecto.
Y el viento como antes, como en otras mañanas
acaricia la frente que es un mundo apretado
y como ayer, el río, pasa sin alejarse
y como en otro tiempo recorta el cielo el valle
y como en otra edad amanece cantando
esta paz aledaña, esta quietud sin nombre . . .

Garcilaso, otra vez, habla sobre este libro.
Esa es su misma voz y este tu hablar, Remigio.
¿No fue Boscán el Nemos de su recuerdo intacto,
perfumó Elisabet su vida de poema?
Flérida o Galatea. Los pastores lamentan
su mármorea indolencia o su alegrarse tardo.

Ellas son del rebaño, como ellos son del sueño.
 Son más dulces que el pan, pero el trigo aún tierno
 es de la cabellera cósmica. Y así el alma
 sin núcleo de atracción, vagarosa, se pierde
 y puede amar al monte, a las ramas y al río . . .
 Sobre el amor-combate sus treinta años elásticos,
 Garcilaso volvió del paisaje de la égloga,
 dulzura de palabras, dulzura de zureos,
 abejas y balides, miel y vellenes plásticos,
 zagalas sin vencerse, pastores ya vencidos
 y como un mago adusto, el Tormes cristalino,
 Garcilaso del campo, castellano y antiguo;
 de la casa hogareña, del salón . . . Del sonido
 que se alterna de paz . . . Silencio anochecido
 y orquestada mañana. Milite y peregrino
 Griego por las pastoras renacentistas. Griego
 por la voz heredada de Teócrito . . . y latino
 por la gracia del ser y la raíz añeja
 del romance podado, vernacular y altivo.
 En tus églogas vive un acento de hoy mismo
 y el espejo campestre sorprende ofreciendo
 imágenes que fueran de un encanto novísimo.
 Garcilaso mitólogo, Garcilaso adivino . . .

¿Anduvimos acaso por tierras de Castilla
 o floreció el pasado en el solar andino?
 Secular, aquí estuvo la india de la sierra
 y el español, curvado, la linfa de diamante
 bebió de esa vasija prieta y bronceada y fina.
 Pero nuestra memoria peninsular ordena
 los pasos de esta grave sombra de poesía,
 que sin hallar contorno tangible es siempre eterna
 y muriéndose siempre renace siempre viva.
 Paseos centenarios por vallados antiguos,
 evocación de añejos cantores que soplaron
 su canto de ecos múltiples en insondable tiempo
 y se han hecho profundos en nosotros, y vuelven
 como si desde siempre hubiéramos oído
 su música y hubiesen en nosotros de otrora
 germinado, enseñándonos el placer dolorido.

Marqués de Santillana pasa con la vaquera.
 —No es su amor picaresco como el de la serrana
 vencida por Juan Ruiz.—Es amor de otro modo:
 "ella non es deseosa de amar, nin lo espera . . ."
 Manrique es un horario de arenilla menuda
 que se filtra cantando efímeras victorias.
 ¡Todas son vaporosas y muertas soledades!
 Porque el seso se avive, el engaño despierta . . .
 Maestro de Santiago, don Rodrigo, abordemos
 la barca que ilumina el fulgor del océano,
 sin medida, sin cálculo, sin dolor, sin olvido.
 ¡Las coplas sentenciosas cien veces recontemos!

Fray Luis es un remanso. ¡Qué descansada vida!,
sin agujillas múltiples que hieran el reposo,
sin acre fiebre y sombras que pinten el anhelo.
Allí corriente pura y en sosegada alfombra
el hilillo que viene de la vena de Horacio
y allí el agustiniano solar sin tentaciones
bordado como un huerto por taumaturga diestra.
Fray Luis: noche serena, pastor, monte y olvido
del mal, y remembranza de aquella luz sin noche.
De todo lo sembrado todo lo frutecido
para tu fe sin punto finito se devuelve
y como ayer dirías: ¡Oh campos verdaderos!,
y en la fértil morada: ¡Oh deleitosos senos!
Vuelves, monje y pastor, extático de amores
y sobre el campo inmóvil no te evocamos menos
dulce Juan de la Cruz: el alma y el Esposo
en diálogo conjunto dejan la tierra amarga
y del canto florece un instante oloroso . . .

Per los esmaltes varios del Góngora divino
acaso invertiríamos nuestra estampa campestre.
Para el agua corriente, viña del cielo, el vino.
Vellones del cordero para el polar asombro
en la estufa bucólica . . . Cabellos de pastora
en la lirada música las cuerdas peregrinas.
La columna tendida por el sol, el puntero
que alargaré la vida espacial de la hora.
Volteo de metáforas oscuras, cristalinas,
y seguidor, el juego, por el ingenio vario,
difícil, hondo y alto, flor de la nube, estrella
de azucena, caída, para el cielo convexo
del valle . . . Así verían los pastores angélicos
en sus altas moradas las flores luminosas.
Góngora del camino tendido hacia el enigma
pero claro de sueño y erizado de abrojos:
niña pálida, viva; llama de flor ya muerta.
Por el romance, el alma viene de esencia antigua,
mas el puente se curva, elástico y diverso
y en su rostro alargado — otra visión del Greco —
luz ambigua y eterna se dibuja y acrece . . .

. . . Hay que morir amigos. Pero la Muerte aguarda
y de su filtro oscuro pueden alimentarse
nuevas antorchas firmes, luciérnagas errantes
o la ascensión votiva del resplandor perpetuo.
Y de seguir el rumbo de los viejos paseos,
y de amar el contorno vivo de los regresos
y de filtrar, añejos y morosos, las voces
de ayer en el cristal de las nuestras, actuales,
bien podemos ahora por la riba salada
guiar con remos jóvenes la barquilla de Lope!

Como el agua cansina de este curso indolente
que quiere hablarnos hoy con su canción de estío,

y que crece y arrastra en su olvido de tumbo
los recuerdos silvestres de su espejo de río,
nos haremos piadosos, decrecientes y humildes
y al volver en torrente, con caudales diversos,
perderemos la imagen en rugosa carrera
y con música pétrea, del dolor de rompernos
mil encajes de espuma otra vez tejeremos.

Para la esbelta encina es subterránea el agua
y sus diamantes lentos, llegan, ascienden, aman,
verdean en las hojas, se apagan en las ramas
y en su corazón hondo — el tronco — se empretecen.
Para la vieja encina sólo el hacha es la muerte,
pero allí, rediviva, alienta la existencia,
y ha de volver proteica y ha de hacerse cantora . . .
Paseos milenarios. Perpetuidad que roza
con su memoria cósmica la nuestra, adormecida.

En la plática nueva, colorida, perfecta,
en la memoria pronta de lúcido desfile,
la fiesta velazqueña quiere alegrar los postres
y, como en un museo, nuestra viveza evoca
el lienzo milagroso que sin ocaso brilla
y vive sin poniente, del Cristo a las Meninas.
Otras luces eternas y otras sombras que nunca
reposaron fallidas y estuvieron informes.
Para la vida breve el arte largo. Para
los sueños tropicales los deseos insomnes.

En el panal de suaves cristales de floresta
paladeamos el aire del huerto y de la encina,
la sedativa esencia del eucalipto . . . y somos
ya unos con la savia de los campos y el río.
Abejas milenarias, ya la pereza enciende
sus obtusas luciérnagas sobre nuestro abandono,
mas como ayer vosotras, mañana y siempre haremos
recolector revuelo y regreso fecundo
y como ayer vosotras, mañana y siempre oiremos
en la orquesta campera el diapason del río,
y abejas milenarias, con agudos buriles
labraremos el campo en cera y miel, iguales:
círios de los fulgores, sabor de los panales,
el poema es la síntesis del colmenar profundo.

AFINIDADES ENTRE DON PEDRO MONCAYO Y DON JUAN MONTALVO

S. JOSE M. LEORO

Al ilustre periodista
Sr. Dn. Pablo Annibal Vela

VIGIAS DE LA DEMOCRACIA

Como la vida de todo pueblo de cultura incipiente, la democracia ecuatoriana ofrece singulares contrastes de acción y reacción, de lucha y atonía, de entereza y de renunciación, de dinamismo bullente, juvenil, heroico y de resignado silencio soporoso. Es la vida que se manifiesta en su virtualidad operante y compleja. Y son muchos los factores que determinan este hervor alterno.

Y ese ritmo de la historia, esa periodicidad lógica crea, en su oportunidad, la ufanía alta y viril de los nobles caracteres, de los grandes espíritus que encauzan toda una época y son como su complemento y su personificación. Mezcla de virtudes y defectos coetáneos, unifican en un haz el cúmulo de energías latentes y dispersas que pugnan por surgir, y las tornan en levadura de opinión, en pasión de rebeldía, en auténtica coloración nacional. Son los creadores de la emoción política. Los jefes natos de la ciudadanía. Los vigías de la democracia. En cierto modo, los transmutadores de la historia.

Y así como en la naturaleza física, a trechos sobre la esmeraldina horizontalidad del llano o por encima del precipicio hirviente, se levanta la vigilia señera de las altas montañas, de la entra-

ña viva de los pueblos surge también, a imprevistas distancias de lugar y de tiempo, la gran cimera humana, henchida y estremecida de vitalidad, en que refulge una veta de belleza, de bien o de heroísmo y se yergue, muchas veces despótica, sobre el ras aglutinante y espeso de la vulgaridad...

Y como su acción ha ido encaminada a despertar una misma gleba inerte, a enardecer un mismo opreso corazón inmenso, a hacer vibrar de emoción una misma masa grávida de prejuicios, he ahí que varios de ellos ofrecen entre sí similitudes de acción, vinculaciones de obra y de esfuerzo, y, sobre todo, estrechas afinidades psicológicas que los une, como en un vértice de luz, en la magnitud trascendental de su función específica.

Tal ocurre entre el garboso ambateño, de extensa y resonante nombradía, que es Dn. Juan Montalvo, y nuestro conterráneo ilustre, de vida limpia y de perfil heleno, que se llama Dn. Pedro Moncayo.

PARALELISMO, ARMONIAS

Nacidos en la amable placidez de la vida provinciana, en medio de una naturaleza pródiga, ven deslizarse sus días primeros en la calma sedante del paisaje, en el silencio meditativo del valle circundado de cumbres, acendrando fuerza y vigor para la lucha de los días venideros...

Ibarra, Ambato, ciudades de hermosura cautivante en lo que concierne a su aspecto físico, eran entonces misérrimo asiento de población y de cultura. Su vida medio vegetativa se resolvía entre el dolor de la servidumbre, los afanes de un devotismo externo y la diaria murmuración intrascendente. Escasísimo ideal animaba su espíritu. Encastilladas ellas mismas entre los riscos de la Cordillera, veían pasar sus lentos días iguales, sin urgencias de amplitud, sin anhelos de vuelo. Retraídas del comercio universal, sumían en un letargo doloroso su resignada ignorancia.

Si aceptásemos una explicación socio-geográfica, quizás la naturaleza grandiosa infundió en estos dos próceres su hechizo de hurañez, su máscara arrogancia, su erguida virilidad. Como pudo decirse de Sarmiento, también ellos fueron formados "fuera de la urbe metropolitana, en contacto inmediato con la naturaleza, ajenos a todos los alambicamientos exteriores de la mentira mundana, con las manos libres, la cabeza libre, el corazón libre, las alas libres". Sus miradas aquilinas se nublaron ante la an-

gustia de la abyección circundante. Y —antenas prodigiosas— captaron en el espacio la onda libertina. Y la hicieron centellear, con sonoridad y fuerza anteicas, en el sopor de la conciencia nacional. A la nativa disposición de sus espíritus de castellana cepa, se unió la sugestión eterna de Roma y de Grecia antiguas con sus Cicerones y Plutarcos.

Acuciados, desde entonces, por este imperativo de libertades, de justicia, de bien, ya no tendrán sosiego ni vagar mientras se conculque un derecho, mientras se genere un déspota.

¡Permanentes centinelas flamígeros!

LID PRIMERA, FUENTE HEROICA

Cronológicamente, Moncayo es el primero. Anterior, con una generación, al Cosmopolita, mira a su Patria, si liberada políticamente, roida por el carcoma de un militarismo ominoso. Eran los días primos de la República. Las horas del reparto del botín. De la concupiscencia. La gloria heroica se trocaba en garras sanguinosas. Un despotismo más irritante aún se entronizaba sobre las ruinas del despotismo peninsular.

Flores, el Fundador de la República, transige indecorosamente con los héroes de ayer. Se macula al País. Se infama a la ciudadanía. Es la hora en que el primer fulgor libertario se enciende en la noche callada. Han lanzado su clara voz de ¡alerta! los patriotas. Y Moncayo está allí, con su juventud encendida, tremolando, desde **El Quiteño Libre**, la roja insignia reivindicadora. Y allí caerá, al pie de ese baluarte de honor, para ir a apurar las hieles del exilio. Su vigorosa lealtad no claudicará nunca. Si Rocafuerte, el rígido Jefe del civilismo en marcha, de los "Chihuahuas" valerosos, acalla su rebeldía en pacto inesperado con Flores, allí increpará Moncayo esa defección con brava elocuencia, con fiereza ruda. Las playas rumorosas, extrañas, que acogen su dolor, sabrán entonces de sus iras santas, de su entereza, de su soberbia austeridad.

Y como se suceden en el Poder las concupiscencias y las deslealtades, el grito de la traición y la asechanza de la emboscada, el olvido de los ideales, el franco dominio de las malas pasiones, su actuación, constante, pertinaz, en la prensa, en el club, en la tribuna, en el parlamento, no será sino una oleada de reproche, un continuado embate gigantesco. Si hoy el espejismo político la esperanza fincada en un hombre vacuo, de yerta voluntad patriótica, le hacen transitar por veredas de error, mañana el relámpago

de su verbo herirá de muerte esas falsías y tomará otra senda, de la que puede retroceder, absorto, ante una nueva claudicación de los más.

Así, Roca, en parte Urvina, Robles el testafarro de éste; García Moreno, el dinamo hecho voluntad, Borrero, Veintimilla, el fastuoso de la defección, caerán vilipendiados rudamente debajo de esa justicia hecha alarido, de la vindicta de ese carácter diamantino...

HOGUERA MONTALVINA

Así también Montalvo, el continuador y superador por algunos aspectos de esta gloria de heroicidades, de esta lucha sangrienta contra las tiranías; Montalvo, que a la herencia de libres disposiciones anímicas aunó el contagio —sin duda eficaz— de la austeridad de Dn. Pedro (no olvidemos que fue su Secretario en París) va a recorrer el campo, desde el primer momento, con aire solmne y señorial. Siente el encendimiento interior de su apostolado y principia increpando y se anuncia rugiendo... La misma torpidez en el ambiente. El mismo crujir de cadenas. La misma servidumbre: la de la conciencia. Pobreza de espíritu. Sumisión. Ceguera.

Contra García Moreno va a operar su artillada vehemencia ciudadana. Contra este Jayán del Solio, de encumbrada inteligencia y de vivo impulso personal, de acendrada convicción teocrática, progresista, fuerte maravillosamente dinámico, un gran cruzado en pleno siglo XIX, va a estrellarse su vigor combativo, su alma tormentosa, su espíritu de elección... Del choque de estas dos fuerzas antagónicas en duelo, va a despertar el alma nacional, florecida de dignidades y de luces... Un choque asombroso, gigante, mitológico.

Y serán después serenidades con poder, tal un Borrero; ponzoñas presidenciales, un Veintimilla, los que caigan sangrantes, moribundos, en el polvo del camino, asaeteados por sus dardos certeros y desgarrados por sus tajos de luz vengativa y sus cauterios impiadosos.

El exilio también será para él —como para el otro— el último doloroso refugio!

FUEGO INTERNO. BIFURCACION DE SENDAS

Es que Moncayo y Montalvo son seres en quienes la fuerza de su espíritu emana de la hondura de la convicción, de la sin-

ceridad, del afán de justicia, del amor al derecho y a la colectividad, sin fingimientos ni cobardias. No hay en ellos metal para su propia forja de utilidades, para su personal encumbramiento, para su ventura económica. De sus crisoles sólo emerge el grano purísimo de la idea noble, quizás excesivamente abstracta para tornarla entonces en carne de sentimiento, en avidez de multitud.

Mordidos por la llama del carácter y con el corazón inmanchado, no pueden lanzar sino verdades dolorosas, aún a despecho de la gran piedad que alienta en ellos. Sabían que —como decía el excelso Martí— “las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero”.

Mas, si coinciden en el temple del ánimo, en el carácter inamellable, en la pujanza de la voluntad, difieren, por modo singular, en sus sendas formas de expresión verbal. Montalvo comparte igualmente su culto por la justicia con la martirizante idolatría del idioma. Es el artista magno que pone en el fuego de sus admoniciones la gracia del giro arcaizante, la voluntad repujada con aliento benvenutiano, la filigrana de inigualable preciosismo. Posee la voluptuosidad del estilo, hasta el punto de que, lanzado el dardo, ya no le obsede a él la herida que barbota en rojos hervores, sino el aleteo de la frase que persevera con ritmo deleitante. Está poseído por el genio del idioma y le escuece el alma el prurito de belleza. Por eso, por pasión de belleza, es un ser apolítico. Es un Moisés tonante que respira en la altura y que tiene para nuestra angustiosa realidad el rayo de su vigilia asidua. Moncayo se diría más humanizado. Tiene actuación más cercana en la política del País. Más cercana y más directa y personal. Confina con el estadista. Sus escritos, de tersa factura clásica, no alcanzan el mago hechizo de Montalvo, aunque hieren con denodada maestría. Es el gladiador que blande su tizona en medio de la muchedumbre, sin contaminarse de plebez. Es el atleta de verbo tribunicio que instiga y va al rescate de las libertades. Le abraza el numen de la elocuencia. Y es este de sus atributos el que lo caracteriza con mayor relieve personal.

AUREOLA DE GRANDEZAS

Combatientes de esta estirpe tenían que sufrir el rencor vengativo de las oligarquías, las torturas de la incomprensión, las angustias del inadaptado dentro de la ingratitude del medio. Y,

por reacción natural, se abroquelaron en una orgullosa soledad, reacios a la fortuna o a la dádiva, lamentando en su interior —con lamento desilusionado y como apostólico— por la visión de nuestra democracia, anarquizada en su misma adolescencia. . .

Y como derrocaron cesarismos, fueron agredidos también con insania atroz, con crueldad sin par. Mas, cada uno de ellos pudo exclamar exactamente la frase de ese gran espíritu que fue Alberdi: "la injuria de esa rabia cae sobre mi vida como la lluvia sobre el mármol: para blanquearlo".

En efecto, blanquea ya y perdura, en mármol centenario, el recuerdo admirativo, apoteótico, de sus grandes hechos y de sus vidas azarosas y limpias.

NOTA.— Este trabajo fue leído por su autor en el Teatro Municipal de Ibarra, el 13 de Abril de este año —primer centenario del nacimiento de Dn. Juan Montalvo—, en la "Hora Montalvina", en la que tomaron parte, con tema y tiempo señalados, varios escritores ibarreños.

POEMAS

ANTONIO MONTALVO

De "Camino"

ALBA DE ESTIO

La niña, flor de luz, de la mañana,
como una virgen flor de iris garzules
abrióse, toda risas y abedules
cuando el sol, rey galán, cantó su diana.

Ya nuestra barca, de ilusión, galana
al lago de los sueños siempre azules
echóse a navegar, envuelta en tules
de la interior pasión, ardida grana.

Pescadores de amor, madrugadores
y en alondras del alba convertidos
fuimos bebiendo nieblas y rocío.

Fuimos los dos, yo y ella, entumecidos
y embriagados de trinos y de amores
en la fría alborada de ese estío.

BLANCO NOCTURNO

Del puerto de corales de la aurora
góndola véneta, vino la luna
al puerto de cristal de la laguna
guardadora de encanto y soñadora.

Mi novia, lisa de amor y pulsadora
de los huertos del ritmo, fresca y bruna,
en el arpa nocturna moduló una
canción sentimental, sollozadora.

Ambar puro de rosas y asfodelos
llevado por walkirias de las brisas
a los cielos lejanos ascendía.

Después, el lis de amor, bajo los cielos
harta de noche y besos y de risas
velada por la luna se dormía.

L A V E N U S P U R A

Margarita de nieve, en los jardines
del ensueño, desnuda, casta y pura,
toda lirios los muslos, blanca apura
los besos de los vientos serafines.

El rubio pelo de oro y de jazmines
suelto, en la brisa ardiente se aventura.
Luz de estrellas el pecho refulgura
coruzcando en los senos querubines.

Rítmica, en un plinto de blancura
y sonámbula de lunas y de auroras
a la espuma del viento da un suspiro.

Así está, en el parque de las horas,
Margarita, la linda venus pura,
sobre el sexo una rosa de zafiro.

AMERICA, UTOPIA

ALFONSO REYES

I

Tienen los brasileños una singular manera de obligar al que los aborda. Como no podemos definirla, fácilmente nos aparece como un arte de magia. Los andaluces, en su lengua expresiva, dirían que los brasileños "tienen buena sombra". ¡Feliz quien goza del privilegio de su hospitalidad y su trato! Ellos desarman la acrimonia y prestan a los contactos diarios no sé qué alada y poética dulzura. En medio de la vida nerviosa, cuando todo se acelera y parece volverse brusco, ellos deslizan una risueña corriente de mansedumbre que devuelve a las cosas sus proporciones perdidas y su equilibrio natural. El hombre brasileño, aun poniéndose en el caso más desventajoso y tomando como ejemplo mínimo al analfabeto y al desheredado, despide de sí un aura de simpatía y comprensión que equivale casi a una cultura y que es, en efecto, un modo de civilización por la sensibilidad. Si ahora subimos la escala y adornamos esa preciosa materia prima con todos los primores del afinamiento y del estudio, sacaremos una imagen tan placentera y a la vez tan acabada y curiosa como esos cocos labrados de Alagoas que no se cansa uno de admirar. Todo se ha dicho sobre los encantos de la bahía, todo sobre los encantos del Corcovado y el Pan de Azúcar, verdaderas aras votivas en que cada barco cuelga, al pasar, una palabra de arrobamiento. Falta todavía exaltar como es justo, el mayor encanto del Brasil, que está ciertamente en los paisajes interiores del alma brasileña, los cuales se extienden por aquella dorada zona en que la belleza y la moral se confunden.

No os extrañe, así, que antes de abordar mi asunto me apresure a cumplir un deber gratisimo: el de dar público testimonio del agradecimiento con que el señor Albert Kelsey --en su nom-

bre, en nombre de quienes lo acompañan, y muy especialmente en nombre de la Unión Panamericana de quien es digno comisario— corresponde a las atenciones, solicitud, eficacia, facilidades y cordialísima compañía que ha encontrado en el Gobierno brasileño y en todas las instituciones y personas con las que ha tenido el gusto de tratar para el desempeño de su misión. Permittedme que en un solo rasgo junte a esta expresión la de mi agradecimiento personal, por la ocasión que se me brinda de asociar el nombre de México a este acto de solemnidad y trascendencia.

Habéis oído de autorizados labios la historia del hecho que aquí nos reúne. Me propongo ahora agitar en vuestro recuerdo las ideas que sirven de atmósfera a ese hecho. Dichoso si interpreto fielmente las evocaciones y emociones que el solo nombre de Colón despierta en tan escogido auditorio.

I I

Desde que el alma humana ha dejado el rastro escrito de sus sueños, aparece la adivinación de América en forma de raro presentimiento. La imaginación, la imaginación andaba prefigurando a América desde unos 3.000 años antes de Cristo, cuando el mitológico Anubis presidía a los muertos en alguna misteriosa parte del Occidente. La idea de que al Occidente quedaba algo por descubrir—algo que unas veces aparece como atractivo en forma de islas bienaventuradas, y otras como repulsivo y temible en forma de mar tenebroso—viene desde los más remotos documentos de los egipcios. A medida que los periplos fenicios exploran el Mediterráneo Occidental, o al paso que más tarde—las islas atlánticas se entregan a los navegantes europeos, el misterio se va alejando como la sombra de una nube viajera y busca refugio en alguna parte cada vez más occidental. Tal es el sentido del "Plus Ultra", que vence a las columnas de Hércules. La vaga noción que descubrimos en la más vetusta literatura, la egipcia, cruza—unas veces como amenaza y otras como promesa—las sirtes de la literatura griega, donde florece centralmente con la portentosa Atlántida de Platón; viaja a través de la literatura latina, donde Séneca en su "Medea" anuncia que se han de abrir los mares y han de aparecer nuevos mundos; y llevando a cuestas su carga indecisa y cambiante, su mar de sargazos, su océano innavegable de poco fondo, sus islas afortunadas, se enriquece por toda la Edad Media con las leyendas de las islas utópicas: la de San Balandrán o de los Pájaros (primera versión de la Isla de los

Pingüinos), la de las Siete Ciudades, la Antilia y el Brasil, nombres estos últimos que después reivindicará la historia; y es recogida al paso por los poetas renacentistas, como Luigi Pulci en "Il Morgante", para depositar fielmente sus acarreos de verdad y de fábula en las manos de Cristóbal Colón, cuando éste, hacia 1482, abre las páginas de la "Imago Mundi", obra del Cardenal de Ailly, que fue su breviario y que es como un compendio de cuantos atisbos hasta entonces podían juntarse sobre los paraísos ofrecidos al ansia de los descubridores. Especies fragmentarias de alguna verdad desbaratada querían recomponerse en la mente de los hombres. La tierra parecía insinuar en sus criaturas el sentimiento de su imagen completa, la noción platónica recordada como en un sueño. Porque antes de haber sido esta realidad que por momentos nos desespera y por momentos nos entusiasma, América parece haber sido una creación de los poetas, una charada de los geógrafos, un inexplicable apetito de los hombres. El presagio de las nuevas tierras se leía en todas las frentes, brillaba con los ojos de los marinos y hasta daba a las codiciosas empresas del comercio un calor de hazaña. Y el presagio se dibujaba en el cielo, en la tierra y en todo lugar. ¿Queréis verlo en el cielo? Acordaos de aquella adivinación de estrellas nuevas que viene intimando luces desde las lucubraciones de Aristóteles hasta las de don Alfonso el Sabio; que ya preocuparon a Lucano; que irradian en la constelación de las Cuatro Virtudes Cardinales—imagen anticipada de la Cruz del Sur—desde el fondo de las noches dantescas; y que, después del Descubrimiento, se derraman profusamente por los horizontes de la poesía y el arte, de suerte que lo mismo centellean en la "Araucana" de Ercilla, que en la "Grandeza Mexicana" de Valbuena, en el "De Orbe Novo", de Pedro Mártir de Angleria, en "Os Lusíadas" de Camoens, en las "Epístolas" de La Boetie, o en el soneto de "Los Trofeos", que todos recuerdan.

I I I

Para llegar hasta Cristóbal Colón hay que abrirse paso por entre malezas de leyendas. El Colón legendario está ya maduro en tiempos de Fray Bartolomé de las Casas, y es el que todavía conocen los niños de la escuela. El Colón cierto y depurado empieza con Alejandro de Humboldt y llega, en nuestros días, hasta Henry Vignaud, acéptense o no las interpretaciones de este último sobre la génesis del Descubrimiento. Dejemos las exageraciones de uno y otro bando; olvidemos el Colón nacido en Pontevedra

con que se entretienen los ociosos; no hagamos caso de la parentela ilustre que más tarde quiso atribuírsele, ni creamos que haya tratado de mozo en asuntos de guerra y mar, sirviendo a las órdenes del buen Rey René o de los almirantes apodados Colombos, que ni siquiera eran italianos; admitamos que parte de su erudición haya sido de segunda mano, que al cabo con eso nada pierde; olvidemos igualmente la famosa escena de las joyas isabelinas, que sólo ha existido en la paleta de los pintores. (Cierto es que esta simbolización, embustera y todo, no contraría nuestro sentimiento de la historia; antes lo acentúa, porque sugiere la verdadera repartición de los negocios en el Gobierno español de aquel tiempo: don Fernando para lo interior, doña Isabel para lo exterior; el rey Fernando, que enreda en la corte, tejiendo ambiciones palaciegas y equilibrando fuerzas con todos los reales y sutilezas que le presta Gracián; la Reina Isabel—nuestra Isabel—que sueña en prender alas a la virtud española, en lanzas que corren la tierra y en velas por la mar). Pero atengámonos a lo veraz, a lo comprobado. Hijo de tejedores genoveses, peguemos el muchacho al telar paterno, y mantengámoslo en el oficio familiar, que es la sabiduría del pueblo, hasta eso de los veintidós años. Ni recibió educación científica, ni fue navegante desde la infancia, y acaso llegó a serlo de casualidad cuando, viajando tal vez en el comercio de telas, un naufragio lo arrojó a las costas de Portugal—tierra que, por entonces, era el valiente nido de todas las aventuras geográficas. Colón no llegó a ser el cosmógrafo más profundo de su tiempo, pero tampoco era el peor, aunque incapaz de medir un grado terrestre, que no es indispensable a los generales el saber apuntar con sus propias manos un cañón. Digamos, para seguir empleando el lenguaje de Gracián, que junto a Colón, este "héroe", Américo Vespucio (que no es responsable de que se haya dado su nombre al Continente, ni lo supo nunca), aparece como un "discreto"; posee una ciencia mucho más rectificadada y cabal, y un estilo de narrador tan interesante como sus viajes. Junto a aquel italiano cosmopolita, emprendedor, algo arbitrista y quimérico y sin más riqueza que la inspiración, el andaluz Martín Alonso Pinzón es el profesional, el técnico, el hombre de experiencia y recursos. En Colón descubrimos algo como el acometimiento eficaz que tienen las fuerzas naturales. No sin rudeza, no sin locura, su inmensa figura se destaca en medio de una época cargada de posibilidades y en que todo comenzaba a parecer factible a los hombres. A su lado, los hermanos Pinzones, a quienes la hazaña debe mucho más de lo que comúnmente se piensa, vendrían a ser como los Dioscuros del Descu-

brimiento. En Cristóbal Colón no vemos a un hombre aislado, caído providencialmente del cielo, con un mundo nuevo en la cabeza. Es verdad que hablaba de tierras incógnitas "como si las trajera guardadas en un cajón", según el pintoresco decir de Martín Alonso; pero ni es el primero que habla de ellas, ni en esto y otras muchas cosas hacía más que colar el río de una tradición secular para quedarse con las arenas de oro. Enfocando la mirada a Colón, podemos contemplar a toda una muchedumbre de sabios y felices aventureros que lo preparan, lo ayudan y lo siguen. El Faro de Colón iluminará, en el recuerdo, no la figura egoísta de un semidiós que pisa sobre las criaturas mortales, sino la de un hombre asido de la mano con los demás hombres que explican su gloria y la comparten.

I · V

Pongamos un poco de orden en esta apoteosis. Desenredemos los hacecillos que van a juntarse en la frente de Colón, entre los antecedentes del Doce de Octubre.

1. **El misticismo del Occidente.**— Ya hemos tratado de esta vaga noción que está en la raíz de la mente mediterránea, noción que es fecunda en mitologías y lanza por la imaginación medieval su escuadra de islas fascinadoras. De estas islas hay una, la Atlántida—cuya imagen sigue todavía latiendo entre las investigaciones de la geografía más reciente y que en el Renacimiento, puede decirse, trabajó por América.

2. **Los descubrimientos geográficos.**— Desde el siglo XII al siglo XV, y singularmente en este último, los descubrimientos se suceden, y así se va completando la cara de la tierra. La costa occidental de Africa se deja descifrar poco a poco. Del Oriente llegan arrebatadoras narraciones. El viaje a las tierras del Preste Juan, la pintura de países exóticos, rompen los moldes clásicos de la historiografía. Las misiones cristianas del siglo XIII responden a las invasiones mongólicas y dan mucho que hablar. Marco Polo abre la ruta de la moderna geografía asiática, y Odorico de Pordenome lo completa con relatos magníficos. En el siglo XV, la Italia de Colón posee ya una esclarecida tradición de exploradores y cartógrafos. Los viajes son la gran empresa pública y privada. Las ideas geográficas se respiran en el aire. Todo piloto es descubridor.

3. **Los colonos desconocidos.**— Se admite la posibilidad de que América haya sido objeto de descubrimientos extravagantes,

descubrimientos que el mundo no estaba maduro para aprovechar, mucho antes de Cristóbal Colón. Tales predescubrimientos se reducen al empuje casual de las corrientes marítimas, de los caminos de agua que andan sobre el mar, arrastrando barcos perdidos. La cuestión tiene dos aspectos: el Pacífico y el Atlántico. La hipótesis del contacto asiático por el Pacífico (los juncos que la tempestad arranca en el Japón, vienen a parar en las costas de California), no pasa de leves conjeturas antropológicas y lingüísticas, aunque, cierto, muy seductoras. En cuanto a la teoría de De Guignes que, en el siglo XVIII, quiso identificar a México con el Fu-Sang de los chinos, está enteramente desechada. Veamos ahora la hipótesis (de hecho, es más que una hipótesis) del contacto europeo por el Atlántico, punto que nos es mejor conocido y nos interesa mucho más porque, en estado de reliquia o conseja, el recuerdo de este contacto pudo llegar hasta Colón. Por el Atlántico hay tres corrientes, tres caminos que van del Antiguo al Nuevo Mundo; el de las Canarias que, con régimen de vientos propicios, conduce a las Antillas, es el camino de Colón; el que, cortando la contracorriente de Guinea, llega, por la Ecuatorial del Sur, hasta el Brasil, es el de Ojeda y Alvarez Cabral; y el tercero parte del Oeste de las Islas Británicas o de Islandia, y pára en las costas de Groenlandia, del Labrador o de Terranova. Este es el camino que un día seguirá Corte Real. Pero antes pudo ser frecuentado por normandos, vascos y rocheleses. Según lo trasluce la Saga de Erik el Rojo, los aventureros escandinavos lo han recorrido. Querer buscar en América las huellas de estos fieros piratas, siguiendo las confusas indicaciones de la Epica Septentrional, es empeño vano. Parece que, sin colonizar nunca, se limitaron a rápidas incursiones. Esto, si se exceptúa el caso de Groenlandia, que, colonizada durante tres siglos, lentamente se desvincula de Europa bajo los ataques de los esquimales, de modo que ya en el siglo XIV, es otra vez tierra misteriosa.

4. **El imperativo económico.**— Mientras media humanidad se deleita con las sorpresas del Renacimiento, la otra—mundo de traficantes y aventureros—vive enloquecida de acción, anhelando siempre por las aromáticas islas de las especies. En efecto, la ruta de Indias, la necesidad de encontrar una salida marítima para el comercio con la India, necesidad que apareció en Europa desde la caída de Constantinopla en poder de los turcos, ha venido a ser una preocupación general. Las consecuencias de este anhelo—y véase aquí la trabazón de los hechos históricos—serán el descubrimiento del Nuevo Mundo y el derrotero de Bue-

na Esperanza. De Italia, cuyo genio mercantil había alcanzado las elegancias de su poesía, salen de tiempo en tiempo geógrafos más o menos improvisados para ofrecer al monarca que lo desee, un nuevo proyecto, una nueva solución al enigma del paso al Oriente.

5. **El humanismo militante.**— Como Italia lleva el lenguaje de la época, lo que allí sucede, sucede para el mundo. La acción se ha puesto al servicio de la inteligencia. Junto a los humanistas, que sólo viajan en los libros, hay otros a quienes podemos aplicar el nombre de humanistas militantes, porque siguen de propósito las interrogaciones expresas de la ciencia y viajan, por decirlo así, bajo la mirada del sabio. Como nuestros héroes polares, Ciriaco Pizzicolli d'Ancona—uno entre ciento— no busca en sus viajes medro alguno, sino un puro interés intelectual, y aun abandona su casa de mercader para lanzarse a una gira de erudito, recogiendo documentos en Italia, Grecia, el Egeo y el Asia Menor.

En este ambiente que contiene ya los gérmenes del Descubrimiento, entre la oportuna mano del mago, dibuja unos pases en el aire, funde los inefables elementos dispersos y ofrece, en la palma, la moneda.

V

Colón heredó los papeles de su suegro Perestrello, y con los papeles, muchas noticias. Habló con marineros viejos, y por todas partes, en los libros como en las calles, encontró lo que venimos llamando el presagio de América. Oviedo y Garcilaso, el inca, cuentan de un naufrago que vino a morir en casa de Colón, legándole sus documentos. El piloto Pedro Velasco, en la *Rábida*, dio a Colón el derrotero aproximado de la Isla de Flores, a 150 leguas de Fayal. El tuerto de Santa María y el gallego de Murcia, hablaban de unas naves que naufragaron sobre costas desconocidas, costas que bien pueden ser las de Terranova o Bacalaos. Y había un marinero de Madera, cuyos testimonios parecen visiones, que a cada viaje juraba divisar tierras inexploradas. Vázquez de la Frontera, cuando navegó al servicio de Portugal, tuvo también ciertos atisbos. ¡Oh, qué ansia de revolver noticias, de tratar con gente de los puertos, de hablar con los viejos lobos, de mezclarse entre la más equívoca resaca humana, que anda en las tabernas contando de naufragios y milagros del mar! Esta ceniza o despojo de realidad se sazona con un poco de mitología. Por ahí se habla, a media voz, de dos tierras ri-

quísimas: la Antilia y el Cipango. La Antilia—"ante isla", isla puesta antes, de donde vienen primero Antilla y luego Haití—es una tierra fabulosa que viene a ser la prefigura de América. El Cipango, tierra de más posible acceso y que debe encontrarse en el camino del Asia, representa la ruta para la India. ¡Buscando la postura más prudente, se dió con la más audaz! ¡Buscando el Cipango, se dió con la Antilia! Algunos quieren que, en su fuero interno, Colón, al principio al menos, haya tenido también sus ideas sobre la Antilia, aun cuando a la hora de encontrar tierra, estuviera ya seguro de que abordaba los dominios del Gran Can. No está demostrado, pero no es imposible. Si aún queréis convenceros más completamente de la parte que tuvo la imaginación en el Descubrimiento, asomaos a los libros de cabecera del Descubridor. El cuadro, os lo prometo, es edificante. Marco Polo os abrumará con sus deslumbradoras descripciones; en el "Milione" encontraréis ciudades de mármol, oro, plata y piedras preciosas, y la pintura de ese Catay donde la Edad Media acumuló monstruos y endriagos; la "Historia Rerum", de Pio II, no será menos exitante; y la "Imago Mundi", del Cardenal Aliaco, os hartará de grifos, dragones, basiliscos, licornios y unicornios, serpientes policéfalas, tarascas y otros engendros. En el espíritu de Colón, las visiones y las realidades se confunden. Ya, en el cuarto viaje, oirá voces como los elegidos y los profetas. Entretanto, busca el Edén bíblico en las Antillas; espera las tierras opulentas que Marco Polo le ha ofrecido, y no le sorprendería encontrar el país de las Amazonas y de los Antropófagos. Los contemporáneos creen que las islas caribes son la patria de los Polifemos y Lestrigones. Santo Domingo se convierte en Ofir y en cuna de las riquezas del Rey Salomón. En las bocas del Orinoco, Colón cree ver las cercanías del Paraíso, que una enfermedad le impide alcanzar. ¡Oh, digámoslo de una vez! Una pequeña exageración no ofende al decoro de la historia: el Descubrimiento es obra de algunos errores científicos y algunos aciertos poéticos. Tal es la complejidad de las cosas humanas, tan humillada resulta la razón cuando algo más grande se atraviesa.

V I

Para que América sea posible, para que estalle del Descubrimiento, es fuerza que la chispa de sueño caiga sobre el grano de pólvora de la realidad. ¿Quién hizo posible el Descubrimiento? Dejémosnos de explicaciones simbólicas, de reyes y señores que

sólo dan buenas palabras, y bajemos al suelo humilde. El Descubrimiento, como todas las grandes cosas ibéricas, es obra de la iniciativa privada. Volvamos la mirada otra vez a los hermanos Pinzones. Las disputas entre Martín Alonso y Colón no importan a la historia (¡hasta hay quienes pretendan que Martín Alonso llevó a Colón por una ruta que no le era desconocida!) Lo que importa es tener en cuenta que Martín Alonso era un rico naviero, reputado por su pericia en el mar y por su crédito; que tenía familia conocida, numerosa y honrada; que era un estudioso bien relacionado entre los sabios de Roma y, cuando hacía falta, un soldado aguerrido, como lo probó en acciones contra los portugueses; que, de las tres carabelas del Descubrimiento, dos eran suyas; que todavía, además, puso de su peculio la tercera parte del dinero de la expedición; que, merced a su influjo personal, sus hermanos y Juan de la Cosa, ilustres navegantes, se decidieron a embarcar a Colón; y finalmente, que sólo debido a su valimiento personal, fué posible reclutar hombres para el viaje, pues bien sabido es que, antes de que él interviniera, no pudo obtenerse un sólo tripulante, y esto a pesar de la Real Cédula, que amnistiaba a todos los perseguidos que quisieran alistarse bajo Colón.

A lo largo de la historia hispana, la iniciativa privada vive siempre en el primer plano. Y decir la iniciativa privada, es decir el pueblo, el soldado desconocido, Juan Español. La iniciativa privada hizo la Reconquista; su héroe, el Cid Campeador, era un forajido, "foraexido" echado fuera, desterrado del rey, bien que a cada nueva victoria sobre los moros, le mandaba obsequios al monarca, porque—¡eso no!—el individualismo español no es anárquico ni es rencoroso. Por un instante, con los reyes católicos—que eran gente casera y de solar español— la iniciativa privada sube al trono, y entonces la monarquía castiza va logrando la unidad del reino. Pero los reyes católicos son desdichados en su descendencia, y las monarquías extranjeras, las monarquías profesionales que les suceden, o desvían el eje de la vida española, o no aciertan con los puntos de conexión entre España y Europa. Siglos más tarde, cuando la guerra de independencia contra Napoleón, otra vez la iniciativa privada se echa a la calle para expulsar al invasor extranjero, a despecho de los mismos monarcas que ya se habían rendido. Y volviendo a nuestra América, a la hora del Descubrimiento, la iniciativa privada está en los Pinzones; a la hora de la Conquista, en Hernán Cortés, que empieza por arrancarse del gobernador Diego Velázquez y emprende el viaje a México bajo su propia responsabilidad,

Los Adelantados, esta flor de Conquistadores, qué eran sino unos aventureros privados que luchaban por su cuenta y riesgo, y a quienes la monarquía sancionaba si es que tenían éxito, como sancionaba el Rey Alonso VI las hazañas del Cid, al paso que las veía cumplidas? Esta onda cálida de sentimiento privado, comunicada después a las colonias de América, hace, por ejemplo, que los primeros vecinos de la Nueva España, al otro día de la conquista, ya en el siglo XVI, se sientan diferentes y aun rivales de los funcionarios peninsulares recién desembarcados. Y de este fenómeno, que tiene su equivalente en todas las colonias, deriva el germen de un nuevo patriotismo y el anhelo de la emancipación. El imperio español no se mantiene por obra de la administración ni por un poder marítimo, que en rigor, España nunca tuvo. El imperio español es un milagro sin resistencia física, que sólo dura tres siglos por el respeto a la idea monárquica y a la idea católica, cosas que estaban hondamente grabadas en la indole del pueblo español. Obra de colonización más que deficiente, media España se trasladó a América y empezó a vivir por su cuenta; por eso nacieron nuevas patrias. Bendigamos la impericia comercial y económica que las produjo, y asociemos a nuestras bendiciones el nombre mismo de las madres ibéricas—España y Portugal—ya que la independencia, mucho más que la desvinculación de un Estado, significa la desvinculación de un pasado.

V I I

Ya tenemos descubierta a América. ¿Qué haremos con América? Sobre todas las conquistas de la materia crece siempre el espíritu. Portugal y España se alzan con la empresa de los descubrimientos, y pronto la empresa adquiere carácter evangélico. A la cruzada medieval sucede la cruzada de América, y el Papa Alejandro divide entre las dos monarquías las tierras halladas y por hallar. A partir de este instante, el destino de América—cualesquiera sean las contingencias y los errores de la historia—comienza a definirse a los ojos de la humanidad, como posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, una soñada república, una utopía. América se anuncia con fuertes toques de clarín a la mente de los más altos europeos. ¡Qué eclosión de sueños produce! En cuanto América asoma la cabeza como la nereida en la égloga marina, la

librería registra una producción casi viciosa de narraciones utópicas. Los humanistas resucitan el estilo de la novela política, a la manera de Platón, y empiezan con los ojos puestos en América, a soñar con una humanidad más dichosa. Los dogmatismos se quiebran ante el espectáculo de las nuevas costumbres. Se concibe la posibilidad de otros modos de civilización más fieles a la tierra, y el "filósofo desnudo" de Pedro Mártir prepara ya al "buen salvaje" de Rousseau, tan lleno de virtud natural como están naturalmente llenos de miel los mismos frutos. El exotismo americano—que Chinard, Dermenghem y otros han estudiado cuidadosamente—salpimenta con nueva sazón las literaturas. A diferencia del exotismo oriental, que se limitó siempre a ser pintoresco, este exotismo americano lleva una mira moral interesada; es decir: que la literatura europea quiere comprobar, con el espectáculo de América, una imagen propuesta *a priori*, la edad de oro de los antiguos, el estado de inocencia natural, sin quererse dar por entendida de lo que había de herético en esta noción. ¿Quién entre los más nobles testigos del pensamiento europeo pudo escapar al espejismo de América? América imprime su huella en Erasmo, en Tomás Moro, Rabelais, el Tasso, Montaigne, Bacon y Tomás Campanella. Si Juan Ponce de León sueña con encontrar la fuente de la juventud eterna en la Florida, los filósofos le piden al Nuevo Mundo un estímulo para el perfeccionamiento político de los hombres. Tal es la verdadera tradición americana, en que tenemos el deber de insistir. El testimonio de Montaigne es singularmente expresivo: en su alma se da el drama de América envuelto en aquella solemne música de pensamientos que todavía nos conmueve. Montaigne reconoce que el solo contraste entre las cosas del Antiguo y del Nuevo Mundo despertó en él esa comprensión para todas las doctrinas, que Bacon y Shakespeare aprenderán en él, ese perdón, esa caridad. Durante la juventud de Montaigne, América parecía irlo levantando sobre el nivel moral de su tiempo. Leía con avidez los relatos de los cronistas y, además, como funcionario de Burdeos, veía llegar y admiraba los efectos y mercaderías de la nueva tierra generosa. Finalmente, un criado suyo había vivido diez años en el Brasil y le contaba las costumbres del Nuevo Mundo. Dispuesto a abrir siempre la ventana de la paradoja, a Montaigne se le antojó preguntarse si, después de todo, la civilización no sería un inmenso desvío; si el hombre de América, "el preciosamente inca desnudo y el de plumas vestido mexicano", como decía Góngora, no estarían más cerca del Creador; si las costumbres no tendrían tan sólo un fundamento relativo. Y

acabó por descubrir el refinamiento y el arte entre las poblaciones edénicas del Tupí-Guaraní. Es cierto, se decía Montaigne, que aquellos indígenas son canibales, pero ¿no es peor que comerse a sus semejantes el esclavizar y consumir, como lo hace el civilizado europeo, a las nueve décimas partes de la humanidad? América tortura a sus prisioneros de guerra; pero Europa—piensa Montaigne—torturaba más en nombre de la religión y de la justicia. Y ved aquí, al contacto de América, brotar en la mente de un europeo representativo los primeros anuncios de los más avanzados y aun los más audaces puntos de vista que ofrece el espíritu de nuestra época. Este disgusto contra el error europeo, se fué volviendo atmósfera. Contamina al protestantismo y al puritanismo, y mucho más al cuaquerismo, que acaba por instalarse en América. ¡Qué radiante promesa, el Nuevo Mundo, para todos los descontentos! Mientras los mercaderes trazaban sus planes de lucro, mientras los apóstoles cristianos—de ilustre tradición en América—preparaban sus cruzadas de redención, todo un pueblo de soñadores se moviliza hacia la utopía.

América, puede decirse sin violencia, fué querida y descubierta (iba yo a decir inventada), precisamente como campo de operaciones para el desborde de todos los grandes ímpetus quiméricos que ya no cabían en los límites estrechos del mundo. Crearon, descubrieron a América, los que tenían sed en el cuerpo o en el alma, los que necesitaban casas de oro para saciar su ansia de lujo, o conciencias vírgenes donde sembrar e inculcar la idea de Dios. Más tarde, América siguió siendo refugio del perseguido; ya es tierra en que el ojo acusador no puede estorbar la regeneración de Cain, ya es casa hospitalaria para religiones proscritas de hugonotes y puritanos.

Sobreviene la colonización europea. Durante tres siglos, van a pesar sobre América los lentos procesos de la gestación, y entonces el ideal late dormido. Si la semilla apareció con el descubrimiento, ahora—al canalizarse la energía espiritual en una admiración de virreinos—la semilla entra a dormir bajo la tierra. No está muerta: al contrario. A medida que las Américas se emancipan, el ideal se va despojando y definiendo, y se caracteriza por su universalidad. Durante el siglo XIX, los más grandes utopistas—sean espiritualistas, socialistas o comunistas, acertados o equivocados—tienden hacia América como a una tierra de promisión, donde la felicidad a que todos aspiran bajo diversos nombres se realice sin lucha. Hoy por hoy, el continente entero se deja abarcar en una esperanza, y se ofrece cordialmente a Europa como una reserva de humanidad.

O este es el sentido de la historia, o la historia no admite sentido alguno. Si esto no es, esto debe ser, y todos los americanos lo sabemos. Podrán las necesidades inmediatas, las groserías exteriores, desviarnos del camino un día, un año y hasta ciento; la gran trayectoria se salvará. La declinación de nuestra América es segura como la de un astro. América empezó siendo un ideal y sigue siendo un ideal: América es una Utopía.

Acordaos con cuánta emoción se presenta ante Wilhelm Meister el propósito de rehacer la felicidad en América. En las manos de Filina, buena costurera, las tijeras están temblando a la sola idea de cortar los vestidos de la nueva colonia. Lidia se siente maestra de primeras letras para las nuevas generaciones. El grave Montano sólo piensa en laboreos y minas. Atrás quedan los placeres y los sufrimientos, los años de aprendizaje y los años de veladosos viajes. ¡Oh Goethe, poeta profundo! La barca se desliza río abajo. Una leve brisa seca, en las mejillas de Félix, las lágrimas jubilosas con que vuelve a la vida. De pie en la proa, Wilhelm Meister cruza los brazos y lleno de confianza en América, contempla el horizonte.

V I I I

El faro se alzará en la isla graciosa cuyo contorno—según Pedro Mártir—figura la hoja del castaño. Es la isla de Santo Domingo, la antigua Hispaniola, el solar de América, la primada de Indias, la predilecta del Almirante, la que—como decía Menéndez y Pelayo—recibió del cielo la belleza con la desventura, y tantas veces tuvo que rehacerse bajo las tormentas de su historia, en lucha solitaria y paciente, como si se supiera reservada para grandes destinos. Hoy ha de llegar hasta sus costas la peregrinación de todos los pueblos de América, acarreando las piedras para la torre de la alianza. Aquella bandera de luces que voltea sobre las aguas, abrirá la senda al navegante y encenderá en los espacios la promesa utópica de América.

De "El Libro y El Pueblo". Méjico.

ELEGIA

MANUEL MORENO MORA

Para la Revista AMERICA

En un prado, a la orilla de un rumoroso río,
bajo el azul profundo de ardiente mes de estío,
después de muchos años nos encontramos juntos,
cuando yo ya creía para siempre difuntos
los lejanos amores de mi ida primavera.
Ella hacia si me atrajo; yo, dócil, cual si oyera
el sí que en otros días quise oír de su boca,
sentí que renecía en mí la pasión loca.

Me puse triste al verla. Mi juventud perdida
su visión me evocaba. ¡Qué fugaz es la vida!
¡Ah, cómo cambia todo! ¡O Dios, no estés ya muerto
en mí aquel que la amaba cuando ella fué cual huerto
cerrado, en primavera? ¡O Dios, no está ya muerta
en ella la que amaba mi juventud, hora yerta?

Sí, no es ella la misma, ni yo ya soy el mismo.
De mis pasados días me separa un abismo
que jamás, en el tiempo, podrán salvar mis plantas.
¡O tierra, a tí retorna la primavera, y cantas
y ríes; a tí siempre son propicias las Horas;
mas a tí, hombre, no vuelve la juventud, y lloras.
¡Retornar al pasado! Imposible. Es la suerte,
seguir siempre adelante, sin rumbo, hacia la muerte.
¡Ah, si ahogar pudiera la luz de mi conciencia!
No tener de la vida la pasada experiencia,
hacer de cada instante la vida soberana,
cual si en su pos no hubiera de venir el mañana.
¿Qué dices, alma, a la dulce amada de otros días,
por cuyo amor, entonces, llorabas y reías?
¿Qué dices a la mada en cuyo corazón
de nuevo ha florecido la amorosa pasión?

* * *

No sé si yo ame en ella la dulce amada de antes,
ni sé si estos amores sean esos distantes
que en el recuerdo viven. La amada de otros días
perdióse en el pasado, tal vez en las umbrías
celestes, en los brazos de mi sombra radiante,
sombra de esa otra amada, mi juventud fragante.

¡Oh, cuántas, cuántas veces morimos en la vida
y vamos renaciendo en forma parecida!
Sólo el recuerdo queda para dar la ilusión
de que es la misma forma y el mismo corazón.

La dulce amada de antes en ella se evidencia
en su acento y mirada de tímida inocencia.
En ella hay una virgen flotante, vaporosa
que viene de una triste lejanía brumosa
y me ve con mirada de otra vida, mirada
etérea, azul que baja de región increada,
y en mi pecho despierta esta sed torturante,
esta saudad sin nombre, de amar la amada de antes.
¡Deseo de la amada que, a veces, vive en ella
y, a veces, lejos, lejos, no sé en qué rubia estrella!

Virgen de mi saudade, por ti quiero la bruma
de los sueños, la niebla fantástica que esfuma
la realidad del mundo. El ángel de la noche
te trae de la mano y cierra el áureo broche
de! día. Tu voz oigo. Tu imagen del pasado
surge. Eetéreo tu cuerpo, a mi cuerpo enlazado,
divaga por los parques brumosos del ensueño.
En ese reino azul me siento de ti dueño.
Y duermo en tu regazo. Y en tus labios los míos
se posan, desvariados, bebiendo sus rocíos.

¡Dime, mi bienamada, dime si tienes celos
de la otra dulce amada, que hoy habita en los cielos!
Su fantasma frecuente tu cuerpo immaculado;
si me mira, me siento de claridad bañado;
si me sonríe, todo mi ser es primavera,
que ella es rosa de mayo y ella es la luz primera.
Tiene su carne angélica casto aroma de rosas,
carne que no despierta tristezas voluptuosas.

Amada, nada vale lo que la amada muerta:
todo amor es saudade; toda ventura incierta.

Cuenca, Ecuador.

CASTELAR Y LOS PECES

JORGE CARRERA ANDRADE

*Con motivo del centenario de Emilio Castelar
—7 de Septiembre de 1832—*

CUADRITO DE EPOCA

Una vela blanca y pura como una pluma de garza va trazando no sé qué misterioso signo sobre la línea del horizonte. El viento del Este arruga la reluciente lámina del mar Menor y encrespa los árboles de la murciana costa. Mayo hace espuma en los naranjos. Es el tiempo en que la morera de vellosas hojas se cubre de nuevos brotes y en que las guitarras y bandurrias turban el sueño de las mozas y el silencio susurrante de la huerta. En las barracas, de muros de adobes y caperuza de paja, hacen su visita los primeros ramos de flores, junto al tinajero, el fogón y el arca grande de pino, oliente a pan y a frutas maduras.

Una luz marinera y huertana da lustre a las arenas, a los frutales y a las altas ventanas de la quinta de los Servet, en San Pedro del Pinatar. Don Emilio abre las vidrieras de su alcoba y echa una ojeada sobre el campo. Aspira con fruición el buen olor de los granados, cidroneros y limoneros, que viene cabalgando en el aire. Luego se pone a escuchar cierto vago rumor que intercepta a veces el chillido de los pájaros. Algunas zancudas pasan a lo lejos, sobre el acantilado. El rumor se ha ido haciendo cada vez más perceptible, hasta llenar con su sonoridad el paisaje. Todo adquiere como un humilde candor al imperio de las musicales ondas. Es la campana del oratorio de la quinta, que llama a misa dominical. La campana campesina va filtrando desconocidas y celestes mieles en el corazón del contemplador.

Don Emilio cierra la vidriera, pone en orden su modesto atavío y asiste al oficio cristiano. El viento del mar, a paso de carga por los corredores, penetra en el oratorio como en su propia casa. Los cirios tiemblan ante la presencia del intruso y las colgaduras se inflan como velas anhelantes de partir. El oleaje marino resuena como un órgano distante. Esta es una especie de misa panteísta, la misa por excelencia que acompañan, a modo de monaguillos, los elementos y que la primavera satura con sus rurales fragancias. Los huertanos lucen orgullosamente su manta espinardera lorquina, sus almidonados zaragüelles y sus alpagatas de cintas negras. Con su sombrero de anchas alas dando vueltas entre sus manos rugosas, siente penetrar en su alma, como un chorro de frescura, la beatitud de su tierra, de su mar y de su cielo.

Después, el paseo a lo largo de las rocas aborregadas y las sinuosidades del litoral. Guitarras que zumban como abejorros mayores de la primavera. Carretas de bueyes que transitan por los senderillos llenos de sol. En un claro, frente a un redondo moral, jóvenes parejas bailan la típica "parranda". Los huertos se alegran de domingo y de vino. Don Emilio, lento y claudicante, sigue su paseo con los ojos puestos en el sosegado mar Menor. Unos barquichuelos se mecen en un fondeadero. Más allá, unas palmeras, los ápices agudos de unas plantas de pita. Litoral peñascoso. En el horizonte, naves que vienen de Cala Blanca con su carga de mineral de hierro.

Los pescadores canturrean mientras preparan sus alquitrana-das redes. Los botes crujen. Dan sus últimos golpes en el agua los remos chorreantes. He aquí que la red, ya lista, se sumerge en el mar y sólo quedan visibles sus flotadores de corcho. Un paréntesis de espera en que se cargan las pipas. Una quietud paciente y silenciosa en la que salta de vez en cuando un agudo chascarrillo regional. Luego, los desnudos brazos musculosos tiran de la pesada red, donde se debaten prisioneros centenares de peces. Angustioso batir de aletas y fugaz relucir de escamas. Saltos y cabriolas sin fin de los que sienten escaparse el aire bronquial, la respiración bienhechora y con ella la vida. De la red a los cestos van pasando los pequeños cadáveres de plata, contados por expertas manos.

Cerca de los pescadores, don Emilio contempla, con los ojos bañados de tristeza filosófica y el bigote caído, los episodios de la pesquería. Las convulsiones agónicas de los peces que mueren asfixiados le hacen pensar en el trascendental tema de la existencia. Barrunta su próximo fin y le invade una ola de acedia. Su

espíritu se conturba ante la idea de la muerte, y más aún de la angustiosa muerte por asfixia. Flaquea el cuerpo envejecido del pensador. Al buen hombre que le acompaña le dice con una voz débil como un soplo, señalando con su bastón el cesto de los peces: "¿Quién sabe si yo moriré como ellos?"

TEORIA DE LA ASFIXIA

La laringe, la tráquea, los bronquios son los caminos sensibles del aire. El pulmón es la meta. Allí en ese órgano que los fisiólogos comparan gráficamente a un racimo, esas pequeñas uvas que son los alvéolos pulmonares, captan el oxígeno del gaseoso elemento. Ya nutrido de vital sustancia, el vino rojo de la sangre recorre la intrincada tubería de las arterias en un trabajo de superior alquimia. El corazón acompaña—motor acompañado—el funcionamiento del maravilloso mecanismo. Mas si el aire llega a faltar, momentáneamente se aceleran los movimientos respiratorios en un esfuerzo por restablecer el perdido equilibrio. Enseguida el mecanismo funciona con mayor lentitud y el corazón se para. La muerte ha sido cosa de pocos minutos. Este fenómeno que se observa en el campo de la fisiología, suele suceder también en el mundo de la política. El fracaso de un régimen, de una doctrina o de un partido no es sino su muerte por asfixia. La popularidad es necesaria como el aire para el vivir político, y cuando falta este elemento primordial, la muerte sobreviene inexorable. Ese "aire de muchedumbres" ha nutrido a lo largo de la historia del mundo a los grandes conductores, caudillos y civilizadores. Ha habido también hombres señeros que cubiertos con la escafandra de luz de la soledad han llegado a respirar en una atmósfera limpia y serena, atmósfera de altura, lejos de la multitud; pero éstos han sido los menos: sabios, héroes y místicos.

Castelar—el individualista—sintió más profundamente que nadie el pueblo, lo colectivo. Fué hacia las masas en busca del ambiente indispensable para que su ideario pudiera vivir y prosperar. El miedo de la asfixia le hizo adoptar posturas contradictorias, actitudes que no encajaban dentro de la órbita de su confesión política. Orador ante todo— hasta en el estilo y en la vida—gustaba de entrar siempre por las dos grandes puertas del éxito y del favor público, que algunas veces se le cerraron al declinar de su existencia. El mozo entusiasta y elocuente que después del pronunciamiento de Vicálvaro, en el mitin del teatro Real,

prendió el fuego de la libertad republicana en los pechos españoles, se volvió el escritor tolerante de "La Soberanía Nacional" y de "El Tribuno". Catedrático de Historia en la Universidad central de Madrid, fué admirable de Felipe II, el sombrío caracol del Escorial. Autor de la llamada "Fórmula del progreso", combatió sin embargo con ardor las doctrinas modernas que Pi y Margall sembraba por ciudades y campos peninsulares como una semilla luminosa. Su polémica con el sabio catalán y su campaña periodística contra el socialismo y el federalismo le dieron inmensa popularidad en su tiempo. Mas cuando vió—a la vuelta de su destierro— que las ideas federales se habían expandido ya por toda España, no tuvo inconveniente en aceptarlas y fué a ocupar un puesto en la dirección del partido demócrata al lado de Pi y Margall y Estanislao Figueras.

El político gaditano necesitaba con todo una más amplia resonancia para su oratoria, un marco más grande para su figura tribunicia, y esto le dieron las Cortes. Tumulucosas y pintorescas Cortes del año 1869, en que alternaban los chalecos carlistas y las pecheras democráticas en los escaños de los representantes, en medio de un hemicielo multicolor, formado por rostros patiludos y lindas caras de damiselas, por mantillas y abanicos, levitas y chisteras. El diputado por Zaragoza se levanta y escaños y tribunas enmudecen. Su gesto parece crear el silencio, y su frase poderosa, traspasada de azúcares literarios, recuerda la leyenda del panal de miel en las fauces del león. Habla sobre el tema eterno de la libertad de conciencia. Habla, o, más bien dicho, canta sus "odas en prosa". Sus ojos iluminados presiden el ademán de la mano elocuente. De la boca van escapándose, como un fluido sonoro, las palabras numerosas, hasta llenar el globo del aire, los ámbitos de la Cámara. El globo se revienta en aplausos. El corazón de la multitud galopa febrilmente. Castelar le contagia su emoción y sopla sobre él su gran aliento. Nunca había vivido el pueblo español en un clima espiritual más alto que en esos días del orador magnífico. Nunca se trataron con igual elevación, en medio de la "plaza pública", los temas trascendentales de la sociedad y del hombre. Lo atestiguan sus discursos sobre la Constitución monárquica y sobre la existencia de Dios.

Una pausa de varios años. Salmerón, el estoico, abandona la presidencia de la naciente República por no firmar una sentencia de muerte, y a Castelar le llega la hora de asumir el Poder. Mas el jovenzuelo entusiasta del teatro Real, el escritor demócrata y el defensor fogoso de las libertades, es ahora el dictador in-

blexible que suspende las Cortes, se apoya en la fuerza armada, decreta una quinta de cien mil hombres y entrega los mandos militares a generales conservadores y monárquicos como Martínez Campos, que posteriormente debía encabezar la sublevación de Sagunto y proclamar al joven príncipe Alfonso XII.

Las Cortes siguientes le niegan un voto de confianza al gobernante y sobreviene la asfixia del régimen. Castelar dimite, y el general Pavia, con sus guardias civiles, invade el recinto legislativo, expulsando de él a los diputados. Carabinas y sombreros de hule campean en los escaños donde la vispera corría el agua mansa del discurso a la sombra del árbol de la ley.

Ya en plena restauración, Castelar acomoda su pensamiento a las sinuosidades de la nueva política, y en el mitin de Alcira echa a los cuatro vientos su concepción de una España armada hasta los dientes, de un orden estatal asentado en la fuerza militar o sea "en la infantería y la caballería, y sobre todo, en la Guardia civil". (Lo mismo que proclaman actualmente las extremas derechas españolas, en vía hacia un facismo de nuevo cuño). Luego—diputado por Huesca en los sucesivos parlamentos—va adquiriendo su figura perfil gubernamental, contorno de pensador evolucionista y de doctor en realidades. De allí a poco, en sus esfuerzos por librarse de la asfixia en medio del ambiente peninsular, funda el partido posibilista, almáciga de los futuros hombres de la Monarquía. La órbita política de Castelar toca ya a su fin; en su amplia curva, semejante a una revolución astral, sobre la pizarra del tiempo, se ve un apogeo de gloria y de esplendor y un perigeo de derrota y de ceniza.

UNA VIDA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX

Cuando presenciaba los incidentes de la pesca en el mar Menor, don Emilio se sintió repentinamente indispuerto y regresó a la quinta, acostándose luego para no levantarse más. Ya en el lecho, su poderosa mano de escritor alcanzó aún a llenar un montón de cuartillas de política europea. En cuatro días se extinguió esa fecunda vida. El jueves 25 de mayo expiró Emilio Castelar como un español de los viejos tiempos. Un anaquel de libros notables, varias páginas de la historia de España llenas con su nombre, una obra política de proyecciones infinitas quedaban como señal del paso de ese noble espíritu por el mundo.

En Cádiz, frente a un paisaje de barcas, toneles y redes de

pescar, nació Emilio Castelar y Ripoll el séptimo día del mes de septiembre de 1832, en el seno de una modesta familia. A los pocos años perdió a su padre, y se fué a vivir entonces al campo alicantino. En la escuela de Elda adquirió los conocimientos elementales, y en la cultivada vega, a orillas del Vinalapó, leyó los primeros libros. Yo me lo imagino como un jovenzuelo espigado, entre los sembrados de cereales y las casas de labor, hojeando novelas de Lamartine o de Chateaubriand. O haciendo novillos—ya en los días del bachillerato en el Instituto de Alicante— para entregarse a la lectura de Hugo bajo las palmeras del castillo de Santa Bárbara, adonde llega la respiración azul de la bahía.

Una mañana el mozo toma el camino de Madrid e ingresa en la Facultad de Derecho. Allí hace amistad con Cánovas. Pasa después a la Escuela Normal de Filosofía, y obtiene a los veintiún años el doctorado. Desde entonces su vida es una carrera ascendente, una escala que trepa a las nubes como en el sueño del patriarca. Los primeros triunfos de su elocuencia y de su pluma le dan entrada en la redacción de los mejores periódicos de la época. Escribe sus novelas iniciales. Colabora con Canalejas en su obra "Don Alfonso el Sabio". Ocupa la cátedra de Historia de España en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Sostiene en el Ateneo de Madrid una serie de conferencias: "La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo". Funda "La Democracia", periódico antidinástico. Llega apenas Castelar al mediodía de su vida—los treinta años—, y ya su nombre, saltando los Pirineos, se ha extendido por Europa, y volando sobre el Atlántico ha llegado a la tierra americana.

Las conspiraciones contra el régimen están a la orden del día. Complot de la noche de San Daniel. Castelar es condenado a muerte en un Consejo de guerra, y tiene que huir de España. Un disfraz le facilita el paso de la frontera, y se establece en París, donde continúa sus ajetreos políticos. Revolución de 1868. Vuelve Castelar a Madrid, y se entrega con mayor afán a la propaganda republicana. Zaragoza le nombra su representante en las Cortes, y allí su figura alcanza la altura máxima en la historia de la elocuencia española.

Una serie de episodios se suceden luego atropelladamente. La minoría republicana se retira del Congreso. Castelar asiste al pacto federal con los diputados de Valencia y Cataluña. Levantamiento de las provincias. Sesenta mil hombres en armas despliegan la bandera de la República en Barcelona, Sevilla, Málaga y Cá-

diz. Las tropas del Gobierno sitian Zaragoza. Bombardeo de Valencia. Esplendor y asesinato del general Prim. Breve sueño de Amadeo de Saboya. Y por fin, advenimiento del Ministerio republicano. Castelar firma, como ministro de Estado, el histórico decreto de abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Dos peldaños solamente le faltan al hombre público para llegar al vértice de la escala, y éstos son la renuncia de Pi y Margall y el gesto catoniano de Salmerón, que dejan al cabo en sus manos la presidencia de la República.

Mas la insurrección hierva en todo el país y el pensador se ve urgido a convertirse en hombre de armas tomar. Los cantonales se han adueñado de Cartagena y los carlistas están en visperas de adueñarse de Madrid. Los generales del régimen son derrotados uno tras otro y Cabrinety cae en tierras catalanas. Y una nueva espina se hunde cada vez más en el corazón de España: Cuba, que alza en el esplendor verde de la manigua la enseña de los libres.

El presidente hace un empréstito de más de un centenar de millones de pesetas, aumenta los efectivos del Ejército y llama a los generales del antiguo régimen. Ante estas y otras medidas, el Congreso declara su oposición al Gobierno y Castelar se ve obligado a presentar su dimisión, en medio de la inquietud expectante de todo el país. Por un golpe de audacia del capitán general de Madrid, el Poder va a dar en manos del duque de la Torre.

Toma entonces el hombre ilustre las rutas varias de Europa y comienza el período de su gran producción literaria. Es la época de su más vasto aliento, de su preocupación universal. Ya en medio de los debates políticos, como si dijéramos en medio del humo del vivac, había escrito su "Vida de lord Byron". Ahora son sus "Estudios históricos sobre la Edad Media" y su "Historia del movimiento republicano en Europa" los que le dan una estatura igual a la de Taine o a la de Macaulay. Incansable operario de las cosas del intelecto y del espíritu, llena volúmenes de cartas y memorias y sigue amontonando notas de viaje y apuntes para futuros estudios. Interviene nuevamente en la política española; pero ya con menos brío y con menos auditorio. Se inicia la curva descendente de su vida pública. Mientras tanto, sus obras literarias crecen en número y constituyen el trasunto de su inquietud interior: "La Rusia Contemporánea", "La Revolución Religiosa", "Historia del Descubrimiento de América". Ya anciano, va a hablar al mundo desde la Sorbona, y mientras el otoño desvasta la campiña romana, va a besar la blanca vestidura de León XIII, que le recibe con ademán paternal.

Cinco años más de pobreza y de dolor físico, y Castelar muere en una casa extraña, en el campo murciano. Este es el esplendor y la miseria del grande hombre. "Alma religiosa y pensamiento heterodoxo"—usando la expresión de la Pardo Bazán al hablar de Juan Montalvo—, Emilio Castelar fué uno de los representativos del alma romántica del siglo XIX. En las letras, sus normas fueron la majestad y la música y "atendió más al arte que a la verdad científica", como él mismo lo confiesa, mientras que en política muchas de sus actitudes se puede decir que fueron determinadas por el "miedo de la asfixia". Ese miedo a la muerte por asfixia, que le hizo estremecer un domingo de mayo en el transcurso de una pesca en aguas del mar Menor.

7 de Septiembre de 1932. En Barcelona.

ORACION DE LOS CAMINOS

ARCESIO GUEVARA

Tenemos el agrado de publicar este bello poema del inspirado poeta popayanés Dn. Arcesio Guevara, uno de los más destacados exponentes de la nueva generación colombiana.

Los caminos...
Yo no sé lo que tienen esas cintas grises...
Es como una vaga nostalgia de mujer;
los caminos son tristes, han visto tantas cosas,
a tantos peregrinos
y tanto atardecer.

Y los caminos sueñan...
Un algo misterioso tiene cada sendero:
nos contagian de ensueños y de serenidad,
son páginas borrosas para todo viajero...
Esas franjas diseñan
rutas de eternidad.

Y los caminos cantan...
Cadencia asordinada de cítaras distantes,
murmullos de floresta, rumor de manantial;
y es una canción triste; canción de caminantes;
seres que se adelantan
mordidos de ideal.

Y los caminos rien...
No es loca carcajada no es risa de timbales,
es un reír ingenuo, pastoril y cobarde,
es risa que se enreda temblando en los zarzales...
Los senderos sonrien
con sonrisas de madre...

Y los caminos aman....
Es un amor de niños, es un cariño suave,
un cariño huérfano a un hermano menor,
es un cariño cándido, como el plumón de un ave....
Los senderos reclaman
a los seres amor.

Y los caminos lloran....
Es un llorar sereno sin queja ni reproche,
es un dolor profundo como el dolor primero,
que se torna más hondo cuando llega la noche....
porque entonces añoran
el dolor del viajero....

Y los caminos rezan....
Son salmos sin palabra, oración de mudeces,
plegaria de silencios elevada a lo arcano
por todos los que viajan por rutas de arideces
y que nunca regresan
a su solar lejano.

Y los caminos mueren....
Se mueren lentamente como muere la luna
al sondear las entrañas del estanque dormido;
mueren abandonados, el dolor los aduna,
los zarzales los hieren
y los borra el olvido.

Los caminos....
Yo no sé lo que tienen esas cintas grisesas,
es una como vaga nostalgia de mujer;
los caminos son tristes, han visto tantas cosas,
a tantos peregrinos
y tanto atardecer....

EL CAMINO DEL POETA JAIME TORRES BODET

WALTER PABST

Entre los nuevos escritores americanos de expresión española, el mexicano Jaime Torres Bodet debe ser considerado, por derecho propio, uno de los directores representativos de la literatura española moderna, tanto por la originalidad de su lirismo como por la independencia de sus invenciones poéticas. La obra que ha realizado hasta hoy manifiesta rasgos muy diversos. Un examen rápido de ella nos permite advertir que el poeta se ha desenvuelto merced a amplios movimintos circulares en torno a tres polos de creación: España, Francia y América, cuyas corrientes espirituales le conducen, cada una con sentido distinto, en una dirección particular.

A partir de 1918 se halla —él mismo lo afirma— bajo la influencia del "modernismo". Así es como publica en primer término varios volúmenes de poesías en cuya estética ahora no se encuentra de acuerdo. En 1920 da a la imprenta una breve antología de traducciones en prosa de André Gide. En 1927 aparece su primer trabajo personal en prosa: "Margarita de Niebla" (traducida al alemán "Nebelgrete"), novela que constituye un ensayo de interpretación de la vida hispano-americana por medio de las formas expresivas de la más reciente poesía en prosa española, digamos —por ejemplo— del género de Jarnés. Para reintegrarnos a la imagen utilizada al principio, indiquemos aquí que con ese libro el primer movimiento circular del poeta parece haber terminado.

Falta el segundo ciclo, desde el primer instante, todo vestigio de lírica "modernista". Desde 1928 hallamos en cambio un mundo nacido bajo el signo del francés André Gide: "Parálisis", panorama de moralidad y estética extrañas, sensibilidad enfermi-

za, vida del alma llevada hasta la locura en el parálitico, conjunto todo que hace pensar en "El Inmoralista". En 1929 sigue a "Parálisis" una ojeada retrospectiva —¿acaso una confesión?— sobre el despertar del espíritu en un muchacho: "La Educación Sentimental". Agitándose en la esfera animica de Gide y concebido en los límites mismos de la homoerótica, este relato —cuyo título trae a la memoria el recuerdo de Flaubert es sin duda la creación más encantadora, maravilloso acierto en que la destreza artística francesa y la sensibilidad española del autor se mezclan a la barroca voluntad expresiva del genio hispano-americano.

En lo sucesivo, las promesas del primer movimiento circular se realizan. Con admirable seguridad, el camino del poeta le conduce hasta el mundo de las formas y los sentidos de los prosistas españoles contemporáneos, de figuración idílica. "Proserpina Rescatada" (1930-31), su más voluminoso libro en prosa, describe por medio de análisis líricos poderosamente expuestos la vida y la muerte de una mujer que, al influjo de una rara voluntad de emancipación y a ciertos estímulos del "más allá", llega a convertirse en una víctima de potencias ocultas, representadas para ella por un masoquismo indudable. Como suplemento a esta obra leemos una "Interview" imaginaria, descubrimiento metafórico-satírico de la industria americana por grandes series: el "Retrato de Mr. Lehar". Con breves intervalos entre uno y otro aparecen más tarde, en 1931, dos trozos: "Entrada en materia" que relata el regreso de un loco a la realidad y "Nacimiento de Venus", fábula y paráfrasis sobre el despertar de una mujer joven que, después de escapar a una catástrofe marítima, conquista otra vez el mundo, como si fuera un nuevo ser.

El tercer movimiento circular de Torres Bodet ha comenzado con magia. Así lo indica al menos, como la aguja de una brújula, la colección de poemas publicada por él en 1931: "Destierro", libro en que el autor domina con arte abstracto, visiones y creaciones infernales como las que hacen de cada uno de nuestros sueños la realidad de un fantasma. En su forma "Destierro" se sitúa, como otras obras del surrealismo español, en el plano cristalino de una sublimación a lo abstracto.

Nos hemos servido hasta ahora de la imagen de un círculo. Pero hay que abandonarla porque no representa exactamente lo que tiene de personal la evolución del poeta. En realidad) la obra de Torres Bodet no es ni un camino incierto entre ideales sucesivos ni mucho menos la repetición de modelos externos. El arte de este mexicano debe considerarse como un fenómeno propio e independiente. Ya sea que se proponga como

en "Margarita de Niebla" la explicación de un México joven por la comparación de su mentalidad nacional con la mentalidad del antiguo mundo (Francia y Alemania) —a propósito dice allí algunas cosas que deberían ser estudiadas en serio por alemanes— ya que eleva a fatalidad como en "Entrada en Materia", el paso por esos abismos espirituales que ciertas imágenes hiperbólicas expresas, sus tendencias profundas persisten. Impulsado por la misma voluntad, ha llegado hoy a más grande maestría.

Cada una de sus obras atestigua una lucha constante por la abstracción del pensamiento y el dominio de las corrientes oscuras del hombre. Pone en labios del protagonista de "Margarita de Niebla" las siguientes palabras: "Queda sólo en mí una voluptuosidad de crítico: la de haber deshecho la poesía inmóvil de los contornos aceptados y descubrir en la transfiguración de sus valores el secreto de esa fragilidad que la solidez aparente de las cosas pretendía disimular en vano".

Y, cuando en una carta de 1932, explica su confesión estética, los términos de que se vale son éstos: "Ante todo me desagrada esa prosa 'naturalista' que elude, con pretexto de ser fiel a la realidad, el compromiso eterno del arte: la alegría y el esfuerzo del descubrimiento. Inventar y descubrir son una misma cosa. No sólo creo que desde un punto de vista absoluto, reproducir es menos interesante, sino que lo considero imposible. De ahí esa voluntad de evasión que establece, probablemente, un parentesco lejano entre mi poesía y mi prosa..." Al hablar de esa "voluntad de evasión" Torres Bodet descubre precisamente la mejor definición de las tendencias más generales de la poesía española contemporánea.

El fin no ha cambiado, pero el camino para llegar a él tenía que atravesar por diversas capas del alma. Tres culturas, dos continentes, proporcionan a este escritor sus materiales. Como en una vasta espiral dirigida hacia el interior de sí mismo —la apariencia del círculo miente— la ruta del poeta Jaime Torres Bodet se dirige, en curvas constantemente más reducidas y estrechas hacia el ideal que se ha propuesto y que se halla indudablemente en el centro. Este ideal consiste en la pureza absoluta de la palabra, en la maestría ilimitada del artista sobre su idioma. Es decir en la completa "expresión de lo inexpresable".

Envío de nuestro representante en Barcelona,
don Jorge Carrera Andrade.

ELOGIO DEL MONTUVIO

PUBLIO A. FALCONI

A Carlos Sabat Ercasty, representante de la lírica moderna uruguaya.

Montuvio:
hombre jugoso de nuestro Trópico,
tú no eres de ahora
porque tu origen clavó sus raíces en remota procedencia
y se conquistó profundamente en un recodo de los siglos.

Tú vienes del ancestro,
por eso encierras en sí mismo
el espíritu que inflama la pizarra de nuestras costas
y las vírgenes fragancias de las selvas intrincadas.

Te veo Hombre:
hay en tí no sé que aspecto de rareza singular,
que te presiento ya el robusto tronco
a la rama que, altiva, se yergue a su costado.

Abierto en la montaña
eres el más grande conquistador de tus dominios,
sin que nadie te ose el derecho de tus llanos
ni la red intrincada de tus árboles:
allí galopas en tus potros que saltan por los riscos
mientras el hilo de agua serpentea por los prados.

Montuvio:
hombre de nuestro Trópico,
yo te he visto a galope en el corcel de tus ímpetus
tronchar con tu coraje el rosetón del alba
y entregarlo, después, a la codicia de tus campos
cuando los pájaros revientan sus trinos mañaneros.

Montuvio:
fruto que has madurado
en el árbol frondoso de los soles morenos,
por eso hay en tí como un sabor a tierra
y tu carne revienta en semillas generosas . . .

Alborotado de mieses
y rico de aventuras fugitivas,
a veces me pareces místico como una sombra
o alegre como la risa del mulato.

Un aire límpido de cristales
ha llenado plenamente tus pulmones pletóricos
que habrán de empeñarlos tus delirios ingenuos,
mientras — jinete de tus ansias ancestrales —
reventará tu sangre en coléricas andanzas.

Hay una viveza de imagen
en tu retina ávida de cromos sencillos,
porque eres la apoteosis de la energía vital
y haces que la tierra se cuaje en más turgencias
con la inquietud de tu talón de macho.

Cuando los péndulos del fastidio
oscilan entre los vértices crepusculares,
yo te he visto venir junto al costado de las mozas
que llegan retozonas con sus cántaros
de recoger la emoción última de las aguas.

Y cuando la noche clava las toldas de la mansedumbre
sobre el fervor de los campos,
la luna revienta en tus estribos de cobre
mientras se oyen letanías en los prados más distantes,
en las almas, en las cosas
y en la paz de los caminos

Portoviejo, Ecuador.

OJOS DE UVA

JOSE RUMAZO GONZALEZ

Tienes la pulpa de los ojos clara,
como en el fondo del jerez la uva,
jugo del paraíso, gota rara,
mi amor espera que el fermento suba.

Tu mirada me tienta. ¿Qué racimo
vive en tu alma de Tierra Prometida?
¿Por qué al mirarte tu pupila exprimo,
uva que se hace jugo por la herida?

Grano de arena que en la pampa hierra,
hasta la herida del racimo ruedo,
quién ha hecho viñedo de mi tierra,
o por qué yo he rodado hasta el viñedo?

Ya que cres vid, guarda mi arena grávida,
que, buscando un rincón de tus raíces,
se entra por la uva de tus ojos lánguida
a que en tu corazón le cristalices.

Quito, 12 de octubre de 1932.

LA EMOCION COSMICA EN GILBERTO GARRIDO

ANTONIO LLANOS

—A Augusto Arias—

Para disertar sobre Gilberto Garrido podríamos escoger la hora de la alta noche. La hora más fina es esa hora de la noche en que apenas queda alguna luz encendida en la tierra, y el azul, en cambio, es un vasto hormiguero de estrellas. Hora de infinita paz entre todas las que señala la gran esfera sideral. Muestra el espíritu en esos momentos su extrema delgadez, su auténtica condición aligera. Goza de la absoluta liberación corporal. No hay más que un camino en la noche, y ese camino es el de las estrellas. Hora de la alta noche, hora mística, hora del poeta que dijo:

"Voy en la noche diáfana. Arco de estrellas múltiples".

Este verso que rebasa el límite de nuestra atmósfera y se cierne en el éter puro, establece la íntima correspondencia entre los astros y su espíritu. Es que precisamente esa fuerza arcana que mueve la poesía de Gilberto Garrido, descubre la igualdad del destino del hombre con el destino de los enjambres cósmicos.

* * *

Caracteriza esta época un afán metafísico que se ahonda como el mal del siglo. Ya no es el tedio, el cansancio que nos viene desde los remotos días salomónicos. Ahora es la inquietud del hombre ante lo infinito, ante lo desconocido. La esfinge ha

comenzado a hablar. La muerte, el misterio, el cósmos, los grandes problemas que han preocupado a la humanidad en todas las centurias, son agitados hoy con el anhelo de encontrar la respuesta que descifre el terrible silencio. Para nuestro poeta, estas cuestiones capitales no se presentan en forma de problema; ellas trabajan en su emoción y se resuelven luego en la forma espiritual y biológica del canto. Se inició en la poesía bajo la tienda mística. Fue humilde entonces:

Cultivo mi huerto,
tengo mi arador;
mi huerto he cubierto
de trigo, Señor!

Y espigas de oro
cogidas en cruz,
mecen mi tesoro
que es temblor de luz.

Su preocupación no solía enredarse en motivos cristianos, ni tampoco en el deseo de hallar a Cristo en todas las cosas. Místico y escéptico a la vez, la obscuridad de su conciencia no pudo definir un estado de alma y necesitó volar más alto. Porque la mística podrá ser un perfecto sentimiento de paz, pero donde está la paz ya han muerto la duda y el deseo. El, tras ese sereno misticismo que hemos comentado en otra página, sintió el estremecimiento cósmico, el pálido alumbramiento del arcano. Allí está Dios, es cierto, pero desposeído de la humildad nazarena, de la dulzura de Betania, del profundo aniquilamiento de la hostia y, en cambio, se presenta lleno de abismos y de infinito.

El canto del poeta tiene ahora el son bajo de las simas. Ese grito —se dice la conciencia tremenda— es la voz del espíritu que sabe del destino pavoroso de la carne y que comprende que, por encima del polvo y de los milenios, el alma tiene alas para remontarse a la eternidad. Cómo nos duele su acento lírico tan puro y cómo hace estremecer el vaso encendido de nuestra vida, al soplo de su voz que ha llenado de angustia nuestro destino, pero que nos hizo comprender la fecunda gracia de pedir siempre más, sacramento maravilloso del espíritu, sed que fue animada por Dios en nuestra doliente arcilla y que sólo puede apagarse en las fuentes del arcano:

Hundí la mente en los guarismos
que yerran en la inmensidad;
sumé los mundos, vi los términos
y cifré la palabra: ¡Más!

¡Más! Y burbujas de mil soles
la copa azul brindó a mi sed.
¡Cómo es de grande el infinito
que me alcanza a llenar la sien!

Pocas veces se llega a una tensión más alta y más sostenida que esa que circula, como una onda eléctrica, por los últimos poemas de Gilberto Garrido. Nada acorta el vuelo de su imaginación, nada parece calmar su dolorosa certidumbre de inmortalidad. En ese pequeño poema "Más" ha resumido el evangelio de su vida y de su espíritu. Es la ascensión trepidante, el jadeo angustioso del héroe que borró con sus plantas las lejanías. Del infinito anhelo de comprenderlo todo, habló José Asunción Silva, el primero que trajo a las letras de América la inquietud vestida con la túnica del misterio. Trató el poeta nocturno de hallar la clave del arcano, pero al ir a saciar su sed de conocimiento, halló sólo la nada y resolvió sus torturas con la tragedia de su muerte.

Como llenar la inteligencia cuando todo ofrece un vacío y no hay una seguridad espiritual, ni tampoco una fuerza interior que dirija la nave en medio de las agitadas olas de las contradicciones modernas? Racionalista y epicúreo, el camino más fácil para abreviar la emoción dolorosa y para apagar la sed de luz, muy acentuada en su temperamento, se ofreció a Silva en el atajo obscuro del suicidio. Y no oyó en su noche la llamada de Dios, dulce y suave como una caricia. No así nuestro poeta. Ciertamente no ha sufrido él las crisis terribles de la inteligencia después de cada examen interior, hecho para comprobar la verdad o la ilusión de una tesis científica o filisófica, pero su intuición ha torturado su sensibilidad y ha dejado en sus labios muerta la voz que pudo ser blasfemia. Ha seguido a los conflictos del sentimiento la ternura de saber que Dios desciende al espíritu o que el espíritu irá a buscarle en la meta máxima. Y por eso su voz no es como la de Silva, amarga e insondable, sino que el lamento se ha adelgazado hasta tomar la forma de oración. Y surgen los brazos de la Cruz en el celeste abismo:

Cultor del Arbol Fúlgido de los brazos en éxtasis,
Geómetra de mundos y de vidas, al par:

oí tus hondos ritmos, tus inaudibles cánticos,
y en tus escalas mudas, himnos de eternidad!

Su sentido de infinito maravilla y pasma. Frente a la vida y al mundo su espíritu guarda un silencio tembloroso y se eleva, desasido de toda miseria humana, en alas de su canto hacia las regiones pitagóricas donde la armonía sideral está regida por la pauta de Dios. Canto y pensamiento múltiples surgen de "El Tránsito", poema realizado totalmente, donde la emoción se aquilata y se libra de inútiles vocablos. Canto y pensamiento es también "Extasis", donde en medio de una sinfonía rumorosa, el poeta describe la parábola de los espacios y descubre el secreto de su propia grandeza, mayor aún que la rútila grandeza de las constelaciones. En tales casos es necesario el heroísmo para sorprender ese misterioso pensamiento y concretarlo en palabras oportunas. Y es que su arte no es una imitación, como lo pedía Kant, para quien era artístico lo que además de ser bello era algo de la misma naturaleza. Su arte es singular, personal, animado por el vuelo lírico, arte que no se puede clasificar en ninguna tendencia.

En qué forma, podríamos preguntarnos, se opera el proceso poético en Gilberto Garrido? Entrar a explicarlo nos parece difícil si se tiene en cuenta el modo como la emoción se trasmuta en palabra, el giro íntimo de la espiral lírica. Habréis observado en los remansos la onda que se desliza suavemente. De pronto se rompe y en la superficie serena se extiende un rumor musical. De la propia manera, en el poeta la emoción pasa tranquila por el cauce del pensamiento, y en el momento del pasmo lírico se altera la sensibilidad y sale a flor de vocablo la burbuja melodiosa del verso. He allí el fenómeno que el vulgo llama "inspiración" y que ha quedado ya filosóficamente comprendido y estudiado como una forma clarísima de intuición, perfectamente clasificada por Santo Tomás, que la distingue de la inspiración sobrenatural.

La caída de una hoja sirvió para establecer la ley de la gravedad de los cuerpos; la chispa nocturna que vuela de la lumbre familiar, como una abeja de luz, dio margen para meditar y fijar un postulado relativo a la mecánica del movimiento. Es decir, de simples acontecimientos del cotidiano universal, han nacido leyes extraordinarias que llegan a variar el curso de los sucesos humanos. En el campo de la poesía acontece lo mismo. Una flor abierta en la mañana, el canto monótono de un grillo, el paso tarde de los bueyes, el siniestro graznido de un cuervo, observados

por el poeta, ofrecen a la perspectiva universal múltiples aspectos y pueden ser la balanza que determine hechos de sentido cósmico. Y es que no hay nada más ligado a la sabiduría de Dios, en la obra renovada y permanente de la tierra, que la manifestación del fenómeno poético; nada está más en consonancia con la vida, con el espectáculo admirable del universo, con la hondura blanda de la muerte, que el hombre a quien le fue dado el don tremendo del canto.

La intuición, en el caso de Gilberto Garrido, se manifiesta clara y rotunda, pues su extraordinaria inteligencia adivina lo que no ha leído en los libros. No ha tenido este poeta la formación cultural que exige la responsabilidad del creador de belleza, pero sus pocas lecturas han llenado todos los vacíos espirituales. Esta intuición, naturalmente, obedece al mecanismo racional y discursivo de su inteligencia. La misma falta de un estudio amplio le ha servido para no ahogar su visión personal del mundo. Todo lo ve con sus ojos. La imagen se presenta en su poesía vestida con la novedad de la frase poética, con la trascendencia de su contenido íntimo, logrando así realizar verdaderos prodigios en técnica, como en el poema "Iris del Mar", lleno de encuentros felices, de imágenes vivas, de las cuales dijo Verhaeren que para hallarlas se necesita algo más que la simple capacidad poética. Sólo el alletazo de Dios puede dejar sobre la palabra fría el formidable aliento de un hálito de eternidad. Cuando Víctor Hugo comparó los cabellos de Jesús, arrancados por un sicario de la cabeza supliciada, con un haz de resplandores, no hizo otra cosa que asociar a una imagen visual un pensamiento, antes no expresado quizá, pero de fácil ocurrencia. Tan fácil que nadie lo había dicho. Y en esa imagen resumió una de las más bellas figuras de la poesía universal, es decir, de la entraña general de las imágenes tomó una usual para ennoblecerla con el aliento creador. Cuando la emoción lírica brota espontáneamente en Gilberto Garrido, nos entrega verdaderos prodigios de imágenes, tanto más hondas y expresivas cuanto más se realicen en forma sencilla y melódica. Comprobamos este juicio:

Naciste, y al nacer diste a la vida
tanta diafanidad y tanta luz,
como si hubieras sido concebida
en las entrañas de un diamante azul!

Tienes claras auroras y encendidos crepúsculos,
como si el ancho cielo se mirara en tu faz.

* * *

Gilberto Garrido es un poeta musical, sin que esto signifique que su poesía se reduzca a la obra solamente armónica. Dentro de las normas clásicas del verso ha elevado la arquitectura de sus poemas. Hegel ha dicho que "si la prosa versificada no da todavía poesía, sino únicamente versos, la expresión poética no engendra más que prosa poética", y agrega que "el metro y la rima son indispensables como primeros elementos sensibles de la poesía". Equivocación fundamental, porque la rima no es un elemento indispensable de la poesía, como sí lo es el ritmo; éste da vida a las expresiones, en tanto que aquella no es más que un ornamento que las complementa y sutaliza con sus matices decorativos, secundario como todo aderezo, cuya ausencia suele pasar inadvertida merced al encanto del ritmo que tiene la virtud de impresionar nuestra insensibilidad.

La poesía en Gilberto Garrido está regida por un ritmo primordial que agiganta los sentimientos y recoge y difunde las más leves palpitaciones de las cosas. Allí reside la fuerza musical de su obra. Sobre la musicalidad exterior —rima y metro— se erige la otra, la que pertenece al dominio de la voluntad, de acuerdo con la teoría de Schopenhauer. Su canto, pues, llega a nosotros sobre el instrumento humano de la palabra, pero logra mover la maquinaria del espíritu. La música no necesita de la imagen para hacerse inteligible; es la voz del oscuro dominio, la corriente subterránea que ordena y rige el movimiento de la mecánica sensible; en cambio, la poesía necesita de elementos humanos —palabras, imágenes— para herir el fondo de nuestro sér. No obstante eso, la poesía supera aún a las artes que Hegel ha llamado románticas. No importa que la música de las palabras sea una música insuficiente, ya que no se puede prescindir en ella del elemento conceptual de los vocablos. La superación se obra en el sentido universal de la misma poesía que funde, en forma admirable, melodía y pensamiento. En la música se puede sugerir una idea, o, más propiamente, un sentimiento. En la poesía se obra directamente sobre la inteligencia y sobre el sentimiento, pues no sólo hiere como la música la sensibilidad auditiva, sino que penetra en el campo de algunos o de todos los sentidos del hombre. "La poesía —afirma Hegel, a quien será necesario citar nuevamente— abarca el mundo del pensamiento en su conjunto y también describe las particularidades y pormenores de la existencia exterior con una riqueza a la cual no es dable que

lleguen la música ni la pintura". Nos será posible comprobar estas afirmaciones con algunos ejemplos tomados en la obra de Gilberto Garrido.

Musicalidad: Aquí el poeta emula con los creadores de melodía. Logra sus mismas sugerencias. Da a la palabra rimada, a pesar del artificio de los sonidos, una profunda musicalidad que se desprende del ritmo interior con la levedad de una flor que se dobla sobre su tallo:

En rítmicas rondas
perpetuas, millones
de mundos marchaban
lentos y veloces.
Silencio! Silencio!
Mirad, es el Hombre!
dijoles Urania,
de estrellada corte.
Del rútilo enjambre
las pesadas moles
irguiéronse mudas;
huyeron las voces,
y sobre los vastos
sistemas informes
tendieron los siglos
sus cadenas móviles.

Fuerza pictórica: Respecto de la pintura la poesía guarda una superioridad incuestionable. Como ha anotado el ensayista germano, "puede ella pintar el pensamiento". Claro que no logrará la precisión de los frescos, mas esto se refiere a la sensibilidad exterior, puesto que el espíritu está en capacidad de suplir esa deficiencia. Atendamos al poeta y veamos si en estos cuadros de su "Romance de mi Solar y de mi Gente" no hay una gran riqueza de colorido, de vida, de frescura, de emoción visual:

Es la casa. Dulce techo
pajizo donde los brazos
sangrientos bajo el azul
abre la flor del Verano.
Al frente luce el flordeangel,
en rojo también, sus ramos,
y alternan grupos de almendros,
pomarrosos y naranjos.

Atrás la huerta, los árboles
llenos de frutos, los grasos
racimos, las barbacoas
graves de uvas y pámpanos,
el presente y la promesa
de las vides de mis palmos.

Y el sentido visual puede darlo la música? Lo da la pintura y lo supera la poesía. El poeta puede hablar a las pupilas. Se ve el color de la poesía y para ello no será necesario acudir a la ilusa teoría de Rimbaud. El color no reside en esta u otra letra vocal. Está ligado a la expresión y al tema. Mas, el colorido no tiene en el poema solariego de Garrido, un fondo metafísico. Es simplemente objetivo. Y hacemos esta anotación porque Valencia ha infundido al azul de algunos de sus poemas un fino sentido metafísico. "Leyendo a Silva", "Sigüeñas Blancas" y "Amarillo Cromo" nos ofrecen ejemplos: "Ese amarillo de las tumbas nos ha entristecido el azul", dice, y el azul se despoja en ese momento de su carácter adjetival y de su mero sentido colorista para adquirir la nueva intención larvada de plenitud y trascendencia.

* * *

A veces el secreto de la armonía se convierte en los versos de Garrido en un secreto a medias que desfigura la noble excelencia de su obra. Podríamos censurarle cierto conceptismo ideológico y las frecuentes obscuridades de su pensamiento y hasta la falta de espontaneidad emocional, todo lo cual es explicable en una obra que ha sido realizada sin método. Su mismo afán de perfección formal sería para nosotros una de las facetas menos disculpables de su poesía. Atraído por la paciente labor de pulimento, llega al éxtasis de la estatuaria. "El Arcón Familiar" es un poema de perfiles impecables, pero ausente de emoción y sentimiento:

De hierros custodios las empuñaduras
en claros relieves los pliegues decoran;
ostentan al margen las maculaturas
pomos que suspiran y cruces que oran.

Normas que en la estirpe la altivez dilatan
realzan en bronce sus textos sucintos;

fechas desteñidas que el olvido matan
ciñen por los flancos los desnudos plintos.

Ya el reloj de arena no marca la fuga
de ciclos gloriosos y minutos faustos,
ni el cendal del blanco comedor enjuga
las copas corintias de los holocaustos.

Sillas rectorales de velludas pieles
aún oyen los ecos de voces difuntas;
testas de bovinos a los yugos fieles
suscitan la pena de cansadas yuntas.

En ángulo insomne la panoplia finge
ver entre la sombra la aviesa falange:
en la selva heroica que el pavor restringe
la tisona espera, se anima el alfanje.

Y en el muro himnario que vela el tesoro,
las nobles efigies de los bisabuelos
recatan, cautivas en marcos de oro,
el grave decoro de los terciopelos.

Le falta, como se ve, el estremecimiento creador, el vértigo de la emoción. No encontraréis en los grandes poetas una perfección de la forma lograda siempre. Todo lo contrario. Rubén violenta las medidas consagradas y rompe los moldes de las palabras como si fueran inútiles pompas aéreas.

Pero esa misma perfección formal nace del afán de perfección espiritual. Y, en verdad, el canto lírico es una elevación y, en este sentido, como en otros muchos, se parece a las palabras místicas del creyente. Oid cómo ahora pide al Señor la gracia de la luz para su pensamiento, porque él mismo comprende la obscuridad de su conciencia y ha librado batallas incruentas para aclarar las ideas y concretarlas en el canto:

Dios compasivo, dame un bosque
de musgos frescos; un panal
de olvido; un ara de silencio
en donde pueda reclinarse
esta cabeza atormentada,
de infausta nieve llena ya;
viste, Señor, mis pensamientos
de tu infinita claridad!

* * *

En una mansión de claros abalengos se conserva en Popayán un cabello de Napoleón. Alguna vez Gilberto Garrido tuvo en sus manos ese cabello que desafía al tiempo, cuando no quedaba ni el polvo de los huesos del Corso y su memoria va apagándose como una constelación que al retorno violeta del amanecer se hace cada vez más lejana. Ese cabello tiene una luz mística que le dice a la eternidad cómo al ceñir las sienes gloriosas vistió como una túnica de llama la comarca del pensamiento. Para cantarlo se necesitaba el soplo de los siglos, la intuición del pretérito, el desconocimiento de las miserias que, cual corceles nocturnos, galoparon sobre la soledad inviolada de aquella poderosa existencia:

Llama de gloria en las Pirámides;
luz de las Galias; vivo Orión
palidecido en las estepas;
rayo de Aquiles y Moloch:
este cabello que hace un siglo
yace en el fondo del arcón,
—que tengo ahora entre mis manos
como una síntesis del sol,
y en cuyas hebras de oro claro
está obstinado un resplandor—,
iluminó la faz de Wellington
cuando su órbita cruzó
bajo la cruz de los imperios
y el dedo único de Dios!

Tenemos delante de nosotros un busto en mármol de Napoleón. El emperador está ahí con el gesto desolado de Santa Elena. La frente amplia, el cabello caído hacia adelante, la mandíbula inferior avanzada en esteva. Parece conquistar con su mirada de rayo las lejanías de la gloria. Nos imaginamos estar frente a un peñón incommovible, fuerte al mandoble del destino, que en vano la muerte asalta. El dolor del exilio ha fundido la ganga del espíritu dejando a luz el diamante escondido. Un mechón se desgaja sobre la frente. Ha llegado la noche. De pronto nos sorprende una claridad como de cerebro en ignición. Sobre el amplio fondo del cielo no enciende Dios en esta noche las antorchas cósmicas. De dónde viene ese resplandor? Los ojos se

vuelven al mármol. El ciego y duro elemento que sirvió para modelar la cabeza extraordinaria que "pensaba en actos", se ha iluminado con un fulgor de centurias. Así debió verla el poeta. Así la verán las edades. El "obstinado resplandor" del cabello cautivo no emana del imperio de grandeza sino del dominio espiritual del domador de imperios. En otras palabras, es el hálito divino infundido en una vida que se convierte en lumbre sobre la agria ceniza de los sepulcros.

* * *

"El Romance de mi Solar y de mi Gente" abre en la perspectiva de la poesía vernácula un horizonte amplio y nuevo. Se desenvuelve en el metro octosílabo, el más apropiado para el caso entre los del ritual romancero. Ha sido este metro el más perseguido por los rimadores mediocres, porque la elegante musicalidad de su ritmo brinda amparo a la ausencia de ideas y sentimientos. Desde el período preclásico viene usándose este metro, pues ya en el siglo XIV el Arcipreste de Hita y el Canciller López de Ayala se sirven de él para expresar su emoción poética. Hacia el siglo XVI se había propagado suficientemente, pero debido a los éxitos que obtenían con el endecasílabo Garcilaso y Boscán, comenzaba a abandonarse. Para los romances que cantaban alguna gesta heroica o que discertaban sobre las virtudes y los vicios, se adaptó desde entonces el octosílabo. Cierzo que en esa época los versos de hemistiquios octosilábicos abundaron en hiatos y los poetas suprimieron la sinalefa. En nuestros días, García Lorca ha renovado el romance castellano, con tan magnífica suerte, que ha logrado prestarle al verso un nuevo tono, tono de metal antiguo fundido en campana nueva.

Gilberto Garrido ha usado el romance para los temas familiares. Dentro del octosílabo, con una gran limpieza de asonancias interiores y sin caer en los prosaísmos que la misma armonía de este verso suele facilitar, ha vertido su emoción honda y la dulzura paternal de sus sentimientos. Guillermo Valencia nos hizo notar la frescura matinal del poema que se diría una acuarela llena de luz y de gracia aldeana.

Atardeceres rojos como un sacrificio; canciones apenas escuchadas traídas y llevadas como son por la brisa del recuerdo; lejanas voces de campanas que engendran palomas en el cielo azul; muchachitas de percal mansas para el baile y para el amor; dulzura maternal que alimenta nuestros sueños; confidencia con

la hermana mayor cuando se enciende en el monte la primera estrella y late más honda en las venas la vida; ternura de días imprevistos en que el tiempo se detiene como un perro sumiso; veloces carreras de caballos por la llanura enjorada de sol de fiestas campestres llenas de luz para las cuales era el cielo más apacible y más cordial; procesiones invisibles por los caminos del alma y certidumbre de la muerte cierta e incierta. Qué mayor espectáculo puede pedir un poeta? Allí están el dolor y la alegría de otros tiempos, evocados por él con tanto vigor expresivo que nos parecen inútiles los balbucesos de otras canciones.

* * *

No siempre al hombre de letras corresponde un corazón sin pequeñeces. En Gilberto Garrido no ofrece ninguna distancia el gran poeta del gran espíritu. Lo conocimos cuando nos iniciábamos en este ejercicio amargo de vivir canciones. Hermano nuestro, incorporado a nuestro costado más íntimo, ha permanecido fiel a nuestras pesadumbres y ha velado el momento trémulo y fugaz de nuestros triunfos. En su compañía hemos depurado el ensueño y la antigua pena corre sumisa por el cauce de su generosa comprensión. En las pláticas cordiales con él, integradas los dos con ese otro espíritu incomparable de Mario Carvajal, nuestras palabras tuvieron siempre un temblor de humana emoción, y la voz fraternal discurrió con la misma bondad melodiosa con que se anima en aquella página en donde el griego de Pescara evoca una amistad profunda y noble.

Quizá la raíz de su canto se halle en los días lejanos de su infancia, en la hora en que la mujer elegida le mecía con las eternas canciones de cuna, o tal vez cifró esa ternura melódica en su contacto íntimo con la tierra, a semejanza de los caldeos que aprendieron la ciencia de la naturaleza en la muda contemplación de las estrellas. Supo, en los días de la juventud dura o intrépida, de auroras y de atardeceres, tendido bajo una palmera atediada de infinito, y al cantar, su voz, sedienta de horizontes como la de un patriarca bíblico, sorprendió el misterio de la naturaleza, la ardua clave de la vida y de la muerte. Pero ahora que ha llegado a la plenitud lleno de canciones, cuando el espíritu le garantiza el dolor de la inmortalidad, sabe que la única verdad está sumada en una cruz, en cuyos brazos angustiados se enreda la eternidad. De allí que su voz se apague en una plegaria humilde, ajena a toda complicación literaria, honda y dolorosamente sentida:

Hace veinte años
pasé por aquí:
el árbol? la fuente?
la casa? la vid?
Esa cruz de piedra
qué quiere decir?
¡Hace veinte años
pasé por aquí!

Y ahora, el silencio. Un silencio cósmico que nos permita escuchar la llamada del Señor y las palabras de oro de las constelaciones. Mientras tanto, la vida es una sombra que marcha hacia la noche.

Cali, Colombia.

LA SOMBRA

R. BLANCO FOMBONA

De "Repertorio Americano"

I

América, regalo de España
al Mundo, país encantado,
tierra del Inca y del Dorado;
de montes de plata y ríos de oro
antiguos erarios de la materna península;
América del caballo y del toro,
de los Andes y el Amazonas,
del Tequendama y el Iguazú;
América de ojos negros y lengua ibérica,
América de los poetas, América
donde cada mujer vale un Perú.

América de cuento oriental
tierra del sinsonte, tierra del quetzal;
América de las Mil
y una Noches, América
de los diamantes del Brasil,
las esmeraldas de Colombia
y las perlas de Venezuela;
tierra del cacao y de la canela,
de la yerba del Paraguay,
del azúcar y del café;
tierra del tabaco de Cuba,
tierra del trigo argentino,
tierra del árbol del pan,
y del maguey, árbol del vino.
Soleada,
regada,
América española, América latina,
hogar y granero del mundo,
brinda siempre al pobre tu carne y tu harina
y cobijo y patria al hombre errabundo.
Que todo ser humano de tu abundancia coma,
y dile en frase dulce: este es mi cuerpo: toma;
y dile cuando escancias, Samaritana, Hebe:
esta es mi sangre: bebe.

Y siempre tú misma, hija de Iberia,
nieta de Roma;
ten para la orfandad y la miseria
arrullos de paloma.
Y conserva en tus leyes y en tus almas
el culto de la libertad;
y florezcan bajo tus palmas
igualdad y fraternidad.

¿Qué flecha cortará tu vuelo? ¿Qué lazo,
qué odio te extrangularía?
Para algo se tiene músculo en el brazo,
una historia entera y un alma bravía.

I I

Águila ceñuda de Méjico
posada en patrio nopal,
más orgullosa que los cóndores
y más arisca que el quetzal;
vuela libre sobre el azteca,
desafía el rayo boreal,
que en el Sur pupilas de cóndores
siguen tu vuelo fraternal.

Quetzal de Centro América,
oropéndola maya, pájaro divino,
único en el amor de la libertad,
único en el aspecto,
a quien Dios negó el trino
para que no fuese perfecto;
que los hombres comprendan tu divina lección
y como tu sepan morir y no cantar en la prisión.

Honduras de Morazán,
Guatemala, Salvador,
tierras de abundancia y de honor;
Nicaragua de Rubén y Nicaroguan,
en donde Sandino,
leonino,
opone fiero
su veto de acero
al Norte enemigo y voraz;
Costa Rica ilustre y feraz
de historia fiel, sin manchas rojas,
¿a cuándo el intrépido abrazo?
¿cuándo el beso de amor y de paz?
sois el trébol de cinco hojas,
cinco espigas del mismo haz.

Cíclades del Caribe, Antillas, Sirenas homéricas
que sedujisteis al Descubridor;
primero, último beso de tostadas Américas
a los hombres de otro color;
sirenas

morenas,
cuyos cantos de Trópico recibe;
en la luz y en el agua inmersas,
la flor de vuestros senos flota en el mar Caribe,
nenúfares, corolas tersas.
¡Pero qué! ¡Vuestra heráldica de mártires
denuncia vocación de mingo,
o es obra del hado agorero?
Tiene la Cruz, Santo Domingo,
Puerto Rico tiene el Cordero.
Cordero de Puerto Rico,
despeñado y moribundo en el barranco,
no se puede ser cordero
tan cerca del oso blanco.

Y tú, potro de Venezuela,
—sobre la pampa ilímite la libertad—
que corres, al viento las crines,
dominando el espacio y la tempestad;
continúa, rival del viento, devorando horizontes,
no permitas
freno, silla ni espuela.
Acuérdate de Araure y Mucuritas,
potro de Venezuela.

Colombia, predilecta de Bolívar,
que endulzaste su copa de acíbar,
y pusiste una lágrima, como un diamante, en su laurel,
tienes un compromiso con la historia.
Te basta con ser fiel.

Cóndores de Chile, Ecuador y Perú y Bolivia,
aviones de los Andes, héroes del cielo,
viejos amigos de Pizarro y Valdivia,
nada detendrá vuestro vuelo;
hermanos de la Cruz del Sur,
habitantes del Ecuador,
ebrios de libertad y azur
estuvisteis en lo mejor:
¿qué trueno mayor que Chacabuco?
¿qué rayo más claro que Junín?
¿qué cúspides más conspicuas
que Bolívar y San Martín?

Dulce llamita del Perú,
graciosa como una mujer,
¿quién magnánima como tú?
Tú rindes vellones de lana,
tú la carga al indio transportas,
y en la fría noche serrana
le sirves de esposa y de hermana
y con tu aliento lo confortas.

Tenante unicornio de Chile
que llevas en la frente el dardo,
mitológico de bravura,
te impondrás a hiena y leopardo.

¡Libertad, fortuna, gozas a la vez,
ejemplar Democracia coronada de espigas;
tan grande en tu pequeñez,
Uruguay, de Rodó y de Artigas!

Para defender su estandarte
Cuba tiene a José Martí,
Santo Domingo tiene a Duarte,
Paraguay a Solano López,
el león de Curupaití.

Argentina de inmensa pampa,
Argentina de inmenso río;
en tu suelo la Europa acampa
y queda tu suelo vacío.
¿Qué nuevos y osades Pizarros
harán de tu pampa botín,
si te defienden los bizarros
granaderos de San Martín?

I I I

Cuando truena sobre los Andes
y los ríos y odios desbordan,
y los peligros son más grandes
y los enemigos se abordan;
sobre los Andes viene y va
el más gigantesco cóndor,
desde Méjico a Panamá
y del Estrecho al Ecuador.

¿Y qué busca en las horas malas,
de peligro, el padre cóndor . . . ?
Cubre a América con sus alas
la sombra del Libertador.

Madrid, 1932.

UNA EXEGESIS DE LA SOLEDAD

OSCAR EFREN REYES

He visitado una y otra vez, insistentemente, lo que en Baños se llama "el rincón predilecto de Montalvo".

Bello y sombrero paraje, con árboles centenarios y cafetales profundos. La tierra es húmeda, pero, bajo la frondosidad susurrante, ella se recama de hierba verde y florida y, a trechos, de mullida hojarasca, que invita a tenderse, cuan largo uno es, en ocio voluptuoso.

El árbol principal, hoy visitado y admirado con cariño por cientos de curiosos, de poetas o de vagabundos, se yergue, rotundo, sobre su enorme tronco vertical, y se prodiga en el espacio, con ramazón densa y estupenda. Aquí reclinó, durante muchas horas y en muchos días de su vida, esa cabeza, que era "una enorme explosión de anillos de azabache", Juan Montalvo. Sobre este suelo, ensombrecido y mullido, tendió su cuerpo, haciendo almohada de los libros que llevaba siempre bajo el brazo o de alguna de estas piedras que, hace siglos, debieron de caer, como tizones encendidos, desde las cimas terriblemente conmovidas del Tungurahua.

Hasta hace unos pocos años, lo que ahora veo como un ancho camino solitario, no era más que un estrecho sendero, bordeado de densos hierbales, que impregnaban el aire, lavado y puro, de penetrantes olores de montaña. Se iba lejos, zigzagueando, hasta cuando la codicia frailuna, siempre en acecho en las tierras de ese pueblo, lo puso un límite violento con una cerca.

Por ahí se deslizó cien veces la alta figura cenceña de Montalvo, de negro y con un sombrero de anchas alas, de esos que usaban los poetas románticos en el propio siglo del escritor. Erró triste o severa, y a diversas horas. Erró cuando ardía el

sol a media carrera, caldeando el aire, o cuando el claro oscuro de la tarde proyectaba en el bosque esas sombras de misterio que le sobrecogían al poeta el alma, o cuando en el cielo inmenso, punzado de estrellas, surgía el encanto de las horas felices, de luna clara, sobre la suntuosidad de la naturaleza...

No fué éste, por cierto, el único lugar "predilecto" de Montalvo. Baños es una concentración de maravillas, y Montalvo pasó los días de aquí para allá —en sus "incursiones frecuentes de hijo melancólico de la naturaleza",— unas veces al pie de los indescifrables montes solitarios, sentado en un tronco, cerca de un riachuelo, y otras, echado de bruces sobre una negra roca milenaria "que se irgue pecho afuera sobre los abismos". Sus plantas de errabundo —deportivo o amante,— hollaron los escabrosos senderillos que, entonces, conducían al Badcum, al Ulba —a cuyas orillas escribió los cálidos poemas de amor, de adolescente para su Adelaida,— a las vertientes del Santa Clara o del Salado. Y familiarizado con el peligro, íbase por las orillas del Pastaza, pisando en la antracita eterna, que es el marco de la oquedad profunda donde el río se retuerce y despedaza formidablemente.

De estos parajes lo visitó y amó todo, todo.

Estuvo en Baños en las primeras épocas de su vida, cuando venía con sus padres para el "Puntzán", ya histórico; estuvo a la vuelta de Quito, de 1852, en que abandonó los estudios universitarios, a 1857, en que emprendió viaje a Europa. Estuvo largos periodos mientras gobernó García Moreno, de 1860 a 1864. Y de vuelta a la Patria, en plena borrasca de "El Regenerador", de 1876 a 1878, todavía hace viajes a Baños, como para tomar fuerzas del contacto con esta soledad apasionante. No asiste, como Diputado por Esmeraldas, a la Convención que se reúne en Ambato en 1878, y al final de un número de "El Regenerador" escribe una nota: "El "Regenerador" se va para un monte..." Y desaparece.

Los habitantes de Baños, que lo querían, lo ven y saludan, entonces, por última vez. Al año siguiente deambula sigilosamente en su ciudad, hasta que, en una noche propicia, abandona la patria para siempre... (1).

(1) A esta época se refiere la descripción, escueta y sin retórica, que ha hecho de Montalvo y de su tiempo, un habitante de Baños:

"En nuestra infancia tuvimos la felicidad de conocer a don Juan Montalvo. Estaríamos en la edad de los 12 a los 14 años. Veíamos que llegaba en casa de Vicente Veloz; y ahí fué cuando llegamos a saber por nuestros mayores que se llamaba así y que era un eminente escritor y estaba perseguido por el Gobier-

No sé por qué motivo —acaso de analogía en el amor, acaso de analogía en la tristeza, aunque no con el destino,— yo siento una predilección cariñosa por estos días de Montalvo, solitario, desconocido y errante. Así me parece un espíritu más fino y pulcro; pues Montalvo no prefirió estos sitios solo porque ofrecían mayor seguridad al perseguido, sino, sobre todo, porque en ellos solía sentirse más ampliamente con su varonilidad.

Estaba entre cosas inmensas, entre cosas turbulentas. Sus pasiones rugían como ese río; su contextura moral era como esas rocas; su tristeza o su infortunio sólo se acampaban bajo la confidente remazón de esos árboles gigantescos.

Por aquí Montalvo amó también. La suposición de Blanco-Fombona paréceme feliz. Su tremante y exasperada virilidad

no.— Don Juan era alto de cuerpo, flaco, de color no muy blanco. El rostro, un tanto alargado, la frente espaciosa y la mirada tan penetrante que no la resistíamos... Los bigotes eran cortos y no tenía barba; los cabellos crespos y negros...

En su juventud debía haber sido esbelto y gallardo, tal como ahora aparece en todos sus retratos; pero cuando le conocimos, los años y los sufrimientos, sin duda, le habían identificado un poco, hasta en lo físico, con don Quijote de la Mancha, que hemos visto después... Al tiempo de hablar se le inflaban los carrillos, esto es, cuando alguna vez le era imprescindible pronunciar unas pocas palabras... Vestía ropa negra, un poncho del mismo color, trabajado en Colombia, según él mismo decía, y sombrero de paja —de alta copa y anchas alas—, y botas rodilleras. Llevaba, casi siempre, un pequeño foete en las manos... y al caminar, parecía que arrastraba los pies...

Todos los días iba a *Puntang*, a visitar a su hermana Alegría Montalvo, que era esposa del señor Gaspar González. Cabalgaba en un caballito pequeño, de color moro.

En la primera vez que le ví, pocas semanas permaneció en Baños. Pero pasaría un año, más o menos, y nuevamente vino don Juan, tomando hospedaje en la misma casa...

Por este tiempo residían en Baños don Miguel y el doctor Pedro Lizarraburo, don Mariano Marañón y otros políticos conservadores de la época. Don Juan a ninguna visitaba, ni era visitado de nadie. Y a pesar de la evidente estrechez geográfica en que se movían todos esos personajes, nunca cruzó palabra con nadie...

(RAFAEL P. VIEIRA: *Discurso pronunciado en el centenario del nacimiento de Montalvo*. Baños, 1932).

Al mismo autor de estos recuerdos, corresponde el relato de los siguientes episodios:

"Nosotros hemos conocido, desde hace más de cincuenta años, como han co-

hizo explosión, sin duda, con el mismo impetu que en esta naturaleza deben de manifestarse todos los seres rijosos... No habrá sido frecuentemente un fauno, en pleno bosque incitante, por falta de ninfas o de cazadoras; pero tampoco pasara una soledad con las restricciones penitenciarias, sin matices, del anacoreta.

La soledad, por otra parte, tuvo siempre, para Montalvo, un significado, perentorio y grave, de libertad. Sólo ahí pudo ser plenamente hombre. Un hombre como era él: adinámico, pero de incoercibles impetus mentales y de borrascas interiores; de caprichos enigmáticos; concentrado, romántico y arduamente amante.

Baños, Agosto 27 de 1932.

nocido otros hijos de este pueblo, con el nombre de "árbol de Montalvo" un frondosísimo árbol de aguacate. Este corpulento árbol, a pocas cuadras de los baños del Cangrejo, se elevaba a más de 25 metros de altura, extendía sus ramas a regular distancia y a sus pies no crecía ningún otro vegetal: a su alrededor había cañas de azúcar, naranjos, bananos y otros árboles frutales. Bajo este solía don Juan Montalvo los días y algunas noches de luna pasar contemplando y estudiando la naturaleza. En el tronco había él grabado algunas inscripciones, ilegibles e intraducibles para el vulgo, que con el transcurso de los años han desaparecido. Una vez, nosotros con otros niños recorriamos, en alegre fuga, por los cañaverales y en pos de las frutas: bajo el árbol de aguacate le encontramos a don Juan, tendido de largo en largo: una roca volcánica le servía de almohada y un enorme libro descansaba, abierto, sobre su pecho. Al oír las voces y ruido que hacíamos, levantó su cabeza para mirarnos, y entonces nosotros corrimos, desbandados, poseídos de respeto y miedo a la vez...

Desde luego, don Juan tuvo otro lugar, predilecto también, para sus estudios y descanso. Fué una hermosa *palma de corozo*, de más de 20 metros de altura, que estaba al pié del cerro "Ventanas", a pocos metros del panteón actual. Murió don Juan Montalvo en París el 17 de Enero de 1889... ¡La palma principió a secarse, y se secó por completo!... El V. P. Fray Cornelio Haiflants (D. S. M.) la mandó cortar e hizo una hermosa cruz, que la plantó en El Calvario, a la entrada del pueblo de Baños, el 24 de Diciembre de 1981"....

(Crónicas y antigüedades de Baños, en "El Comercio" de Quito, 11 de Febrero de 1930. Pág. 5).

ELEGIA DE MI MUERTE

GONZALO ESCUDERO

Columpio de oro tibio.
Túnel de escarcha.
Convoy de vidrios deslustrados.
Soy un tímpano
con los líquenes blancos de las manos.

Era mucho. Era tanto.
No más arco iris.
Ni hélices.
Ni acantilados.
Nómades huracanes míos
que hacían danzar a los barcos borrachos.
Era mucho. Era tanto.
No más luciérnagas brujas.
Ni jabalinas de topacio.
Quiero arrojarme con el calcio
de esta tierra que sabe enflorar a sus mástiles:
álamos, álamos, álamos.

Era mucho. Era tanto.
No más panderetas.
Ni bengalas.
Ni llanto.
Quiero apenas una brizna de este sol sonámbulo
que enciende las cerezas de los pezones cárdenos
en las medias manzanas de los senos.
Era mucho. Era tanto.
No más Tú.
Nunca más Tú.
Ni los pentecosteses dorados
de tus éxtasis largos.
Quiero morir en tu recuerdo
como muere un olor en otro olor amado.

Era mucho. Era tanto.
No más ascuas de tu boca.
Ni amatistas de tus lágrimas.
Ni bermellón de tu júbilo mágico.
Apenas la pluma
de una caricia impalpable que se resbala
sobre mi piel de hielo antártico.
Era mucho. Era tanto.
No más cráteras de miel bermeja.
Ni aceite perfumado.
Ni mirra para el humo ingrátido.
Apenas una música que suba hasta mis párpados,
para hacerme llorar,
como si fuera una burbuja en un vaso.
No el ónix de tu cabellera al viento.
Ni el azafrán de tus uñas gemelas.
Ni tu vientre de ámbar pálido.
Mándame una sonrisa clara,
diamante de un veneno blando.
Era mucho. Era mucho. Era tanto.

Esta noche, se escucharán mis pasos
en todas las distancias del espanto,
mientras los intersticios de las ventanas
acribillen con sus agujas de ópalo
a los caballos encabritados.
Vino negro. Vino negro.
Más, siempre más.
Aldabonazos, aldabonazos.
Este bosque de sombras se estrecha como un aro.
Más, siempre más.
¿Quién apagó la lámpara?

No.
Yo quiero ser un ventisquero de mi montaña,
con los glaciares de mis brazos.
Nevera de eternidad para todos los ríos blancos.
Bronce, hierro y cuarzo.
Risco bravo en la mitad del páramo.
Yo quiero ser un canto bárbaro
cantado por todos los pájaros.
Todo, el Todo vertido en una copa de alabastro.
Tengo sed de mi mismo en el espacio.
Y clamo,
porque al fin blandiré la espada de un relámpago
sobre la tempestad de mis últimos astros!

Paris, mayo de 1932.

EL PODER VITALIZADOR

ALBERTO MASFERRER

El 4 de Setiembre de este año falleció en San Salvador, República de El Salvador, el insigne ensayista y apóstol Don Alberto Masferrer.

Con su muerte, América pierde una mentalidad creadora, un espíritu puro, un corazón magnánimo, una voluntad forjada en recios combates libertarios, un carácter rectilíneo y, sobre todo, un maestro y un apóstol. La semilla luminosa regada por su mano, fructificará en las almas jóvenes de nuestra América.

Masferrer ha muerto como los grandes proscritos: pobre, olvidado, perseguido. Mas su nombre, su obra maravillosa, alzáse como un nuevo día.

Los que hemos seguido su trayectoria triunfal, inclinámonos agobiados por el dolor.

1.— A considerarlo atentamente, veríamos que la forma humana, lo mismo que la de un árbol, de un pájaro o de cualquier otro ser viviente, no es más que un aparato que atrae, condensa, concentra y organiza las fuerzas ambientes del Planeta, a las cuales imprime un movimiento o una serie de movimientos peculiares.

Las fuerzas de la atmósfera, del mar, de la tierra, en diferentes formas absorbidas por este aparato condensador, son luego transformadas en sustancias diversas, que forman y renuevan nuestros huesos, nervios, arterias y venas, sangre y humores, piel y cabellos, tendones y cartilagos. Y esa transmutación de fuerzas ambientes no solo se opera en cuanto a la estructura y forma de los órganos, sino también en cuanto a las funciones de aquellos. El agua, la tierra y el aire, con todos los efluvios que encierran, transformados y regulados de cierta manera, se convierten literalmente, en sangre que **circula**; en corazón que **impulsa**; en cerebro que **piensa**; en piel que **transpira**; en riñones que **filtran**; en estómago que **digiere**; en hígado que **desinfecta**; en garganta

que **modula el aire**; en lengua y paladar que **gustan** sabores y **articulan** sonidos; en ojos que **miran**, y en oídos que **oyen**.

Son el órgano, y además son **la función**.

Y son también las fuerzas y los ritmos de la tierra, del mar y de la atmósfera, los que, aprehendidos o contemplados por nuestros órganos condensadores, se convierten en ideaciones y sentimientos, en imaginaciones y recuerdos. ¿Qué fueron Beethoven, Chopin y Mozart, Wagner y Litz? Hombres que oyeron con **intensa audición** cantos de pájaros, susurros de las hojas, murmullos de las aguas, plegarias de las selvas, risas de niños, gritos de animales, gemidos y clamores de todas las cosas.

Así también Ticiano y Rafael, Tintoretto, Van Dyck y Guido Reni, son hombres que vieron con **intensa** visión el calor de la aurora, de los pájaros, de las flores, de las aguas y del desierto, como también el contorno de las rocas y de las nubes, de las piedras y de las montañas; la línea, en fin, y el color de todos los seres que pasaban ante sus ojos.

Lo mismo que nosotros, ellos recogían, acumulaban y **transformaban** esas impresiones o aspectos de las fuerzas ambientes. Sólo que en sus aparatos concentradores, **había algo**, una fuerza, un poder, que el común de los hombres no posee sino en grado muy inferior al de aquellos.

Ese **Algo**, ese agente que muere y dirige nuestros aparatos y organismos, y que aumenta o disminuye en cada uno de nosotros la capacidad de absorber y aprehender más o menos fuerzas ambientes, y de concentrarlas y hacerlas vibrar según un ritmo más o menos amplio, más o menos intenso, es, en esencia, el carácter, o **poder vitalizador** de nuestro Espíritu, que atrae, concentra y organiza las fuerzas exteriores y les imprime su **propio ritmo**.

Pero la materia, en cualquiera de sus aspectos: agua, tierra, aire, nubes, árboles, animales, rocas y piedras y otras mil manifestaciones, encierra fuerzas **infinitas**, vida **inconmensurable**. En su seno se esconden cantidades inagotables de calor, de luz, de magnetismo, de electricidad. De manera que un hombre, un insecto, un pájaro, un arbusto, si se hallan dotados de un poder vitalizador eficiente, pueden acumular en sí grandes cantidades de energía o vida concentrada, guardar reservas abundantes de esa energía, y en un cierto momento transmitirlas, consciente o inconscientemente a otro ser, en quien se realizará entonces una verdadera **infusión vital**. Exactamente como si una batería eléctrica, cargada a gran presión, descargada en otra, por contacto instantáneo, una gran porción de su electricidad.

Es fácil comprender así, que la salud, la enfermedad, el vigor, la debilidad, la astesia o hiperestesia de nuestros órganos, son fenómenos dependientes de la potencialidad de nuestro organismo para acumular, conservar y regular las fuerzas extraídas de las cosas ambientes, y que esa potencialidad reside íntimamente en el carácter, o suma de modalidades **predominantes** de nuestro Yo. Es fácil comprender, decimos, por qué una hormiga es **tan fuerte**, en proporción a su masa, tanto y acaso más que un elefante; por qué el ciervo es tan ágil, y por qué la golondrina es tan veloz; por qué el águila mira de tan alto, y el gamo otea de tan lejos; por qué es tan torpe el hipopótamo, y el rinoceronte tan miope.

Es también fácil comprender por qué un granado, un rosal, un limonero, un lirio y un ciprés, sembrados todos en el mismo jardín, y respirando todos el mismo aire, nutriéndose de la misma tierra, bañándose en el mismo rocío y calentándose al mismo sol, dan, sin embargo, flores y frutos tan diferentes, y tienen ellos, figuras y maneras tan distintas. Estas diferencias no radican en el espesor de su masa, ni en la amplitud de su volumen, ni en el ambiente de que se nutren, sino en que cada uno de ellos tiene un poder **vitalizador** esencial y peculiar, que extrae del ambiente, según su potencialidad, lo que le conviene y nada más; y luego, en que **sabe cada uno**, a su manera y según sus fuerzas, combinar, organizar y mover las fuerzas extraídas, siguiendo el ritmo que le es propio.

¿Qué es y cómo funciona ese **poder vitalizador** que determina la estructura, tendencias, maneras y posibilidades de cada ser? Es un efluvio? Es un movimiento?... Acaso... Pero si sabemos que **viene** con otros: que su influencia, casi incontrastable y siempre en actuación, genera o modifica y encauza todos los fenómenos y acaecimientos de nuestra vida; que nuestra historia personal es, casi en su totalidad, obra suya; que en la barca azarosa en que van nuestra mente, nuestro cuerpo y nuestra alma, aquel misterioso poder es, no solo el timón que traza el rumbo, sino también el soplo que hincha las velas y fija la velocidad. (1)

2.— Tener salud —en la significación total de la palabra, que implica abundancia y perennidad,— salud **que da luz**—, no consiste, según esta doctrina, sino en haber traído ya desde nuestro nacimiento, un eficiente ritmo vitalizador; el cual puede acrecentarse y afinarse, o embastecerse y disminuirse, según lo enno-

(1) Véase "Ensayo sobre El Destino", páginas 15 y 16.

blezca o aplebeye nuestra **Aspiración**, fuerza suprema de la cual depende absolutamente, el destino de todas las criaturas del Universo.

Este ritmo vitalizador, si es poderoso, extraerá de las cosas circundantes grande suma de fuerzas, y las dispondrá y organizará de tal manera, que habrá al servicio de sus necesidades un caudal de energías que irradiará en todas direcciones, y cuyo sobrante le servirá para dominar a los hombres; para seducirles; y conducirlos; para darles vida y salud; para suscitar su dicha, o para consumir su ruina. En manos de un Bonaparte, ese sobrante de energía florecerá en batallas; en manos de un Jesús, florecerá en milagros.

En lenguaje corriente, suele llamarse al poder vitalizador, cuando es intenso y desbordante, **salud**, y también **santidad**; ideas que la intuición del pueblo ha confundido expresándolas indistintamente con cualquiera de esas dos palabras.

En virtud de esa misma intuición, confundimos o aproximamos la significación de las palabras **sano** y **santo**; **saint** y **sain**; **santé** y **sainteté**. Decimos que un camino, un poblado, son **sanos**, para expresar que en ellos no hay ladrones ni asesinos; de corazón sano llamamos al hombre que sobresale en bondad; de **sano** criterio al que revela equilibrio y lucidez mental. Dios te **salve**, equivale a Dios te dé **salud**, y si decimos que el Redentor vino a enseñarnos el camino de nuestra **salud**, queremos significar el de nuestra salvación espiritual, que se alcanza por la **santidad**. **Malo**, sinónimo de enfermo grave, y **malo**, sinónimo de perverso, se confunden.

Así pues, la salud, es un grande o total equilibrio de la mente, del alma y del cuerpo, que emana de aquel poder espiritual que llamamos **Ritmo Vitalizador**, y para el cual la droga, la dieta, el régimen y los agentes naturales, no son ni pueden ser otra cosa que factores secundarios, cuya eficacia será mínima o nula, según aquel Ritmo Vitalizador sea pequeño o mínimo.

El hombre que no posea esta salud excelsa, si conoce, además, las leyes de su conservación y funcionamiento, se hallará dotado de poderes extraordinarios, renovables a voluntad y transmisibles a voluntad. Estas fuerzas, así concentradas, devienen una verdadera energía radiante, como la luz del Sol, como la fragancia de las flores, como la atracción de un imán, como el calor y la electricidad.

A decir verdad, no hay ser viviente que no posea, aunque en mínima escala, este poder radiante. La **vida**, que es su manifestación, fluye a través de nosotros como el agua a través de un sue-

lo permeable, y de todos los seres sale y se esparce, aunque ellos no lo sepan ni lo procuren. Escasamente de los enfermos y los débiles, copiosamente de los sanos y de los fuertes, todos emitimos alguna influencia, aún sin quererlo: **porque es tendencia de todo lo que existe volver a la Unidad**, y para ello, tiende a difundirse en todas direcciones.

Del hombre irradia ese poder en forma de fascinación, de sugestión, de seducción, por la mirada, el ademán, la voz y el gesto, y también en ondas espontáneas, como le acontecía a Jesús, y les acontece ahora a cuantos de solo sonreírnos, mirarnos o hablarlos, sentimos que nos dan alegría, fortaleza, paciencia y esperanza.

Cuando tal poder, intenso y regularizado, llega además a ser consciente; cuando quien lo posee tiene, además, una viva certeza de que es incontrastable y obedecerá siempre a su querer, entonces decimos que tal hombre es un **hombre de fe**, capaz de todos los prodigios; capaz de transportar las montañas, según lo expresaba figuradamente Jesús.

Si se tiende a que ese poder no es sino una eficacísima forma de energía radiante, comprenderemos que sea capaz de operar no solo curaciones maravillosas, sino también transmutaciones y levitaciones, que parecen inexplicables e inconcebibles.

Y que no lo son: pues, en últimos análisis ¿qué fuerza **esencial** hay en el divino, que no la haya en el agua, ni que virtud **esencial** en una pluma, que no la tenga un trozo de metal? Si en sus aspectos habituales se nos aparecen tan diferentes, insípida la una y generoso el otro; leve la pluma, y el metal tan grave, no es sino porque su disposición atómica es marcadamente diversa. Más, si los sometemos a la acción de una intensa energía, **cambiarán la disposición y movimientos de sus átomos**, y ya entonces, no serán todos ellos sino la eterna **sustancia plástica**; de la cual, por vibraciones diferentes, surgen todas las formas.

3.— Los medios de trasmisión de este poder vital, decíamos, son la mirada, la palabra, el gesto, el tono de la voz, el ademán, el contacto de todo el cuerpo, y especialmente de las manos.

De los ojos nacen y surgen rayos de vida. La palabra, que transmite no solamente el sonido sino, además, el pensamiento, la transmite en ondas; y las manos, en forma de corrientes que surgen por los extremos de los dedos. Tan grande es el poder de la mano extendida —interpretando un pensamiento claro y enérgico—, que modifica o suspende, a veces, toda clase de movimientos y de voliciones. Aún sin contacto, detiene el avance de una persona o la embestida de un animal feroz, y por el masaje, cari-

cia, presión o imposición, infunde la calma y el sueño, alivia o suspende el dolor, restaura la fuerza y reaviva la esperanza.

¡Manos queridas de la amada, de la madre y de la hermana... cuántos milagros hicisteis en los cuerpos atormentados de aquellos mismos que niegan los milagros.

* * *

Lo que transmiten la mano, la mirada, la voz, es vida, literal y exactamente, **vida**; la misma que se encierra en los alimentos, en la luz del Sol, en el agua, en el aire, en la ráfaga eléctrica, en la savia terrestre, en las plantas y en los minerales; y opera como la de estos, lenta, rápida o instantáneamente, según las condiciones receptoras del paciente, y las activas del trasmisor. Así como la morfina, la extricnina y otras similares, pueden traernos el alivio inmediato de una dolencia, o paralizarnos, o cambiar el estado de nuestro ánimo, así la vida concentrada de un hombre de poderosa fe, de un Daniel, de un Francisco de Asís, de un Jesús, pueden, irradiando, vencer instantáneamente la brabeza de los leones y de los lobos, extinguir las llamas de una hoguera, o devolver el movimiento a un paralítico.

* * *

Poder Vitalizador hemos llamado al ritmo que atrae, organiza y regula las fuerzas ambientes, y del cual podríamos decir que no es sino el espíritu en acción. Es él quien agrega las masas y modela las formas; él quien determina la contextura y la dureza de los cuerpos; él quien transforma y renueva todas las cosas, cambiando la luz, el calor, el aire y la savia, en troncos y en ramas, en hojas y en flores; él quien hace de la arcilla el ópalo, y del carbón el diamante; él quien extrae de nuevo un pichón, y luego del pichón una llama que vuela y canta. Es él quien saca de **los mismos** e invariables elementos, la escama de la serpiente y el terciopelo del musgo; la liana y la piedra, el reptil y el pájaro, la flor y la espina; los tentáculos del pulpo y los rizos de los helechos; todo lo que vive, todo lo que siente, todo lo que piensa.

Este poder vitalizador, siempre y donde quiera en acción es una fuerza inagotable, y cada movimiento suyo es un milagro.

Y es así como el milagro, que negamos por obtusidad o por hábito, resulta ser el hecho vulgar, constante y universal de la existencia.

Toda la naturaleza es divina, afirma Carlyle. En otros términos, toda la vida es milagrosa. Vivimos rodeados de milagros. Somos, nosotros mismos, imponderables e inexplicables milagros; y cuando negamos el milagro, nos parecemos a la nube que negara la atmósfera, o a la onda que dudara del mar.

De "Las Siete Cuerdas de la Lira".

PAGINAS OLVIDADAS SOBRE LA CIUDAD DE SAN FRANCISCO DE QUITO

HUGO MONCAYO

I

Que las ciudades tienen una fisonomía, es observación indiscutible. La Biblia hizo incapié en ello; los epicúreos lo analizaron concienzudamente para su dogma hedonista; los exploradores del Gran Verde lo dijeron en sus papiros, cuando buena copia de milenios estaba aún por llegar a la Tierra. Las ciudades, como las mujeres, saben sonreír, anhelar y desesperarse. Nada hubo tan gratamente desolador, como Palmira para el viejo romántico, ni nada tan diáfano y robusto como Elefantina, para el incansable guerrero. Nínive evoca a la Niobe desolada, Tiro vive en las pupilas de su Astarté, Roma está consustancial en su Cornelia, y las Casitérides desvanecidas en su propia niebla, tienen el brillo de sus vetas argentinas perpetuado en la fría constancia para la expedición y el comercio.

Jerusalén viste de murallas su enteca bravura, como la mujer fuerte del evangelio se cubre de lienzos sagrados; Venecia es un encaje rubio al viento del Adriático, mientras Constantinopla con sus minaretes, parece un friso de **desencantadas** bajo la gúmba de Oman el Terrible.

Saber descubrir esa mueca peculiar de las ciudades no es don para todos los viajeros. Hay que aprender a mirar, hay que ensimismarse en la contemplación del paisaje. Vivir una hora de universo es más difícil que cruzar todos los mares de la Tierra. Si llevamos en nosotros mismos la llama esotérica del buen equilibrio entre la atracción y la antipatía que nos emocionan, ella se ensaya virtualmente cada vez que el turista quiere recordar una de sus etapas. Ese don no lo han tenido todos los descubridores. En las salas de trofeos náuticos falta a veces el ancla de la emoción na-

rrativa que no lograron fijar en su propia memoria, como si por una venganza superior, los dioses marinos hubiesen borrado los trazos fundamentales que individualizaban los países visitados.

El hombre es un ser que se alimenta de percepciones. Antes de que su juicio se consolide, ellas lo inclinan. Saber sujetarlas con indeleble rapidez: he aquí lo que los cronistas quisieron, desde los tiempos de Flavio Josefo.

* * *

Aproximándose la fecha centenaria de la fundación de Quito, creemos de interés iniciar la publicación de cuantas narraciones descriptivas de nuestra querida ciudad han brotado del espíritu alerta de sus turistas, principalmente de aquellos que la visitaron hace un siglo, para que se ilustre mejor el conocimiento de sus actuales pobladores y se salven del olvido documentos tan interesantes como el que a continuación se publica, en nuestro entender, por primera vez en el Ecuador, y en cuya traducción del idioma original ha colaborado con nosotros uno de los temperamentos más puros y discretos de la mas alta sociedad femenina quiteña.

El libro de **"Viajes alrededor del Mundo y Naufragios Célebres"** del Capitán G. Lafond, de donde hemos tomado las páginas que siguen es, sin disputa, de mucho interés entre cuantos consignan observaciones y datos para una mejor apreciación de nuestra cultura capitalina a principios del siglo XIX; la sutil ironía del narrador condimenta acertadamente su obra; y cuando se esparce la emoción que las sorpresas naturales de un viaje despiertan en quien lo realiza, la pluma aguda y acertada del Capitán toca la sensibilidad del que la sigue y perpetúa las cualidades narrativas de quien la emplea.

Bien le dijo el dulce autor del **"Viaje a Oriente"**: "Sabe usted ver, sentir y pintar"... "La filosofía que anda", que son los viajes, tiene en este capítulo una estación amable.

* * *

Opinión de Lamartine al Capitán Lafond

Monceaux, 25 de noviembre de 1841

Señor:

Me gustan apasionadamente los viajes. Es la filosofía que anda. Los suyos me han instruido y cautivado. Usted sabe

ver, sentir y pintar. ¿Cómo no seguir a usted a travez del mundo?

Recibo con viva gratitud el regalo que Ud. ha tenido a bien hacerme y con orgullo el puesto que usted ofrece a mi nombre en el frontispicio de uno de sus volúmenes.

Se coloca el nombre de un amigo sobre la proa de un navío al partir para una travesía aventurada; pueda el mío llevarle tanta felicidad cuanta estima y simpatía tengo por usted.

Lamartine

* * *

"QUITO SIEMPRE VERDE Y DE ETERNA PRIMAVERA"

".... Quito fue fundada en 1534 y recibió el nombre de ciudad en 1541. Está construida sobre una hondonada y envuelta de lomas y llanuras. En el centro de la ciudad está la Plaza Mayor y al O. E. de esta plaza, se halla el Palacio del Presidente, construcción pesada y oscura que contiene a la vez las salas para la Audiencia Real, la Oficina de los Secretarios, la Tesorería y los Archivos de la Prisión. Sobre el lado N. de la Plaza queda el Palacio del Obispo, cuya fachada es de piedra tallada; sobre el lado opuesto se encuentra la Catedral, de arquitectura muy sencilla, hasta un poco mezquina. Una bella fuente de cobre está en el Centro de la Plaza Mayor. Las otras plazas dignas de mencionarse son la de San Francisco, Santo Domingo y la Carnicería.

Quito tiene seis iglesias parroquiales, de las cuales, una, la del Sagrario, es un bello edificio de piedra que contiene algunos ejemplares de pintura y escultura bastante notables, ejecutados por los naturales; se cuentan más o menos, 16 casas religiosas, tanto colegios como conventos; el colegio de los **ex-Jesuitas** es el más notable por la elegancia de su fachada: seis pilares de orden corintio de la más exquisita delicadeza, envueltos en guirnaldas de rosas y de lises, decoran su puerta de entrada. Hay un Hospital confiado a los cuidados de los religiosos bethlemitas; y la biblioteca del Colegio de los Jesuitas contiene más de 20.000 volúmenes entre los cuales se encuentran obras muy raras y muy antiguas. Los libros están colocados en compartimientos sobrecargados de emblemas indicando la materia de que tratan. Desde la suspensión de la Orden, una parte de su establecimiento se ha entregado, así como la Iglesia, a los monjes de la Agonia, otra se ha convertido en sala para la Universidad; y el resto, ha sido empleada en cuarteles

para los soldados. Ahí fué donde perecieron las primeras víctimas de la emancipación de la América del Sur, el 2 de agosto de 1811 (1).

No creo que existan en otra parte conventos más espaciosos que el de **San Francisco**: está construído al pie de una montaña y sobre algunas pilastras elevadas sobre una abertura hecha en la roca. Uno de sus claustros tiene una serie de celdas talladas en piedra. La fachada de la iglesia es de orden toscano. En el interior como en el exterior, está todo ejecutado con el mayor gusto. El cuerpo del edificio tiene la forma de una cruz. Las ceremonias religiosas se realizan con la más grande solemnidad y los habitantes de Quito, que tienen el amor al lujo, lo justifican así por las necesidades de su alma y las exigencias de sus sentimientos religiosos. El convento de **Santo Domingo**, el de **San Francisco** y el de **La Merced**, están construídos de piedras y ladrillos y muy lejos de igualar al de San Francisco que es magnífico. El convento de la **Retreta y San Diego**, situado en una quebrada en medio de árboles y de rocas, sirve maravillosamente para las meditaciones ascéticas, pues todo lo que le envuelve predispone a los sueños místicos y al amor de lo infinito. Por eso, los religiosos que habitan allí, tienen la reputación de llenar los deberes de la vida monástica con la más grande severidad y pueden ser considerados como un reproche vivo a los religiosos de San Francisco que se guardan bien de seguir su ejemplo.

Frente con frente a la iglesia de las **Carmelitas**, en una de las principales calles, hay una arcada cuya bóveda de piedra protege un altar dedicado a la Virgen.

En el barrio norte de la ciudad hay otra capilla llamada de **La Cruz**. La iglesia de **Santa Clara** es de una arquitectura sobria y notable. Ella fué ejecutada por los indios en 1767.

Esta metrópoli es sobre todo célebre por sus dos universidades a las cuales acuden gran número de estudiantes. La una, de **San Gregorio Magno** fué fundada en 1586 por Felipe II; la otra, de **Santo Tomás de Aquino**, está dirigida por los dominicos. Hay dos cátedras de Teología, dos de Derecho Canónico, dos de Jurisprudencia, una de Medicina; y en fin, una para las artes. El **Colegio de San Luis** que recibió de Felipe V el título de Colegio Mayor, es también un Colegio Real y un Seminario Eclesiástico.

Como se ve, España ha impreso fuertemente en este país sus costumbres religiosas y así como nosotros hemos notado en los dos conventos de San Francisco y de San Diego, así encontramos una

(1) Sabido es que tal efemérides corresponde a 1810.

mezcla de loca alegría y de devoción y el contraste de la opulencia y de la austeridad, en todas las costumbres de Quito.

Parece que la conquista ha hecho pesar sobre ese bello clima su fanatismo sin haberle hecho perder nada por eso de su ardiente amor al fausto y al placer.

Las casas de Quito tienen ordinariamente un solo zócalo; las más bellas tienen un piso que está ocupado por las familias de primera clase. La parte baja está destinada a los criados y sirve de remesa o de almacén. Es de moda tener una cama magnífica cubierta de terciopelo doblado de satén, adornado con una larga franja y un largo galón de oro, con una cobija del mismo estilo y sábanas bordadas de encaje de Bruselas. Este detalle basta para justificar nuestra opinión sobre el amor al lujo exterior de Quito.

El Presidente de la República del Ecuador tiene toda la autoridad de un Virrey. Los indios están subordinados a un Alcalde Mayor de su raza elegido por la Corporación de la ciudad. La población cuenta poco más o menos 35.000 almas y puede dividirse en tres categorías, del mismo número poco más o menos: blancos, mestizos e indios. La clase alta pasa su ocio visitando sus dominios; los que no tienen más que un bienestar ordinario, son hacendados pequeños, negociantes, hombres de letras o administradores. Esto, cuando no siguen la carrera de la iglesia o de la abogacía. Los estudiantes se distinguen por la precisión y la vivacidad de espíritu que permite creer que no les falta sino mejores profesores para rivalizar con los más afamados estudiantes de nuestras escuelas. Las muchachas reciben una educación mucho más negligente: se les enseña exclusivamente a leer, escribir, coser, dirigir los quehaceres de la casa y cuando saben pelliscar la guitarra o el salterio, no es que se les haya obligado este cultivo artístico, sino que ellas lo han tomado como diversión o se lo han enseñado mutuamente.

Los blancos tienen una estatura mediana, su aire es animado, su fisonomía muy expresiva, pero son en su mayor parte, de un temperamento débil y así, las afecciones pulmonares son muy comunes. Los quiteños son afables, atentos y virtuosos. La hospitalidad no es para ellos el cumplimiento de un deber, sino más bien parece indicar un amor candoroso y una especie de admiración que tienen por todo lo que es nuevo. Su carácter les lleva a una excesiva movilidad de actitudes y de expresiones; y así, pasan sin transición alguna de una procesión de penitentes a un combate de toros, para ir luego a un sermón al que siguen bailes y juegos, llevando a cada uno de estos ejercicios el espíritu que les conviene y esto muy naturalmente y sin ninguna hipocresía.

Los mestizos son más vigorosos y más grandes, pero también

más apasionados; tienen la misma inconsciencia en sus resoluciones como en sus placeres, y son, desde luego, muy dulces y muy serviciales y en extremo sensibles a las menores atenciones que les proporcionan las clases superiores.

Los indios son pequeños, bien proporcionados, fuertes y robustos; se distinguen sobre todo por su entera sumisión a las personas que les tienen a su servicio y que les emplean para el transporte de productos, comestibles y materiales para todo género de construcciones. Algunos de entre ellos ejercen las profesiones industriales, pero su indolencia natural les impide surgir. No es agradable tener que recurrir a ellos para hacerse vestir o calzar, porque entonces le piden un anticipo que emplean para emborracharse y muchas veces es necesario recurrir a la Justicia para obligarles a cumplir con su contrato.

El vestuario de los españoles y de los criollos difiere del de los europeos por un largo abrigo. El traje del jinete quiteño es más pintoresco; para protegerse contra el aguacero lleva un poncho blanco y encima de éste, otro pequeño **paletó** de cuero de venado; su cabeza va cubierta por un gran sombrero de cuero y su pescuezo, envuelto en una gran chal de seda. La moda europea empieza a generalizarse entre las mujeres. Cuando van a la iglesia, ponen algunas canastas bajo el fustán de terciopelo negro y se cubren la cabeza con una gran pieza de franela que pueden cruzar sobre la cara. A las más ricas se reconoce principalmente por la enorme cantidad de joyas que llevan puestas. No es raro ver personas que salen a la calle con veinte o treinta mil dólares de joyas.

El vestuario de los mestizos, hombres y mujeres no varía del de los españoles, pero es más simple y más descuidado. Lo que les distingue es que no usan casi nunca ni medias ni zapatos y desde luego, es una coquetería en las mujeres de esa clase, mostrar un pie chiquito y blanco y un talón colorado. Para esto vienen frecuentemente los cosméticos en ayuda de la naturaleza.

Los indios pobres visten muy mal. Los hombres llevan un calzón que desciende más abajo de la rodilla y una especie de saco que tiene aberturas para pasar la cabeza y los brazos. Esta túnica de lana o de algodón queda ajustada al rededor del cuerpo por medio de un cintura. Sus cabezas van cubiertas con un sombrero de paja o más frecuentemente con una banda de cuero negro; y sus pies están siempre desnudos. Las mujeres van vestidas más o menos de la misma manera; no usan además sino una pequeña chalina llamada **ichlla**.

Los indios más acomodados se ponen una camisa, un poncho negro, una especie de encaje, un sombrero de lana y algunas franjas con las cuales ornan la extremidad de sus calzones. Las mu-

jeros usan una falda blanca ornada de encaje cubierta por una pieza de tela y amarrada al rededor del cuerpo por una cintura de varios colores. Cubren sus hombros con otra pieza de casimir negro amarrada por delante con grandes imperdibles de oro o plata. Su pelo, reunido por detrás, queda sujeto por un filete y encima de la cabeza llevan una gran cantidad de cintas coloradas.

En Quito la más ordinaria diversión es el combate de toros. Los habitantes han hecho de este ejercicio una fiesta poco más o menos general en la cual pueden tomar parte sin distinción todas las personas deseosas de adquirir una reputación de habilidad y de agilidad. Los actores son muy numerosos y están siempre enmascarados. El circo contiene más o menos tres o cuatro mil individuos; las máscaras llegan a un mismo tiempo por las cuatro esquinas de la plaza llevando banderolas y piezas de juegos artificiales. Dan la vuelta a la plaza, se dividen en grupos y van de galería en galería saludando e intrigando a las personas que conocen. Por fin, el toro furioso sale a la arena: le acogen con gritos y silbidos los espectadores, que ajustados los unos contra los otros, forman lo que llaman una **muralla de barrigas**. El toro pasa en toda su velocidad rozando esa pared. Si la línea no está interrumpida, el animal no se para ni ataca a nadie, pero si encuentra una brecha, se bota por allí y puede ocasionar grandes desgracias. La lucha no se reduce sino a eso y parece que esto es solo la parodia de combates más serios que se practicaban antes y que todavía tienen lugar en ciertas partes de América, sobre todo en Lima. Cuando el animal está cansado de esta lucha sin fin y casi sin adversario y ya no quiere andar, y se queda inmóvil en un puesto fijo de la plaza, ahí se le reemplaza por otro hasta que los espectadores juzgan conveniente no prolongarla más.

Entonces la fiesta se riega por toda la ciudad. Las casas de los principales habitantes se abren para todas las máscaras que quieren tomar refrescos y está prohibido obligarles a que se las quiten.

El que se vuelva culpable de ésto será azotado con largas colas de mono, fuetes de arrieros o bien rosarios de monjes, porque no se debe ignorar que los más tranquilos eclesiásticos no tienen ningún escrúpulo en participar de estas payasadas. Se fabrican máscaras que son caricaturas o retratos, más o menos grotescos, pero con un parecido bastante exacto, pues uno no puede equivocarse sobre el modelo que han querido representar. Las procesiones son muy notables por sus brillantes fiestas; y una ocasión para que los habitantes demuestren públicamente todo lo que poseen. El cristianismo en manos de esas multitudes tiene siempre algo de idolatría; así es que en una de esas procesiones a la Virgen se le

había dado el grado de Capitán General y era paseada por toda la ciudad con uniforme y con las insignias de su dignidad, el sombrero con adornos de oro en la cabeza, y con el bastón de Comandante en la mano. El Niño Jesús tenía puesto un abrigo rojo y una pequeña espada de oro!...

La vida material es muy buena y poco costosa en este país. El Gobierno vigila y protege con una solicitud que se podría dar de modelo a muchos otros, los intereses de los consumidores. Los precios de la carne dados por los principales ganaderos son invariablemente determinados, salvo las modificaciones ocasionadas por la fuerza de las cosas, pero sin permitirse el arbitraje de los vendedores. En ninguna parte del mundo se producen frutas de todas las especies como aquí: las de los trópicos crecen al lado de los frutos europeos, las legumbres son muy abundantes y los licores espirituosos que más se toman son el aguardiente y el ron. Las clases inferiores se emborrachan con chicha de maíz, a la que son muy apasionados los indios, mientras las matronas de Quito se muestran excelentes para la confección de helados y de refrescos, y también para la preparación de todo lo que es conserva, confite o pastelería, tanto que, todos los que han probado esas golosinas gastronómicas, confiesan no haber jamás cometido el pecado de gula con mayor voluptuosidad.

El comercio de Quito es considerable. Consiste sobre todo en venta de telas de algodón y de lana, de cerda, de franela, de ponchos, de medias, de encajes, de artículos para teñir el hilo, de agujas, de cintas y de hilo. Hay también algunas manufacturas de raso, pero sus productos no pueden sostener la concurrencia de las mercaderías fabricadas en Europa.

La temperatura de estos lugares es muy igual y muy dulce: tanto es así, que ha merecido los títulos de **Quito siempre verde y de eterna primavera** y esto no tiene nada de exagerado. La perspectiva que queda delante de esta metrópoli es el más lindo panorama que la imaginación artística puede concebir. Al sur y al norte se elevan once montañas cubiertas de nieve eterna y cuyos pies reposan en valles verdes y cuya cabeza va a perderse en las nubes; las nubes que bordan el horizonte llegan apenas a la mitad de su elevación y parecen bocanadas de incienso que vuelan hacia esas alturas inaccesibles.

Así fué nuestro viaje. No contaré los detalles de nuestra vuelta porque eso sería una repetición. Habiendo terminado los asuntos de Fourniel volvimos a Guayaquil....".

(Tomado de "Voyages autour du Monde et Naufrages Célèbres" par le Capitaine G. Lafond.—París. — Administration de Librairie, 26 rue Notre-Dame-des-Victoires.—1.844.—Tomo II.—Página 177 a 185).

MIRADOR BIBLIOGRAFICO

ANTONIO MONTALVO

RAZA SUFRIDA

Cada día el acervo de la literatura americana va adquiriendo, en genuinidad, en realidad y justeza de concepto, alhagadoras proporciones. Cada día va ella sujetándose mejor a las normas que, para llamarse verdaderamente "americana", le imponen nuestro sentido estético y nuestros apremios culturales, de raigambre autóctona, de emoción vernácula y de clarísima expresión idiomática.

¿Qué necesita, preguntámonos, al fin, una obra literaria, fuera de suponerla a ésta, como es de rigor, llena de las bellezas artísticas, de la elaboración lingüística requerida, para que pueda incorporársela al conjunto de obras que fijan, a través de los tiempos y de las modalidades reaccionarias, la personalidad de un pueblo, de una cultura? ¿Cuándo será aquella verdaderamente americana?

Y respondémonos, *ex-cátedra*, —que quiere decir para nosotros mismos, ya que la respuesta sólo se aventura a traducir un anhelo que lo creemos latente y vivido en el espíritu y conciencia contemporáneos, sin erigirse, por esto, en criterio impositivo— que una obra literaria ha de ser pura y simplemente americana, cuando ella acierte, como en el caso de esta linda novela argentina, "Raza Sufrida", a ser un trasunto fiel de la realidad ambiental, natural y humana; cuando el escenario y personajes actuantes, se reflejen en ella pletóricos de verdad, y cuando se vierta en sus páginas también, el calor de emoción, de sentimiento artístico, indispensables en la técnica de la elaboración literaria.

Y todos estos elementos, y todas estas necesidades los hemos hallado palpitantes y vigorosos en la obra del escritor argentino Carlos B. Quiroga.

* * *

Se desarrolla la novela en una lírica aldehuela catamarqueña del Departamento de Tinogasta, sentado en las faldas vallerías de los Andes argentinos. Fiambalá es el nombre de la villa. A sus contornos fructifican, merced a los deshielos cordilleranos, exúberos viñedos, abundantes frutales y todo lo que un clima de variadas estaciones y de gente activa y trabajadora, pueden arrancar del suelo, por estéril que éste sea.

Allí llega un día con las maletas de sus 38 años, su hiperclorhidria y su **surmenage** ciudadano, Ventura Quinteros. Va en busca de salud. Salud psíquica y orgánica. Porque es, sobre todo, un enfermo sentimental. Enfermedad que le ha surgido de contemplar el grotesco contraste de la realidad; de su inadaptación al medio donde se desarrollaron sus sueños y sus actividades de presunto estudiante de ingeniería y medicina, y en donde también, por la innata superioridad de su espíritu, hubo de convertirse, sediento de justicia humana, en político y periodista, para luego derrumbarse de su ilusión cívica al comprender "lo inorgánico de la política y la ficción del republicanismo federal".

Es simpática la psicología de este hombre enfermo de ensueño. En la posada fiambalense de doña Petrona Cativa ha echado el ancla de su cansancio y de su esperanzada mejoría. Allí le vemos, de pronto, recluso, abismado sólo en sus libros dilectos, la Biblia, el Ramayana, los Nibelungos, el Quijote, el poema del Cid. Tan abismado que no puede vislumbrar, cuanto antes, la luz de una estrellita aldeana, fulgiendo en la belleza casta, recatada y sencilla de la hija de la posadera. Alicia se llama la estrellita. Veinticuatro primaveras le han brotado de su vida un poco triste y castigada con un "castigo social", porque ella es hija de un inmigrante francés que, al casarse con doña Petrona Cativa, incurrió en el delito de bigamia. Monsieur Nouguet al verse perseguido por las leyes, abandonó para siempre su hogar argentino. Madre e hija viven su resignación dolorosa, expiando, cada una "su culpa", con la blanca virtud de sus vidas immaculadas.

Es sólo después de transcurridos muchos días, a la hora del "té" rural, que allí llaman "la rueda del mate" que el abúlico viajero cruza breves palabras con Alicia. Y es con motivo de ha-

ber recibido doña Petrona la invitación de concurrir al final de la "minga" de don Justo Pedraza. Allí tiene lugar un diálogo que inicia doña Petrona:

"¿Sabe que mañana a la tarde termina la minga de don Justo?"

¿La minga? ¿Qué es la minga?

¿No sabe lo que es la minga el doutourcito?

Muchas veces le he dicho que no soy doctor, señora.

"Si es hombre! ¡Qué gusto de achicarse! Todos le dicen ya el doutour.

Es que aunque fuese doutour no sabría lo que es una minga.

Vaya a ella mañana y lo sabrá. Váyase con la Alicia y la Juanita" (esta es la muchachita sirvienta de la casa).

Y así, bautizado por el respeto y admiración pueblerina, a pesar de sus continuas protestas, con el título de "doutour", Ventura Quinteros, es, en compañía de sus honorables dueños de posada, el huésped de honor en la fiesta de la minga, que no es sino la fiesta de la recolección de las mieses.

Nos es grato identificar allí cómo costumbres campesinas y métodos agrarios, son los mismos, casi, observados a través de los inconmensurables campos cultivados de América. Cuadros patéticos y pintorescos de las faenas agrestes y del festival jubiloso de la minga nos entusiasman verdaderamente. Todos, peones, extraños, invitados, mozas del pueblo, gavilleras, parveros, muchachos y muchachas de la élite pueblerina alternan, con el profundo sentido socializante del trabajo, en la alegre fiesta campesina. A la hora del baile, en el que se mezclan con iguales derechos y privilegios todos los concurrentes, sin exclusión, al vibrar la música gauchesca de las guitarras vernaculares, conocemos la figura relevante y viril de un tipo argentino. Es Inocencio Quipildor. Figura de síntesis étnica, porque parecemos encontrar en él, en admirable conjunción psíquica y física, al típico bandolero gaucho: bravío, generoso, dominador siempre, cuyos brazos lo mismo sujetan las crines niveas de los Andes, como aprisionan, en galante requerimiento, los dulces torsos ya vencidos de las mujeres.

Seguimos embebidos así en la contemplación de la naturaleza argentina, en la vida de sus gentes, en el conocimiento de su estructura social. Seguimos también, y con creciente interés, el proceso emocional que a medida de la intimidad que va surgiendo entre Alicia Nouguet y Ventura Quinteros, va desarrollándose en éste. Luego, ya casi curado el "doutorcito" y fortalecido de alma y de cuerpo, vámonos con él, en inaudita ascen-

ción de audacia, a bañarnos de emoción, de peligro, pero siempre de infinita belleza, en el mirador roquero y blanco de los Andes argentinos. Es quizá, entonces, cuando en el mar inquieto de nuestros espíritus, sentimos levantarse, en la más alta tromba, toda lirismo, toda realidad, toda dolor, la más alta, la más grande emoción de nuestro itinerario admirativo.

En la blanca, desolada, abrumadora soledad de las cumbres andinas, donde, desafiando toda clase de inclemencias, naturales y humanas, en medio de la castidad asesina de la nieve, de los "vientos blancos"; en medio del olvido de los hombres, en una como vida panteísta y cavernaria, hermano sólo del cóndor, del oso y de la linda chinchilla codiciada, vive un tipo característico de ser humano. Es este el "chinchillero". Cazador de chinchillas. En medio de la roca viva, en un punto estratégico, a donde sólo él, por caminos ignorados puede llegar, tiene su "pirca" su guarida natural. Las leyes castigan con severidad extremada a los "chinchilleros". Y estos tienen que ejercitar su "profesión", burlando la vigilancia de la autoridad. Allí está pues el chinchillero, magnífico tirador de winchester, rey de las nieves eternas, dominador de todos los horizontes, barrenando las rocas, que acaban casi siempre por sepultarlo, en busca de lo que para él representa su riqueza, encarnada en las pieles de oro y de nieve de las chinchillas, y conquistada ya vemos cómo, a fuerza de valor inaudito, de un desprecio homéricamente estoico de su vida.

Ante la contemplación de este raro espécimen de ser humano, incorporado, sin embargo, al gran conglomerado racial de nuestra América, se abisman nuestras reflexiones filosóficas en un gran sentimiento jesucristino y tolstoyano de conmiseración. Aquí comprendemos entonces, que esta es, con razón la raza sufrida. Para ella no existe, en realidad, sino únicamente el paraíso hiperbóreo de las cumbres y la nieve, como su complemento biológico, como su medio físico natural, que la atraen siempre —como la jungla tropical a los caucheros— irresistible, dominadora, fatalmente.

Así íbamos en la trayectoria de nuestra excursión andinista, guiados por la mano generosa del "doutour" Quinteros. Ya habíamos llegado a la frontera chilena. Habíamos mirado desde el sueño blanco de la nieve, perdido, rutilante en la distancia, el otro ensueño azul del mar, el mar nuestro, el de Balboa. Habíamos también sentido el aletazo helado del "viento blanco" del cual huimos. Habíamos contemplado, llenos de conmovida emoción, el cuadro, medio lírico, medio romántico, como surgido de un extraño espejismo ensoñado, de un grupo de lindas vicuñas,

acorraladas en un círculo de nieve, inmóviles, congeladas ya, oyendo, impasibles las carcajadas roncadas del huracán asesino, cuando de pronto, otro espectáculo se ofreció a nuestros ojos. Una fuerte conmoción indescriptible, paralizó nuestros movimientos, nuestra sangre. Por un momento se paralizó también nuestra vida. El cuadro superaba toda grandeza, toda gravedad de emoción dolorosa. Contemplamos muy cerca: "en un diminuto plano, entre las peñas, un viejecito sentado sobre su montura clavaba en el cielo las miradas de sus ojos desmesuradamente abiertos. Le rodeaba un hato como de treinta ovejas y varios corderos, cuyos vellones destilaban gotas de nieve que terminaban de licuarse. Las ovejas estaban en posición inclinada hacia el suelo, con el hocico casi pegado en él, y rozándose las unas con las otras. Rodeaban al viejecito como pidiéndole un amparo. El viento había quitado al anciano el poncho y el sombrero, de modo que aparecía con su cabellera calva, simple y eterno, en la tersura cristalina del día. Ovejas y pastor había dejado el "viento blanco" inmóviles frente a la eternidad".

Después, seguimos aun al "doutour" Quinteros. Ya está éste consagrado con su baño de nieve, con su bautismo de cordillera. Ya es "todo un hombre". Ya se ha encontrado consigo mismo. Se siente sano, fuerte, y lo que es mejor, rico! porque su excursión cordillerana tuvo este fin: el de "contrabandear" pieles de chinchillas. Y estas le han proporcionado una regular fortuna que le servirá para afirmar su vida en Fiambalá. Para formar su hogar con el amor de Alicia, a quien cree amar, y a quien habló, hace mucho tiempo ya, de esto.

Mas, el destino, que siempre se empecina en cortar la corriente de nuestros sueños, derrumba por sus bases los del huésped fiambalense. Entonces asistimos, en una noche negra de insomnio y de fatalidad, a la tragedia sentimental de aquel. La villa de Fiambalá, duerme su sueño de soledad tranquila. La posada de doña Petrona Cativa, también duerme. El lobo de la noche aúlla su obscuridad tenebrosa. Lejana se levanta la voz enamorada de una guitarra gaucha. Tras la puerta "callera" de la posada se adivinan dos siluetas humanas, muy juntas. Hablan. Las voces, silenciosas, angustiadas, pero perceptibles, resuenan en la obscuridad. Puede identificarse claramente a quienes las emiten. Sí, sí. Es ella. Es Alicia. Pero él?... Ah, también, también su voz es conocida. Es Inocencio Quipildor, el bandolero. Parapetado el "doutour" a cierta distancia, en la penumbra oscura, todo lo ha oído y lo ha comprendido. Oyó los hipos amorosos de los besos. Oyó con qué pasión ardida y anhelante

la requería el bandolero... El, —el "doutour"— en un momento de desesperación irrefrenable pudo haber disparado. Iba a hacerlo. Pero una extraña fuerza más grande que su tragedia interior le impedía. Y dejó cumplirse la sentencia del destino...

A la mañana siguiente no hubo sol en Fiambalá. No hubo luz en la posada de doña Petrona Cativa. La estrellita que la alumbraba, huyó a la órbita de argento de la cordillera, a hacer luz en la "pirca" y el corazón de un bandolero.

* * *

Apenas si estos breves cuadros sintéticos que nuestra admiración ha querido exaltar, darán alguna muestra del valor imponderable de esta "novela americana", que así, con absoluta conciencia la llama su autor, la que también, repetimoslo, en nuestro concepto, lo es ampliamente. Todos sus elementos arrancan de nuestro escenario, de nuestras condiciones étnicas, sociales, anímicas. Cualesquier espíritu americano que la lea, tendrá, necesariamente, que encontrarse a sí mismo. Excluyendo la descripción panorámica, pictórica, de precisiones fotográficas casi, pero vivas en gracia del alma sensible que las anima, la observación llevada al detalle minucioso, sin afectación ninguna, alcanzan en esta sólida novela, un ritmo de profundidad psico-sociológica, admirable, al analizar tipos y costumbres que en ella viven con vida de realidad magnífica. No hay dramatización. No hay brumosidades metafísicas. Toda ella es una vasta concatenación de emociones panorámicas o sentimentales, miradas y sentidas con sencilla espontaneidad por un exquisito espíritu y sensibilidad americanas. Toda ella trasciende un cálido soplo de humanidad. Y en cuanto a la elaboración artística, a la técnica literaria, ambos están tratados insuperablemente. Un estilo sin estilizarse, dúctil, armonioso, puro. La corriente lingüística del más cristalino casticismo, a excepción naturalmente de los modos dialectales, con fina habilidad transplantados, llena de imágenes preciosas y florida de bellas metáforas que bien pueden brillar, las primeras, en las últimas novedades de la modernidad literaria actual. En suma, una verdadera, una espléndida creación de belleza.

Esta valiosa novela, será pues, no sólo en el inapreciable conjunto de la literatura argentina, tan rica de verdaderos tesoros, sino también dentro de la unión continental, uno de sus mejores exponentes. Quizá uno de los mejores índices que con más auténtico autoctonismo, prevalezca en la historia literaria de América.

TAZA DE TE

Sobre los estratos artísticos —teatro, verso, cuentos— de su obra literaria realizada, el inteligente Humberto Salvador, acaba de darnos en esta su prismática "Taza de Té", en la que, demiurgo fakiresco, ha sabido verter no se qué elixires de belleza nueva, una prueba más, esta sí patética de verdad, de su admirable talento.

En nuestra actualidad intelectual, su libro, como meses antes, el original de José Rumazo González, propugnador de una teoría artística, nos trae la evidencia consoladora de cómo en nuestro medio, sin **pastichismos** gregarios, sin vanas petulancias revolucionarias y sin aspavientos de terrorismo burgués, se puede llevar a cabo con nuestros propios elementos, cuando se tiene desde luego, como el autor de "Taza de Té", el fuego de la pasión artística, de la emoción creadora, una verdadera, una nueva obra de belleza.

Un viril apóstrofe suyo, que lo define y define también su conciencia de arte, nos revela su pensamiento estético, generador de su obra literaria:

"El arte no se vende en la botica, ni se compra en la taberna, porque el arte se adquiere a precio de la juventud y de la sangre, ofreciéndole lo más delicado del espíritu y lo más puro del amor. —En América, el prodigioso continente donde se retuercen los Andes, son las mañanas tranquilas y de la tierra brota juventud, nada queremos saber de la putrefacta bohemia del barrio latino, ni de los afeminados refinamientos de los salones de París. Aquellas nos parecen sensaciones muertas".

Y un plétórico de juventud, de la juventud americana es Humberto Salvador. Sensibilidad y mentalidad nuevas, enrumba sus pasos en la desconcertante corriente ecuménica de las modernas expresiones artísticas.

Por eso está bien su apóstrofe. Y está bien, sobre todo, porque aquí, —y a lo largo de América— en los rezagados círculos de la cretinidad intelectual —lectora y escritora— todavía! no se concibe un talento sino generado, según ellos, por la fuerza de esas que se llamaron paradisiacas fuerzas heroicas.

Qué leíos estamos ya, y qué esporádicos nos parecen hoy esos **demodés** héroes, auténticos o apócrifos, de la decadencia y bohemia literarias. Los tiempos son otros. Ahora, las manifestaciones intelectuales y artísticas se elaboran sobre otras realidades. Sobre la cósmica realidad humana, sobre la realidad social, la económica, y ante todo, sobre la abrumadora, inextricable realidad

de nuestro vasto cosmos psicológico, más misterioso mientras más se lo conoce y se lo descubre.

El artista se atomiza ahora en una bifurcación múltiple de estudios, de asimilaciones, de experiencias, para crear su obra.

Vemos unirse hoy, en íntimo, casi connatural maridaje, fuerzas y armonías que antes las creíamos divorciadas y antagónicas. La ciencia y el arte crean una nueva modalidad, una moderna manifestación cultural.

Y es esto lo que, —impelido por la razón de vivir con el ritmo del tiempo, razón que por lo demás ya es carne de acción en las generaciones contemporáneas— ha realizado en la órbita de su fino sentido estético, creando su simpático libro, Humberto Salvador.

Y él, psicópata y psicólogo de sí mismo y del alma humana, alumbrado con la luz científicista de su "Pontífice Sumo: Sigmundo Freud", y la otra luz marxista, se interna, para darnos con encanto urticante y atractivo, los raros espejismos de sus visiones, en los abismos luminosos de la psicología, la biología, la psiquiatría, la sociología.

Y así lo vemos ascender por nuestros horizontes suburbanos, (aquí, los suburbios de la sanfranciscana ciudad están a dos metros debajo de los cielos. Los amantes del nuevo romanticismo a ellos escalan, para embarcarse de allí, en las noches estivales, en la véneta barca de la luna, rumbo a los puertos dorados de la aurora) en busca de las humildes tragedias que por humildes no se escriben; lo vemos ir también por los caminos de nuestras leyendas, de nuestros paisajes sociales, de donde surge él, buzo con su escafandra de arte, lleno de sus tesoros estéticos, ya plasmados por su emoción y por su espíritu.

Libro de verdades muy humanas es esta "Taza de Té". Cada cuento suyo es como un sorbo de gusto diferente. Libro en el cual todos sus elementos responden de un modo absoluto, a la moderna concepción de la literatura actual. Y por esto que pudiera parecer él —tenemos tantos prejuicios que desarraigar aún de nuestra cultura!— un tanto audaz y raro, cuando sólo es, en verdad, una clara expresión de la característica intelectual contemporánea.

En la interantísima cinta cinematográfica que forma la novedosa serie de sus cuentos, en la cual cada uno de estos pone su matiz, su emoción diferente, vamos penetrando y conociendo con nuestros propios ojos anímicos y analizadores, en ávida intimidad mental con su autor, y gracias a la clara luz novecentista del psicoanálisis, en el laberinto, siempre lleno de revelaciones, de

la naturaleza humana. Y es admirable comprobar entonces, cómo en la complicada armonía de nuestras contexturas antropológicas, hallamos veneros de belleza y de estudio, explotables en beneficio del arte y del conocimiento humano.

Y he aquí el doble interés de esta película literaria. Se ve en ella una moderna, emocionante manifestación artística, en la que, a la vez, arropados en su atrayente suntuosidad estética, se ve también, la concurrencia, esta sí innovadora, de elementos que antes sólo vivían en sus grutas científicas —y sólo científicamente se los conocía y explicaba— incorporados a esta nueva modalidad y expresión intelectual.

Y así vemos, por ejemplo, en uno de sus cuadros admirables, en "cuento ilógico", tan bien logrado en su técnica constructiva, y en el que la abstracción, la incursión analizadora y especuladora en lo subconsciente, es la abstracción de un verdadero estudio clínico, de clínica psicológica, vemos, decimos, transformado —aquí el autor emplea con verdadera delectación, sus refinadas veleidades comediógrafas— al cuerpo humano en un inaudito cabaret —cabaret de moralidades muy humanas, desde luego— en cuyo jocundo escenario, flamantes "vedettes" que no son otras que las glándulas endocrinas, explican, ante nuestra contemplativa espectación, la maravilla de sus virtudes —coreografía o canto— funcionales y vitales.

Hay, en verdad, que convertirse en un clínico raro, un clínico específico, un clínico estético, para ir desentrañando, de cada cuadro cinematográfico, los múltiples elementos que originan esta nueva técnica literaria. Técnica que, por lo demás, necesitaría también una exégesis particular para la explicación —clínica— de cada cuento, circunstancia que no impide, por cierto, saborear sus refinados encantos emotivos y artísticos.

Quisiéramos señalar, eso sí, fuera de la expresión idiomática, escueta y seca, pero llena de deslumbrantes metáforas actualistas, dos cualidades trascendentales que alientan en la construcción literaria de "Taza de Té"; cualidades —ya acusadas antes en los libros de su autor— que se afirman ahora en esta obra, afirmando también su original fisonomía. Estos son el ardiente soplo de su lirismo, y la fuerza energética, trascendente de su humorismo, un poco cínico y un poco irónico y jocundo. Estas dos modalidades son, pues, a nuestro parecer, las que imprimen a este libro, su característica de realidad humana, que preservará su interés y su perennidad.

MI VISION DE LA SELVA

Fue a raíz de la epopeya colombina, en los eldoradescos siglos que subsiguieron al descubrimiento del Nuevo Mundo; en los tiempos alucinados y fantásticos de la conquista española de América, que, desde el otro lado del mar Atlántico, desde las azules costas mediterráneas de la Península Ibérica, o las luminosas playas andaluzas, volcáronse, sobre las olas del mar recién nacido, flotas innumerables de expedicionarios, que desafiando a la muerte misma, erguidos sólo en la potente fragilidad de sus bajeles, —más frágiles, en verdad, que la grandeza homérica de sus sueños— en aventura de sacrificio, de heroísmo, de fiereza humana, venían con ruta a los Eldorados paradisiacos de las Indias Occidentales.

Nunca quizás, como entonces, en la historia de los pueblos, se puso en evidencia, escribiéndolas sólo con ritmos de epopeya, las más desconcertantes gestas humanas. La Raza Ibérica, una vez más probaba ante la espectación del universo, —con pruebas que tal vez no se repitan en la vida del mundo— la pujanza inaudita de su gallardía, la opulencia de sus virtudes ancestrales, la dinamia vencedora y dominadora siempre de su espíritu.

Trasponiendo el Mar de las Tinieblas, acá llegaban, a las costas americanas del Atlántico, e iniciaban, por todos los territorios del mundo descubierta, sus éxodos heroicos, abrumadores de tenacidad visionaria y vidente, desconcertantes de martirio y de dolor, raras veces recompensados, buscando los tesoros maravillosos del Eldorado, —el paraíso aladinesco de los jardines de oro, de los mares y montañas de pedrerías inauditas— sin encontrarlos nunca, porque otros los habían hallado ya, y que siempre, en el mayor de los casos, se quedaba existente sólo en la fantasía de sus buscadores.

Se exploraba entonces todo lo que de inexplorado —que era todo— había en América. Faltaban vidas, como faltan ahora, como faltarán aún en el curso de muchos siglos, para bucear sus mares, sus lagos encantados, en los que invencibles divinidades indias, cuidaban los tesoros en ellos arrojados. Se exploraba el paraíso y el infierno de las selvas, no tan vírgenes entonces como ahora; —esos fieros centauros españoles lo desfloraban todo. No se qué virtudes diabólicas y divinas alimentaban sus vidas!— se ascendía, más que agarrándose con las garras de su valor imponderable, imantadas sus fantasías con el imán blanco de las nieves, por los despeñaderos de sus locuras, hasta las cumbres cristalinas, inexpugnables de la Cordillera de los Andes.

Ah, el Eldorado colombino de las Indias de América! El vivía no sólo como una realidad palpitante en la ignorada geografía americana. Vivía en la geografía sentimental, anímica de cada espíritu ibero. Cada uno de esos exploradores maravillosos, llevaba en su alma el mapa montecristino de su Eldorado. Y había de encontrarlo, a través de su vida, de la de su descendencia.

Pero era algo más el Eldorado. Tanto se lo buscaba, tantas pruebas había dado de su existencia ubicua en el Continente, que ya él vivía como un sentimiento mítico, religioso, como una fuerza divina casi, que absorbía toda la vida de sus explorados. Al rededor de él crecía una mística hecha, por una parte, del misterio insondable de América, el poder de sus atracciones cósmicas; y por otra, del alma alucinada, la adoración, medio mística y romántica de lo desconocido, que vivía en la vida de los conquistadores.

Buscando el Eldorado, pues, por las latitudes equinociales de América, por esta parte de la Amazonia nuestra, internáronse también en ella, unas veces hallándolos —tanto los hallaron que, en los muertos tiempos coloniales, ciudades admirables como las perdidas Logroño, Sevilla del Oro, florecían ya en nuestro Oriente— y otras sin encontrarlos nunca, las infatigables huestes españolas. Allí vivió, allí construyó sus naves el bravo Francisco de Orellana, —también cautivo del Eldorado— con las que pudo salir al Amazonas, el primero, y buscar por los laberintos del mar, las rutas de España .

* * *

Los tiempos cambian. La búsqueda del Eldorado ha perdido su encantamiento mítico y místico. Ya él es una realidad delimitada —con límites hipotéticos que hipotéticamente se modifican— viva en cada una de las naciones americanas.

Ahora hay otras formas de llegar al Eldorado. Los exploradores somos ya nosotros mismos, y cada uno tiene su ruta para internarse en él.

Así es cómo Eduardo Samaniego Alvarez, oyendo el latino grito de su ancestro, decidió su peregrinaje al Eldorado nuestro, por el camino más pintoresco, más original que nadie haya ido hasta ahora.

Y lo ha encontrado. Y encontrándolo, ha querido mostrárnoslo, tal como es él en su grandeza múltiple, pero a través de su espíritu, de su fina y viril sensibilidad de poeta. Por eso él dice: "Mi visión de la selva". Y lo dice bien. Cada uno sa-

brá hallar su Eldorado. Y él lo ha encontrado viéndolo a su manera. Y esta su manera de ver es lo que nos ha gustado tanto.

Con un lirismo fuerte, de prosa vibrante, natural y sin vacilaciones, va vistiendo el virgen tropicalismo de sus visiones selváticas en la parte de Amazonia ecuatoriana, desde la antesala del cielo que es la linda aldehuela de Baños, hasta las espumantes, cristalinas aguas del Llandayacu.

Pero antes oyó resonar bajo los cielos subtropicales, los épicos clarines del Agoyán. Sintió en Mera, ante el espectáculo ilimitado de la selva, azotado su espíritu por el "aletazo del infinito".

Y después, en el encantamiento salvaje de la maraña verde, vetuada de ríos de plata y ríos de oro, la gravitación del maleficio, cayendo a plomo, tentadora, inevitable en las arenas sensibles del instinto. Allí, bebió guayusa en el ánfora extraña de la mujer selvática: "Mujer del bosque: cuando el bronce de tu cuerpo, estatuario y pulido como el bronce, modeló la cera de mi cuerpo, blando y anémico como la cera; cuando las dagas de tus senos duros, viejas heridas reabrieron en mi carne macerada; cuando el vicio errante de mi enferma estirpe soñadora cautivó la nostalgia de tu raza nómada; cuando mi corazón latino prendió en tu pecho núbil la llama quemadora del anhelo, vi florecer en tus pupilas, en la decadencia pagana de tus ojos, las adelfas trágicas del odio y sentí el atrayente sabor agridulce de indianas venganzas domadas, al morder en tu carne la lascivia instintiva de tu pueblo errabundo".

Egloga de acento y de sugerencias nuevas esta visión de la selva de Eduardo Samaniego Alvarez. Cálido ritmo lírico el suyo, como para ataviar dignamente el esplendor estético de sus finas emociones sentidas y vividas.

SUR

Existe, evidentemente, una estética editorial, un gusto suntuario de las publicaciones. Hay libros y revistas cuyas elegantes vestiduras, llamando en el primer momento nuestra atención, nos hacen adivinar su valor significativo. Pero, como es natural, este criterio no puede generalizarse, y por eso cohibimos un poco de sentar, con franco optimismo, como quisiéramos, la premisa de que, a tal jerarquía de ideas, de pensamientos, de revelación artística, corresponde, por necesidad, tal suntuosidad de ropaje editorial.

Sin embargo, si corolario pudiese ser el nuestro —corolario de verdades, en esta vez demostrables— en ningún caso mejor aplicado que en este de la revista bonaerense SUR, que dirige en la Argentina la ilustre escritora Victoria Ocampo. En ella hemos comprobado esta magnífica dualidad estético-intelectual, difícil de realizarla, y no competida por ninguna otra publicación americana, que la colocan en el más alto rango de nuestros organismos intelectuales.

Es deber de comprensión cultural, de asimilación intelectual cuando se ha echado al mar de las realizaciones ideológicas, el navío de las esperanzas civilizadoras, captar las voces que surgen del piélago, para difundirlas por los ámbitos de nuestra americanidad, sedienta de conocimientos y anhelosa por fijar, en el mármol de la cultura universal, los relieves de su propia personalidad.

Y esto es lo que, en la medida de nuestros esfuerzos quisiéramos hacer. Y por eso que consignemos ahora la grande admiración, el verdadero interés que ha sabido, a través de sus pocos números aun, despertar en nosotros la revista rioplatense.

No sabemos, por no haber visto el primer número de SUR, si ésta hizo su "declaración de fe", o, en términos más actualistas, si hizo su "manifiesto"; mas esto no hace falta. Para darse cuenta de su importancia, de su invaluable significación, baste saber que la visión cultural de su directora, no solo se ha reducido a mirar dentro del cerco de nuestros horizontes americanos, sino más lejos todavía, hacia los vastos de la intelectualidad europea. Así es cómo fuera del Consejo de Redacción oficial, en el que constan los nombres de Jorge Luis Borges, Eduardo J. Bullrich, Alfredo González Garaño, Eduardo Mallea, María Rosa Oliver y Guillermo de Torre, existe otro Consejo Extranjero integrado por los nombres de Ernest Ansermet, Drieu la Rochelle, Leo Ferrero, Waldo Frank, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Jules Supervielle y José Ortega y Gasset, a los cuales se une otra selecta agrupación de colaboradores, consagrados también de la actualidad intelectual mundial, que hacen de SUR el mejor exponente del pensamiento universal, al que será indispensable recurrir, si se quieren saber las flamantes actividades que agitan el espíritu y la mentalidad contemporáneos.

No vacilamos en afirmar que SUR, constituye en los momentos actuales de la vida americana, un honor de inapreciables realidades, que habla en el tono más alto, de nuestras posibilidades culturales. Lo más autorizado, lo más florido y nuevo del pensamiento universal, se halla en la selección de sus páginas. Por esto emplazamos ahora la atención de la intelectualidad hispanoa-

americana hacia la importancia de la lujosa revista del Plata, que bien justifica, entre las demás de sus magníficas realizaciones, la fuerza de la mentalidad femenina, vertida en la práctica de un ponderable y serio feminismo constructor.

REVISTA BIMESTRE CUBANA

Preguntámonos, a veces, cuál es, entre tantos, el motivo poderoso que origina la enorme simpatía, la admiración sincera que sentimos aquí, en el Ecuador, por la linda y fulgurante siempre perla del mar de las Antillas. Y para respondernos a nosotros mismos, pensamos, primero, en la gesta de las carabelas atlánticas, luego en la historia de Cuba, en la tradición de su vida de libertad y de grandeza cívica y democrática; pensamos también, y sobre todo, en sus valores humanos que contribuyeron y contribuyen aun, con el sacrificio de sus espíritus y su pensamiento, a fijar en la civilización universal, la relevante, vigorosa personalidad cubana. Pensamos en el Apóstol de las libertades ecuménicas, José Martí, y es en él donde creemos encontrar el vínculo más fuerte, el nexo de afinidades étnicas, mentales y espirituales que nos aproxima, justamente, por medio también de uno de nuestros venerandos espíritus, don Juan Montalvo, a la nación tropical, hermana en la raza, en la lengua y en los amplios ideales de hegemonía americana. Martí y Montalvo se identifican en la excepcional estructura de sus mentalidades y de sus almas; en su pasión ardida, pura y noble por la libertad y dignidad humanas. En la brava trayectoria de la historia americana, las dos figuras de estos máximos valores representativos de la Raza, marchan en cordial conjunción, ambas poseídas de la misma olímpica videncia libertaria, destacando la potencia sobrehumana de sus espíritus, en el apostólico sacrificio de sus luchas redentoras. Ambas almas se funden, se caldean en el fuego santo de las mismas aspiraciones, de sus mismos ideales y de su misma mística civilista, propagadora del más alto evangelio de mejoramiento y superación humanas. No es posible, cuando se piensa en uno de estos grandes hombres de América, dejar de hacerlo con respecto del otro. Ambos se evocan simultánea, mutuamente. Martí vive en Montalvo y éste en Martí. Y el mismo respeto admirativo e íntimo que nos inspira el Maestro de Ficoa, nos infunde, cordializado por el epopéyico ejemplo de su vida noble y pura, el Libertador de Cuba, el héroe sacrificado de Dos Ríos.

* * *

Caemos en esta afectiva disquisición, porque uno de los más valiosos exponentes culturales de Cuba, REVISTA BIMESTRE CUBANA, nos trae a la memoria el recuerdo, siempre vivo, eso sí, en nuestro pensamiento, de la ilustre nación del Caribe.

Sin ponderación y sin aventurar diríamos que Cuba, entre las primeras, tiene, en nivel que le distingue verdaderamente, el sentido de la difusión cultural. Una profusión alhagadora de organismos intelectuales, se esparce por todos los caminos de la civilización continental, portadores de la realidad cubana en todas sus manifestaciones, intelectual, artística, política, económica, etc. Entre estos organismos se destaca, pues, por su larga vida de laboriosidad tenaz y constructiva, por la conciencia de lucha que alienta su destino cultural y por su obra felizmente realizada, la revista habanera que nos ocupa, y cuya dirección está a cargo de uno de los prestigios más altos de Cuba, don Fernando Ortiz.

Creemos nosotros que cuando cada una de las repúblicas de la grande unidad americana sea capaz de desarrollar, en la medida de su amplitud, este sentido de expansión culturizante, el intercambio de conocimiento hispanoamericano habrá de adquirir práctica realización, en beneficio del unánime y viejo anhelo de armonía y concordia raciales, que vive siempre en el pensamiento americano.

La fecunda existencia de la REVISTA BIMESTRE CUBANA, en cuyas páginas se encontrará más de un capítulo de historia vernácula, y el hecho de afluir en ella lo más consagrado y brillante del pensar y sentir cubanos, es la prueba elocuente de su importancia, que nos es grato reconocerla ahora y recomendarla al interés intelectual de nuestras modernas juventudes.

REVISTA HISPANOAMERICANA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Algo que alhaga verdaderamente nuestros viejos sentimientos de hispanoamericanismo, es la existencia, valiosa e inapreciable de esta revista, fundada hace ya más de una década, en Madrid, por José María de Gamoneda.

Esta es, pues, una de las importantes publicaciones que al otro lado del mar colombino, y desde la península Ibérica, sigue, con dilecta atención, con afectuosa mirada, el desenvolvimiento de todas las actividades políticas, económicas, artísticas, culturales en una palabra, de todas y cada una de las naciones americanas, ligadas por los vínculos del idioma y de la raza, a la Mater Iberia de nuestros sueños y de nuestras glorias eternas.

No hay acontecimiento americano de alguna significación, correspondiente al infatigable luchar por la realización de nuestros ideales de mejoramiento, que las atentas y cordiales antenas de la revista madrileña no lo recojan, para divulgarlo en los mundos de la intelectualidad hispanoamericana, siempre comentándolo con el más amplio sentido de armonía y de fraternidad raciales, y haciéndose eco, en gracia de las afinidades étnicas, del constante florecer de las inquietudes de América.

Organismo de la más vasta significación para las finalidades de acercamiento hispanoamericano es la REVISTA HISPANO-AMERICANA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES. Así es como vive también en nuestro concepto.

Que cumpla, la admirable publicación hispánica, con su pródica y fecunda labor de comprensión racial, la cual aquí, en los pueblos de América, encontrará perennemente, por parte de sus generaciones pensantes, la más fraterna acogida y el más franco de sus apoyos.

LIBROS URUGUAYOS

Valiosa donación de libros para nuestra mesa de lectura es la que recibimos del señor don Arturo Scarone, Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo.

Aquel establecimiento de cultura sabe propagar el nombre de sus mejores escritores y en el virtual empeño colabora con gesto decidido el Sr. Scarone. Sin distinción de tendencias, sin clasificaciones antipatrióticas, el departamento de canje de la Biblioteca trabaja por la difusión de los buenos escritores uruguayos de ayer y de hoy. Generosa la tarea y digna de las mas entusiastas recomendaciones.

Entre aquellos libros nos llegan los dos volúmenes de la "Bibliografía de Rodó", obra del señor Scarone a la cual se refirió, en nota crítica uno de nuestros compañeros en edición no muy lejana de "América". La Bibliografía, añadiremos, es completísima. Uno de esos monumentos de cuidadosa y nimia erección que solo merecen espíritus de tal estructura y obras de tan rica vitalidad, como el espíritu y la obra del gran uruguayo autor de "Ariel" para los jóvenes de América y reglador nuevo del pensamiento innúmero de Proteo. El señor Scarone nos ha ofrecido, para muy pronto, la Bibliografía de Zorilla de San Martín, ese otro uruguayo que dió en la flor de un libro único, la épica del Uruguay, "Tabaré" y que completó la sonora y áurea "Epopeya de Artigas".

El señor Scarone es Cónsul del Ecuador en el Uruguay, y no sólo por ese carácter oficial si no principalmente por su americanismo probado desde antaño y, lo diremos con mayor énfasis, por su ecuatorianismo sincero, ha pedido y conseguido que se distinguiera con el nombre de Juan Montalvo a una espaciosa Avenida de la Villa Colón, próxima a la bella ciudad montevideana.

He aquí la nómina de los libros que se ha dignado enviarnos el señor Scarone:

LARRAÑAGA. (D. A.) "Escritos" (4 vols.)—GOMEZ. (I. C.)—"Su actuación en la prensa de Montevideo" (2 vols.)—ZORRILLA DE SAN MARTIN. (J.)—"La epopeya de Artigas" (2 vols.)—"Leyes de la Administración "Viera".—SCARONE. (A.)—"Bibliografía de J. E. Rodó" (2 vols.)—BAUZA. (F.)—"Historia de la dominación española" (2 vols.)—DIAZ. (R. M.)—"Proa de Estrellas".—DALLEGRI. (S.)—"Cuentos risueños".—MACCHI MONTEVERDE. (P.)—"Hacienda y finanzas del Estado".—PEREZ Y CURIS. (M.)—"Alma de Idilio".—CLULOW. (C. A.)—"La perdida Atlántida".—STAJANO. (C.)—"Trofismo y cáncer".—ILANZOLA. (S.)—"La pedagogía decroliana".

ZUBILLACA. (J. A.)—"Estudios y opiniones" (2 vols.)—BIANCHI. (E.):—"La senda oscura".—SABAT PEBET. (I. C.):—"Rodó en la cátedra".—VILLAMIL. (F.):—"El sentido de la vida".—CASANOVA. (E.):—"Vagancia".—DORRAINE. (J.):—"Locura gaucha".—SAENZ. (R.):—"Bajo el hechizo".—FERNANDEZ SALDAÑA. (J. M.):—"Juan Manuel Blanes".—GONZALEZ BARBE. (T. M.)—"Poemas del alma".—AGUIRRE. (G.):—"Milita".

CRISOL

Revista de crítica, publicada por
el Bloque de Obreros Intelectuales
de México

Jefe de Redacción:
M. D. Martínez Rendón

Administrador:
A. Martínez de Aguilar

Suscripción anual, 2 dólares

México, D. F.—Apartado N° 1979

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la Unión Ibero-
Americana

Suscripción anual, en España y
América:
15 pesetas

Dirección postal:
Calle del Duque de Medinaceli, 8
Madrid, España

ORTO

Revista de difusión cultural

Director fundador:

Juan F. Sario

Suscripción anual, \$ 3,50

Manzanillo, Cuba

LETRAS

Revista de Arte y Ciencia

Director:

Arturo CAMBOURS OCAMPO

Suscripción: 6 números, \$ 6,00.

Callao 86. Buenos Aires, Argentina

ATENEA

Revista mensual de Ciencias,
Letras y Artes
Publicada por la Universidad
de Concepción

Comisión directora:
Enrique Molina. — Luis D. Cruz
Ocampo
Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante en Santiago:
Domingo Melfi
SUSCRIPCIÓN ANUAL: 4 dólares
Santiago, Chile. Mutual de la
Armada y Ejército, 2° piso, N° 8.

CLARIDAD

Revista de Arte, Crítica y Letras
Tribuna del pensamiento
Izquierdista

Director:
Antonio Zamora

Dirección postal:

Casilla de Correo 736

Buenos Aires, Argentina